

SASAIMA

El mensaje que encabeza esta edición de Aguas Vivas, «*El Misterio de Dios*», cierra una serie de ministraciones que el hermano Gino Iafrancesco impartió en Temuco en agosto del año 2008. En ellas se desarrolló una serie de tópicos relacionados con el depósito dado por Dios a la Iglesia, es decir, con el testimonio de la Iglesia.

El resto de los mensajes lo constituyen, mayoritariamente, los que se impartieron en el Campamento de Iglesias en Colombia, realizado en la localidad de Sasaima en el mes de junio del presente año. Todos ellos son aspectos variados del gran tema de la revelación bíblica: Cristo y la Iglesia.

En la sección «Espigando en la Historia de la Iglesia», incluimos una semblanza de Corrie ten Boom, la cristiana holandesa más conocida del siglo XX, sobreviviente de los campos de concentración nazis, y fiel exponente del evangelio del perdón en decenas de países.

Rogamos al Señor que, conforme a la abundancia de su gracia, use estos y los demás artículos de esta edición, para bendición y edificación de las iglesias.

TEMA DE PORTADA

- 3 **EL MISTERIO DE DIOS** / El misterio de Dios reúne en sí todos los otros misterios, y los explica. *Gino Iafrancesco.*
- 18 **CONTRISTADOS POR DIOS** / La luz de Dios produce tristeza para arrepentimiento. *Hernando Chamorro.*
- 27 **SIRVIENDO EN LO PRACTICO** / Sobre el servicio práctico en medio de la Iglesia. *Celso Machado.*
- 36 **MADUREZ Y SERVICIO** / El propósito de Dios es que alcancemos la madurez en Cristo. *Roujet Fuchs.*
- 46 **SER LLENOS DEL ESPIRITU** / Para ser llenos del Espíritu hay que seguir al Señor, tomando la cruz. *Roberto Sáez.*
- 54 **SANTIFICACION POR EL ESPIRITU** / La santificación por la fe debe ir seguida de la santificación por el Espíritu. *Rubén Chacón.*
- 61 **CRISTO, PLENITUD DE DIOS** / El Espíritu Santo no descansará hasta que, en verdad, seamos llenos de la plenitud de Dios. *Gonzalo Sepúlveda.*

LEGADO

- 72 **EL PODER DE LA PRESION (2)** / Dios no responde las oraciones de su pueblo quitando las presiones, sino aumentando la capacidad de soportarlas y vencer los desafíos. *Watchman Nee.*

ESPIGANDO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

- 84 **VAGABUNDA DE CRISTO** / Semblanza de Corrie ten Boom, de prisionera de los nazis a pregonera de Cristo.

ESTUDIO BÍBLICO

- 94 **BOSQUEJO DE JONAS** / *A. T. Pierson.*
- 95 **SIMBOLOS Y TIPOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO (14)** / *A. B. Simpson.*
- 101 **VIENDO A CRISTO EN LA COMUNION CRISTIANA (2)** / Un estudio de la Primera Epístola de Juan. *Stephen Kaung.*

APOLOGÉTICA

- 108 **EL APORTE DE SIGMUND FREUD Y FRIEDRICH NIETZSCHE** / Diálogos entre Teología y Filosofía. *Rubén Chacón.*

REPORTAJE

- 112 **«YO NO CREO EN JESUS»** / «Me dijeron que no creyera en Jesús. Pero nadie me dijo en qué debería creer». *Joseph Steinberg.*

SECCIONES FIJAS

- 71 Joyas de Inspiración / 82 Maravillas de Dios / 118 Página del lector

El misterio de Dios reúne en sí todos los otros misterios, y los explica.



El misterio de Dios

Gino Iafrancesco
(Colombia)

Hemos visto algunos elementos fundamentales del testimonio de la iglesia.¹ Hoy procuraremos ampliar un poco más esta panorámica, como recogiendo

flores dispersas en el Nuevo Testamento, para hacer un ramillete, y así tener una visión más general respecto del depósito de Dios confiado a la iglesia.

¹ Se refiere a los mensajes publicados bajo el título «El buen depósito», en Aguas Vivas 55, 56 y 57, y al artículo «Verdades esenciales de la fe cristiana», en Aguas Vivas 58.

Somos los depositarios de una gran riqueza que Dios le dio a la iglesia, y que, lógicamente, la iglesia debe disfrutar primero ella misma, y también ella debe administrarla a los corderitos, a los que acaban de nacer. Ellos deben ser alimentados con los nutrientes de la palabra de Dios.

Y también el mundo necesita el testimonio de la iglesia. Tanto los que se han de salvar, como los que se han de perder, necesitan oír ese testimonio. Para algunos, ese testimonio será, como dice Pablo, olor de vida, porque los traerá a la vida; y para otros, será olor de muerte, porque quedarán sin excusa delante del juicio del Señor.

La consumación del misterio de Dios

Entonces, vamos a completar esa visión, con algunos pasajes de la palabra, comenzando en Apocalipsis 10.

«Y el ángel que vi en pie sobre el mar y sobre la tierra, levantó su mano al cielo, y juró por el que vive por los siglos de los siglos, que creó el cielo y las cosas que están en él, y la tierra y las cosas que están en ella, y el mar y las cosas que están en él, que el tiempo no sería más, sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como él lo anunció a sus siervos los profetas» (Apoc. 10:5-7).

Esas son palabras de un juramento celestial. Y aquí, en la frase que él dice, resume el *quid* de la cuestión. Estamos en el libro final de la Biblia. Apocalipsis significa 'quitar el velo'. Lo que Dios había comenzado a hacer desde el Génesis, y que venía desarrollando a lo largo de toda la Pala-

bra –que era una obra inentendida para la generalidad de las personas, con excepción del pueblo de Dios–, cuando llega el final, el Señor explica qué era lo que estaba haciendo.

Apocalipsis es para correr el velo, como el escultor que hubiera estado esculpiendo una obra de arte. Cuando uno pasaba por la casa del escultor, sólo escuchaba martillazos. A lo mejor salía polvo por la ventana, y uno no entendía qué era lo que estaba pasando. Pero el día de la inauguración, cuando se corre el velo, se ve la obra maestra que Dios estaba haciendo. Ahí cobra sentido toda la historia, cobran sentido todos los momentos. Todo cobra sentido cuando por fin se abre el velo y se ve la obra maestra del Señor.

Pero en esta frase: *«...en los días de la voz del séptimo ángel, el misterio de Dios se consumará, como él lo anunció a sus siervos los profetas»*, nos damos cuenta que el asunto principal del misterio era Dios mismo.

¿De qué trataba el misterio? Sí, hay muchas cosas; el misterio tiene muchas partes. De hecho, con Dios está todo relacionado. Lo que existe, sólo existe en función de Dios, y sólo se explica en relación con Dios. Pero, el misterio, en última instancia, trataba de Dios mismo. *«El misterio de Dios»*. En la Palabra aparece relacionado con el misterio, y hemos de ver muchas otras palabras; pero ninguna con la categoría de esta palabra – Dios. *«El misterio de Dios se consumará»*.

Recordemos aquel pasaje de 1^a Corintios 15, cuando se nos habla de la resurrección, y se nos habla que el

Señor Jesús, luego que todas las cosas le estén sujetas, él mismo se sujetará a aquel (el Padre) que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios –ese es el objetivo final–, Dios, sea todo en todo, Dios llene todo.

La esencia y fin de todo es Dios

La esencia de todo, es Dios mismo. Dios siendo plenamente revelado, plenamente conocido, a través de la faz gloriosa del Señor Jesús, y plenamente compartido, habitando, formando la plenitud de Cristo en su iglesia, y la esposa del Cordero teniendo la gloria de Dios. Al principio, la gloria de Dios sólo la tenía Dios; pero el Padre se la dio al Hijo. Y el Hijo ahora dijo: «*La gloria que me diste, yo les he dado*».

Y al final, en Apocalipsis, cuando vemos descender la esposa del Cordero, dice que ella viene con la gloria de Dios. O sea, el Padre se ha revelado y se ha donado al Hijo, y el Hijo también se ha donado, por el Espíritu, a la iglesia, y se ha formado en la iglesia. Y al final, Dios lo llena todo en todo, y Dios es conocido a través de todo. Y en ese todo hay un punto central, una capital, la nueva Jerusalén. Y en esa Jerusalén hay también un punto central, y es el trono de Dios y del Cordero.

Entonces, al final, vemos que todas las cosas confluyen en Dios. Nada se explica sin relación con Dios mismo. Por eso habla allí, en singular, de que «*el misterio de Dios se consumará*». Pero el Espíritu Santo agrega una frase: «*...como él lo anunció a sus siervos los profetas*». Entonces, ahí está, resumiendo, el asunto del

cual trataban los siervos, los profetas de Dios.

¿Cuál era el asunto de la Biblia? ¿Cuál era el asunto de la historia sagrada? ¿Cuál era el asunto del trabajar de Dios a lo largo de toda la historia? La consumación del misterio de Dios. «*El misterio de Dios se consumará, como él lo anunció*». O sea, Dios anunció a sus siervos los profetas acerca del misterio de Dios a consumarse. Ese es el asunto de toda la Biblia, dicho de una manera sumamente sintética; mas, sumamente significativa.

Pero fue el Señor el creador de todas las cosas, y hace a los suyos herederos de todas las cosas. Todas las cosas fueron creadas por Dios, y por su voluntad existen. Pero no existen para competir con Dios; existen solamente para hablar de Dios, para hacernos llegar a su amor, y para regresarnos a Dios.

No debemos perdernos en las cosas. Aunque fueron creadas por Dios, y vamos a heredar todas ellas, sólo podremos aprovechar todas las cosas si las heredamos en Cristo, las heredamos con Cristo, y si Dios, en Cristo, por el Espíritu, llena todas las cosas, y Dios es todo en todas las cosas. Ahí, todas las cosas tienen una razón de ser. Son un lenguaje del amor de Dios; revelan algo de Dios.

Las cosas no deben desvincularse de la totalidad, y principalmente de su fuente, de su sustento y de su sentido; porque la totalidad es todo lo que Dios creó, pero además de eso –y antes de eso– está el propio Dios. Dios es la fuente, el que quiso que exista, el que le dio su lugar en el

contexto. Dios es el sentido de todas las cosas.

Los misterios de Dios: capítulos del misterio de Dios

Ahora sí, el misterio de Dios, como es todo un programa, como viene de la eternidad y pasa por el tiempo hasta que se acaba el tiempo y continúa en la eternidad, y especialmente por la pasada por el tiempo, el misterio de Dios tiene sus capítulos. Entonces, el singular –el misterio de Dios–, se convierte en plural – los misterios de Dios.

Pero ese plural tiene una unidad esencial. Todas las cosas de esa pluralidad, de esa diversidad, de esa secuencia, todas ellas están unidas, todas tienen que ver la una con la otra. Entonces, ahora, Dios, que nos habló del misterio de Dios en singular, en 1ª Corintios capítulo 4 nos habla en plural. El singular se volvió plural, porque el uno se administra en una secuencia con varios capítulos.

Por eso, en el capítulo 4, verso 1, dice: *«Así, pues, téngannos los hombres por servidores de Cristo, y administradores de **los misterios de Dios**»*. Ahora es plural. Versículo 2: *«Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel»*. Fiel a la administración central, fiel al ecónomo supremo, que es el propio Señor Jesús, el Ungido, el Cristo.

El misterio de Dios en Trinidad

Ahora, el Señor nos habla de los misterios de Dios. Esa administración de Dios tiene partes, y debe descender de las alturas a los campos, a la vida cotidiana. Por eso, ahora la pala-

bra habla en plural – **los** misterios de Dios. Antes ya nos detuvimos principalmente en tres: en el misterio de Dios mismo en cuanto a su ser, la Trinidad, como punto fundamental del testimonio del depósito que fue confiado a la iglesia, el ser de Dios. Dios revela su ser. Dios en Trinidad, revelado y también morando, dispensado, formándose, imprimiéndose en la iglesia suya, para llenarla de sí.

El misterio de la voluntad de Dios

Pero no sólo veíamos que existe el ser de Dios, sino que el Dios único tiene un propósito. Ahí se abre un segundo capítulo en los misterios de Dios, lo que la Biblia llama el misterio de la voluntad de Dios.

De ese misterio podemos releer en Efesios 1:6-9: *«...en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer **el misterio de su voluntad**»*.

«...en quien tenemos redención por su sangre». Gracias a Dios, todos los que conocemos a Cristo, esto es lo primero que hemos recibido del Señor Jesús: el perdón de nuestros pecados por la sangre de Cristo. En el Amado, tenemos primeramente remisión de nuestros pecados. *«...redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia...»*.

Pero aquí le puso una coma. Al hablar de las riquezas de la gracia relativas a la redención, y dentro de la redención, al primer capítulo –que es el perdón de los pecados– colocó después de eso una coma; es decir, que

no terminó. Pero ahora dice, en el siguiente verso, «...gracia, que hizo sobreabundar...».

Ya en cuanto a perdonarnos los pecados, esa gracia ha sido muy abundante; pero la gracia continuó abundando ahora en otra dirección. Es decir, el perdón de los pecados es lo primero que recibimos de la gracia de Dios. Pero la gracia de Dios no sólo nos trae el perdón. La gracia sigue haciendo más cosas. Y es lo que continúa diciendo aquí el apóstol Pablo. Dice: «...gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros...». Y ahora dice: «...en toda sabiduría e inteligencia».

Hasta aquí era abundante la gracia en el perdón; pero dice que su gracia sobreabundó ahora en sabiduría e inteligencia, ya no sólo acerca del perdón, sino del propósito para el cual Dios nos salvó.

Porque a veces ponemos el perdón de los pecados y la salvación como si ése fuera el fin de las cosas. Pero, a los ojos de la palabra de Dios, ése es sólo el comienzo. La gracia de Dios sobreabundó ahora en otro aspecto. Es también pura gracia.

Dice: «...dándonos a conocer el misterio de su voluntad». Ahora pasó del misterio de Dios mismo –que es el ser de Dios, la Trinidad de Dios–, al propósito de Dios. Del ser, pasó al que-

rer; y el querer de Dios, por gracia de Dios, es abierto a los santos.

¿Para qué fuiste salvado? ¿Por qué Dios te salvó? Dios te salvó porque él tenía un objetivo contigo. Dios te planificó, te salvó, te buscó, porque él te está reclutando para su propósito. Es el misterio de su voluntad, «según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo...».

Dios se había propuesto algo según su beneplácito. Cada criatura, según su calidad, según su excelencia, tiene sus beneplácitos. A una criatura baja le placen cosas bajas; pero a una criatura elevada le placen cosas más elevadas. Hay criaturas que les gustan cosas horribles, y nunca suben de ahí; como aquellos peces que viven en el fondo del mar, acostumbrados a vivir bajo de millones y millones de litros. Si un día suben un poquito, y disminuye un poco la presión del agua, explotan.

Hay criaturas muy bajas, y les placen las cosas bajas. Pero en la medida que las criaturas están vibrando ‘en otra onda’, entonces les placen cosas mejores. Una paloma no puede alegrarse con lo que se alegra un buitre. Un buitre come carroña; una paloma no puede. Y así, en la medida que las criaturas van creciendo, les placen cosas más elevadas.

¿Cuál era el asunto de la Biblia? ¿Cuál era el asunto de la historia sagrada? ¿Cuál era el asunto del trabajar de Dios a lo largo de toda la historia? La consumación del misterio de Dios.

Ahora, imagínese, por sobre las criaturas está el Creador. Y la Biblia nos habla del beneplácito del Creador. Al Creador le placen cosas elevadísimas; no hay nada más elevado que pueda ser concebido, nada más noble, nada más digno, nada más excelente, que lo que le place a Dios.

Ahora, muchas criaturas tenemos deseos de esto y de aquello; a veces lo conseguimos y a veces nos quedamos frustrados. Pero Dios nunca será frustrado en cuanto a su beneplácito. Su beneplácito es excelente. El misterio de su voluntad, lo que él se propuso, es «según su beneplácito». O sea, lo que le trae placer, lo que agrada su corazón. Lo que Dios se propuso, él lo va a tener.

Y lo que él se propuso es lo siguiente: «...dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo...». ¿Qué es lo que le place a Dios? ¿Qué es lo que trae alegría y satisfacción al corazón de Dios? ¿Qué son esas cosas que a él le gustan?

Entonces dice aquí: «...reunir». La palabra en griego es *anakefaleosastai*, recapitular, o sea, darle a todas las cosas una cabeza y un sentido. «...reunir en...». Claro que aquí la traducción «reunir en» es simple; la palabra «recapitular» es mucho más rica. Reunir es una parte de la palabra recapitular. Entonces, dice aquí que lo que Dios se propuso es «recapitular todas las cosas...». Las cosas tienen un sentido; si no, no las hubiera creado. Por su voluntad existen, no para que sufran; existen para que sean realizadas. Pero, cuando la gente se queda

sin Dios, las cosas se quedan perdidas.

Entonces, Dios se propuso recapitular, encabezar todo, darles sentido a todas las cosas, en Cristo. O sea, que Cristo sea el sentido de todo, que todo sea para Cristo, que todo exprese a Cristo, que todo obedezca a Cristo, que todo esté sometido a él. Y cuando todas las cosas giran alrededor de él, en función de él, obediéndole a él, ahora las cosas están felices, porque Dios sabe que aparte de él no hay felicidad.

Y luego dice más: «...en la *dispensación*...». La palabra en el original griego es *economía*. Una economía es un arreglo administrativo. Es el arreglo divino.

Cada presidente quiere organizar la economía de su país a su manera, y dice: 'Vamos a poner esto, subir esto acá, bajar esto acá. Vamos a subir los impuestos; vamos a bajar la medida'. Y hacemos del país de esta manera, al estilo comunista, o al estilo capitalista. Hay varias economías, varios arreglos. Pero, el que tiene planeado un arreglo final, definitivo, de todas las cosas, que las realice a todas, sin injusticia, con paz, con equilibrio, es Dios. Y el encargado es su Cristo.

¿Cuándo? «...en la *economía del cumplimiento de los tiempos*». O sea, que existe una sucesión de tiempos, una sucesión de eras, de periodos; pero todo lo que acontece en cada era o en cada periodo, acontece en función de lo que va a suceder al final.

Como quien dice, para poder tener cosecha de trigo o de maíz, primero tenemos que sembrar; tener

después unas hojitas verdes, después las plantitas tienen que crecer, por fin les va a salir una mazorquita. La mazorquita, al principio, parece un niño sin dientes; no tiene sino unos granitos chiquitos. Pero, poco a poco, el grano va creciendo, hasta que hay grano lleno. Cuando el grano está maduro, en seguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado. Es decir, todas las etapas se dan en función de la cosecha final.

Entonces, la Biblia habla aquí del «*cumplimiento de los tiempos*». O sea, los tiempos tienen un cumplimiento, y ese cumplimiento, esa razón de ser, hacia dónde van los tiempos, por qué pasamos por el periodo patriarcal, y el mosaico y el josueico, y el de los jueces y el de los profetas, y de los reyes y de los escribas y la restauración, y el periodo intertestamentario y la época de los apóstoles, y los llamados padres de la iglesia, y la Edad Media, y los prerreformadores, y la Reforma, y por qué después vinieron las denominaciones y por qué después la visión de iglesia.

¿Para dónde vamos? ¿Para dónde nos lleva Dios con todo esto? A la economía del cumplimiento de los tiempos, en la cual todas las cosas serán recapituladas en Cristo Jesús. Entonces, todo el sentido de la historia es someterle todo al Señor.

Y a veces, el Señor les da permiso a los que tienen otra propuesta. Por ahí, Mao Tse-tung tenía una propuesta. 'Bueno, ¿cuál es tu propuesta, Mao? Tienes tantos años para que muestres tu propuesta'. ¡Y cantidad de muertos! ¡Y cantidad de locuras!

Hitler tuvo su tiempo. 'Nabucodonosor, tienes tantos años. A ver, ¿cuál es tu propuesta?'. Se murió, y no hizo nada bueno. 'Bueno, les toca el turno a los persas. A ver, ¿cuál es la propuesta de los persas?'. Y los griegos... Todos tuvieron su tiempo. Subieron, y cayeron. Mientras ellos subían y caían, Dios está trabajando con un pueblito escondido, no contado entre las gentes. Primero con Israel; después, con la iglesia. ¡Porque al final, el reino será entregado a los santos del Altísimo! Y ese reino permanecerá, y nunca será quitado, ni será entregado a otro pueblo.

Las demás propuestas, fuera de Dios, suben y caen; la propuesta de Dios se gesta en el vientre del pueblo de Dios. El pueblo de Dios fue escogido para mantener en vigencia el propósito de Dios, para que el propósito de Dios avance. Ya que aquellos suben y caen, estorban, molestan al pueblo de Dios, pero ellos caen, y el propósito sigue.

Dios se propuso una economía final, en la que todas las cosas fueran recapituladas en Cristo, «*así las que están en los cielos, como las que están en la tierra*». Y el versículo 11 nos dice: «*En él...*», o sea, en este Cristo central, en este Cristo donde todo se recapitula, «*asimismo*». Y esta palabra me parece demasiado grande; porque si hubiera dicho cincuenta por ciento, o veinte, o noventa y nueve por ciento, pero no... «*asimismo*». En él, en Cristo, así como él hereda la plenitud de todo.

«*En él, asimismo tuvimos herencia*». La iglesia tiene un lugar central con Cristo, como coheredera de Dios y de

todas las cosas. ¿No es muy alto el lugar que le dio el Señor a la iglesia? Junto con Cristo, como su esposa. ¡La Primera Dama del universo! ¿No es muy alto? En Cristo, asimismo; así como Cristo es el heredero, su esposa es la coheredera.

«En él, asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad». Este capítulo es el capítulo del querer de Dios; este es otro de los misterios de Dios, el misterio de la voluntad divina, a ser administrado por la iglesia. Porque estas cosas se le cuentan del corazón de Dios a la iglesia. Los de afuera no saben. Dios quiere que sea de muchos, pero tienen que recibir el testimonio de la iglesia, tienen que recibir al Señor.

La gracia abunda en perdón de pecados, y sobreabunda en toda sabiduría e inteligencia acerca del misterio de la voluntad de Dios, acerca del sentido de la vida. Ese es el paradigma, el tipo de pensamiento que debe gobernarnos. Sólo a través de la Palabra sabemos de dónde venimos y para dónde vamos.

El misterio de la economía divina

Ahora saltamos al capítulo 3 de Efesios, que nos habla de otro misterio, que es consecuencia del anterior. Dios, un ser tan excelente, tiene un propósito excelente. Y si él tiene un propósito excelente, él tiene una estrategia excelente para ese propósito. Un arreglo administrativo, una economía.

Ese arreglo administrativo, ahora, tiene sus etapas, pero va a haber la

economía del cumplimiento; o sea, nosotros debemos trabajar ahora en función del cumplimiento final. Lo que no hacemos así, con trascendencia, es tiempo perdido. Cada cosa, la más pequeña que se haga, debe hacerse con sentido de trascendencia, en función de colaborar con el Espíritu de Dios, para aquello que Dios está haciendo.

Lo que Dios está haciendo es lo que nosotros debemos estar haciendo con él. Los demás están haciendo otra cosa; pero sus amados, sus escogidos, debemos estar en esto. Entonces, también debemos conocer el otro capítulo. Si conocemos a Dios y lo que él quiere, ahora debemos conocer cómo llegar ahí, cómo colaborar con Dios.

El capítulo 1 de Efesios nos habló del propósito; el capítulo 2 de Efesios nos habló de la provisión en Cristo para ese propósito. Primero nos habló de lo que Dios quiere, y luego de cómo toda la plenitud del Padre está en el Hijo, y el Hijo está en el cuerpo, y cómo nos dio vida estando muertos, nos resucitó con él, nos sentó en lugares celestiales, nos hizo un solo cuerpo. Y ahora, entonces, en el capítulo 2, de la provisión, continúa con el 3 – la provisión es para la estrategia para el objetivo.

¿Para qué fuimos resucitados y sentados con Cristo en lugares celestiales? Para edificarle casa a su plenitud; para que su plenitud, que pasó de él a Cristo, pase ahora de Cristo a la iglesia. Entonces hay el misterio de la economía divina y el misterio de Cristo. La Palabra nos habla de la economía divina y nos habla de Cris-

to. El misterio del Padre, vemos en Colosenses, es Cristo; y aquí en Efesios vemos que el misterio de Cristo es la iglesia. La circulación del dispensarse de Dios, del Padre al Hijo, del Padre y el Hijo al Espíritu, y del Padre al Hijo y al Espíritu, a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de aquel que todo lo llena en todos. Por medio del Espíritu y la iglesia, este llenarlo todo Dios, se va a dar.

Entonces, en el capítulo 3, en los versos 7, 8 y 9 nos habla del misterio de la economía que hemos visto con anterioridad. Dice el verso 7: «(el evangelio), *del cual yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder. A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo.*».

Ya después de esa frase –inescrutables riquezas de Cristo– era para poner punto final; pero Pablo sólo pone coma. Inescrutables riquezas de Cristo, y algo más. ¿Qué es lo otro, después de eso? «...y de aclarar a todos...». Además de predicar el evangelio, ¿hay que aclarar algo más? Sí, porque el evangelio es el medio para recuperar a la gente. Pero, ¿para qué recuperar?

«...aclarar a todos *cuál sea la dispensación (la economía) del misterio escondido desde los siglos en Dios que creó todas las cosas; para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en*

Cristo Jesús nuestro Señor...». Y todavía no le pone el punto, sigue con comas y comas.

Entonces, Pablo dice: «...aclarar... *cuál sea la economía del misterio*». ¿Se da cuenta? O sea que la economía del misterio es el misterio de la economía divina. Eso tiene que ser aclarado a la iglesia. Tenemos que saber no sólo cómo ser salvos, sino para qué fuimos salvados, cuál es el objetivo final de la salvación, y cómo Dios nos conducirá a ese objetivo, y cuál será la manera más práctica de colaborar con Dios para el objetivo, para ser eficaces y para no perder el tiempo. Entonces, ahí está el misterio de la economía divina.

Ahora, si hay una economía, hay un ecónomo, un encargado principal, y ese encargado principal es el Señor Jesús. Entonces, ahora pasamos al siguiente capítulo; pero el siguiente, brota de éste. El misterio de Dios se vuelve los misterios de Dios, y del ser de Dios pasa al querer de Dios, y de allí a la estrategia de Dios, y de la estrategia de Dios al estrategia de Dios.

El misterio de la piedad

«*E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria*» (1ª Timoteo 3:16). Este es el pasaje del estrategia; hasta aquí era la estrategia y el propósito.

¿Cuál es el misterio de la piedad? El misterio de la piedad es el siguiente capítulo de los misterios de Dios. Piedad significa semejanza a Dios. ¿Dónde está la semejanza de Dios?

Las parábolas del reino de los cielos se refieren a la historia de la iglesia, a la venida de Cristo y al reino de Cristo en su segunda venida, o sea, al milenio.

¿Dónde podemos ver a Dios? En el Hijo. Entonces, el misterio de la piedad tiene sus sub-capítulos. Primera parte: «...*manifestado en carne*». La encarnación. «...*justificado en el Espíritu, visto de los ángeles*». Ese es el espectáculo. El primer espectáculo era la Trinidad; el segundo, la encarnación, y después la edificación de la iglesia. Mas, todos forman un gran drama, de eternidad a eternidad – el consejo de Dios.

«...*visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria*». Al principio, pensaba que este canto de la iglesia primitiva estaba un poco desordenado, porque si yo hubiera escrito este canto –y Dios me perdone–, hubiera puesto «*recibido arriba en gloria*» antes que «*predicado a los gentiles*». Porque, después que resucitó, él ascendió. Entonces, «*recibido arriba en gloria*», y después que derramó el Espíritu Santo, ahí sí que predicaron al mundo entero. «...*predicado a los gentiles*», y luego, pues, «*creído en el mundo*». Pero aquí dice «*recibido arriba en gloria*» después.

No se equivocó el Espíritu Santo; el que me equivoqué fui yo. Porque este «*recibido arriba en gloria*» incluye el cuerpo; no sólo la Cabeza. Cuando él ascendió, después de resucitar, ascendió para interceder, para abrirnos lugar a nosotros. El misterio de Cris-

to incluye a Cristo y la iglesia; por lo tanto, el «*recibido arriba en gloria*» tiene que ser completado por la iglesia. «Voy a preparar lugar, y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis». Por eso, «*recibido arriba en gloria*» está al final. Entonces, este es el orden correcto.

Él ascendió para ascendernos. Primero él; pero, ahora, nosotros nos alimentamos de él; él se va formando en nosotros, y lo que es de él se va reproduciendo en nosotros hasta que, como él subió, nosotros también subamos, incluso físicamente, porque en espíritu ya estamos arriba. Nuestro espíritu está arriba, pero la vida que ahora vivo en la carne la tengo que vivir en la fe del Hijo de Dios.

Entonces, el misterio de la piedad tiene que ver con quién es Cristo. La encarnación; su resurrección, porque dice que fue justificado en Espíritu, y en Romanos dice que Dios declaró a Cristo, Hijo, por medio de la resurrección. O sea que la resurrección de Jesús fue la manera en que Dios declaró: «Este era mi Hijo, que estaba conmigo. Él es mi Hijo, y el sacrificio que él hizo por ustedes, yo lo acepté. Y por eso, después que murió, resucitó, y está vivo». Entonces, sabemos que él es. Todos los demás están muertos; no eran. Pero él está vivo; él sí es.

El misterio del evangelio

Ahora, el evangelio, el misterio de la piedad, se centra principalmente en el Señor, en la persona y en la obra del Señor. Entonces, a este capítulo, a este misterio de la piedad, le sigue otro misterio, que está en Efesios capítulo 6, la otra florecita del ramillete de misterios de Dios a ser administrados en la iglesia y a partir de la iglesia.

«...a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo **el misterio del evangelio**» (Efesios 6:19). Íntimamente relacionado con el misterio de la piedad, está el misterio del evangelio. El misterio del evangelio nos habla de la obra central de Cristo. El misterio de la piedad nos habla fundamentalmente de la persona de Cristo; pero el misterio del evangelio nos habla de lo que esta persona hizo por nosotros en la cruz y en la resurrección.

El evangelio comienza por la persona, y sigue por la muerte y resurrección. Ese es el evangelio. Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; fue sepultado y resucitó. O sea que el capítulo siguiente al misterio de la piedad es el misterio del evangelio.

El misterio de la fe

Y el siguiente está en 1ª Timoteo: «*Los diáconos asimismo deben ser honestos, sin doblez, no dados a mucho vino, no codiciosos de ganancias deshonestas; que guarden **el misterio de la fe con limpia conciencia***» (3:8-9). Si hay el misterio del evangelio, el misterio siguiente es el de la fe. Porque la fe viene por oír el evangelio; y por la fe nos

apropiamos de lo que el evangelio anuncia.

Si Cristo es anunciado pero no es creído, no es aprovechado. Pero, si Cristo vino y es anunciado, ahora es aprovechado. Por eso, primero era la fiesta de la pascua, de los ácidos, de las primicias, la resurrección, la de Pentecostés, la del Espíritu. «*Quedaos en Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto*» (Luc. 24:49).

Bueno, ya vino el Espíritu Santo. Ahora, ¿qué hay que hacer? «... y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra». O sea, después de Pentecostés, vienen las trompetas, las trompetas que anuncian. Y después viene la expiación. La expiación; pero, ¿y la pascua? Es que la pascua fue sacrificada allá en el atrio; pero la sangre tiene que ser introducida.

Hay muchas personas a las cuales se le anuncia la sangre, pero no la introducen con la fe a la presencia de Dios; no vienen ante Dios a través de la sangre. El Señor, después que derramó el Espíritu Santo, continuó intercediendo por nosotros en base a su sacrificio. Entonces, la fiesta de la expiación nos muestra el aspecto de Cristo como abogado, como el sumo sacerdote que está a la diestra del Padre intercediendo por nosotros. Y dice en Hebreos: «El punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, que traspasó los cielos. Él es la propiciación por nuestros pecados».

«*Hijitos ... os escribo para que no pequéis, y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos...*» (1ª Juan 2:1). O sea, el que murió en la cruz ahora es aboga-

do a la diestra del Padre, en base a su sacrificio, y el valor de su sacrificio es permanentemente aplicado, porque él intercede en base a la vigencia de su sacrificio. Y por eso aparece de nuevo la expiación; por eso, dice: «...abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo, y él es la propiciación –o sea, la expiación– por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1ª Juan 2:1-2).

El Señor intercede por todos, para que los perdidos se salven, y los salvos se levanten de nuevo. «Mira, Simón, yo he rogado por ti, que tu fe no falte». «Yo he rogado por ti». Es un aspecto fundamental. De cada aspecto de la vida de Cristo recibimos beneficios. De lo que hizo en la cruz, en la resurrección, en la ascensión, en la intercesión; todos son beneficios. Pero todo eso se recibe por la fe.

El misterio de Cristo, la iglesia

Ahora sí, cuando hay fe, podemos pasar al siguiente misterio: *el misterio de Cristo, la iglesia*. Porque, si no hay salvos, no hay iglesia. Si hay evangelio, pero no hay quien lo crea, no hay iglesia. Pero, si hay salvos, ahora sí hay iglesia. Entonces, la Biblia habla de *«el misterio de Cristo, la iglesia»*.

Y junto con ese misterio, él puso un misterio subsidiario, tipológico: el misterio del matrimonio. Y él entrevera los dos misterios, y empieza a hablar del matrimonio, pero basado en el misterio de Cristo. Lo que él hace al hablar del matrimonio, es hablar del misterio de Cristo. *«Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto*

de Cristo y de la iglesia». El misterio del matrimonio es un misterio subsidiario, explicativo del misterio de Cristo y la iglesia – el misterio del cuerpo de Cristo.

Pablo, en Efesios 3, habla del misterio de Cristo. ¿Cuál es? Que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, por medio del evangelio. El evangelio es el medio para que exista el cuerpo, en el cual no sólo participan los judíos creyentes, sino también los gentiles. Entonces, ¿cuál es el misterio de Cristo? El cuerpo de Cristo, la iglesia.

La iglesia es otro de los misterios de Dios, el misterio de Cristo. El misterio de Dios es Cristo, pero el misterio de Cristo es la iglesia. Pasando por todos esos misterios intermedios, relacionados, consecutivos, y ahora, cuando se habla de la iglesia, parece que podemos quedarnos por allá, hablando de la iglesia en el cielo, en el propósito de Dios. Muy bonito, pero el Señor pone a la iglesia con los pies en la tierra.

El misterio de las iglesias locales

Y después de que habló del misterio de Cristo, la iglesia, ahora dice: «El misterio de las siete estrellas que están en mi diestra y de los siete candeleros de oro, entre los cuales se mueve el Hijo del Hombre». Apocalipsis 1:20 habla del misterio de los siete ángeles y de las siete iglesias, de la iglesia en cada localidad, la vida práctica de la iglesia. No algo sólo místico, sino práctico y cotidiano. Vemos cómo se va encarnando, cómo Dios se va dispensando; y en la medida que él se dispensa, aparece la igle-

sia en cada lugar: en Éfeso, en Pérgamo, en Esmirna, en Tiatira, etc. En Temuco, ¡qué maravilla!

El dispensarse divino –Dios saliendo hacia el Hijo, y el Padre y el Hijo saliendo por el Espíritu al espíritu de los hermanos–, para regenerarlos e introducirlos primero en la iglesia, y también en el reino.

Los misterios del reino de Dios

Porque después del misterio de Cristo y la iglesia, y del misterio de la sabiduría oculta predestinada para la gloria de la iglesia, el Señor Jesús predestinó para la gloria de la iglesia, para los de adentro, y dijo en Mateo 13: «A vosotros os es dado conocer los misterios del reino de Dios; pero a los que están fuera, sólo por parábolas». Los de afuera se enredan en las parábolas, y no las entienden; pero los de adentro, detrás del velo, entienden el sentido del reino de los cielos.

Mateo habla de *los misterios del reino de los cielos*; Lucas, de *los misterios del reino de Dios*; Marcos, de *el misterio del reino de Dios*. Cada uno de los tres evangelistas lo dice de manera diferente, pero los tres fueron inspirados por el mismo Espíritu Santo. No hay contradicción entre ellos. Porque los misterios del reino de los cielos de que habla Mateo son una parte de los misterios de Dios.

Los misterios de Dios son más que los misterios del reino de los cielos; pero los misterios del reino de los cielos son algunos de los misterios de Dios. Y los misterios de Dios, todos juntos, son partes de *el misterio* del reino de Dios. Sólo que Mateo pre-

senta la parte por arriba, unida, y Lucas presenta la parte por debajo, en sus partes. Pero, entre las partes de los misterios del reino de Dios, algunas, no todas, corresponden a los misterios del reino de los cielos.

Para ver esa diferencia, veamos Mateo capítulo 21. Mateo es el único que hace mención a *los misterios del reino de los cielos*. Pero mire lo que dice Mateo 21:43: «*Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él*». Tantas veces que se refiere Mateo al reino de los cielos, pero aquí no dijo el reino de los cielos, sino el reino de Dios.

Entonces, cuando decimos en singular, como Marcos, «*el reino de Dios*», éste abarca de eternidad a eternidad, porque el reino es siempre. Hay muchos versículos en los Salmos, en Daniel, en muchas otras partes que nos hablan de «*el reino de Dios*» y que Dios es el rey eterno. Entonces, cuando la expresión es singular, «*el reino de Dios*», va de eternidad a eternidad. Pero, entre eternidad y eternidad, hay etapas.

En el jardín del Edén, las cosas eran de una manera; pero después de la caída ya empezó la conciencia a funcionar diferente; después del diluvio, vino el gobierno humano, aquel pacto con Noé, la pena de muerte, comer carne, y otras cosas. Después vino Abraham, y después Moisés. Todos esos eran capítulos del reino de Dios, porque Dios está reinando desde todas esas etapas.

Entonces, lo que Dios hacía con Israel, era una parte del reino de Dios. Pero luego viene Juan el Bautis-

ta, justo antes de esto, y dice: «*El reino de los cielos se ha acercado*». O sea que el reino de Dios ya estaba. Los capítulos del reino de Dios estaban con Israel; pero el reino de los cielos, que es otra parte del reino de Dios, pero no la misma de Israel, estaba por venir. Entonces, ellos tenían el reino de Dios, pero fue quitado de ellos, para ser dado a otros.

Pero viene Juan, en ese ínterin, a anunciar que el reino de los cielos está cerca, y viene el Señor Jesús y dice: «*El reino de Dios está entre vosotros*». O sea, el Señor Jesús introdujo el reino de los cielos. El reino de los cielos es un capítulo del reino de Dios. El reino de Dios abarca de eternidad a eternidad, tiene varias partes, y una de ellas es el reino de los cielos; mejor, dos partes, es el reino de los cielos.

Luego comienza el Señor a explicar y a decir: «*El reino de los cielos es semejante a...*». Y nosotros pensamos que es a las nubes, los angelitos con arpa y nosotros volando. Pero él dice: «No, no, no. El reino de los cielos es como un sembrador que salió a sembrar, y había buena tierra...». Es en la tierra, no en las nubes. Y luego dice: «El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró trigo, y vino el enemigo mientras dormía, y sembró cizaña, y luego crecieron la cizaña y el trigo juntos...».

Eso es el reino de los cielos. El reino de los cielos será semejante a la parábola del sembrador. Es la historia de la iglesia. La parábola del trigo y la cizaña, es durante la historia de la iglesia y a la venida de Cristo, para comenzar el milenio. «El reino de los

cielos es semejante a aquel que sembró una semilla chiquita de mostaza y creció, y luego vinieron las aves». Todo eso es durante la historia de la iglesia. «El reino de los cielos es semejante a una gran red que es echada en el mar y recoge toda clase de peces». No aparecen nubes por acá, ni angelitos, ni arpas; sino redes y pescados en el mar. Ese es el reino de los cielos.

Todas las parábolas del reino de los cielos se refieren a la historia de la iglesia, a la venida de Cristo y al reino de Cristo en su segunda venida, o sea, al milenio. O sea que el reino de los cielos tiene dos partes: desde que vino el Sembrador, la historia de la iglesia, esa es la primera parte; y la segunda venida y el milenio. El reino de Dios tiene varios capítulos; por eso Lucas habla de «*los misterios del reino de Dios*». Pero, dentro de los misterios del reino de Dios, una parte de ellos –los que tienen que ver con la historia de la iglesia y el milenio–, son los misterios del reino de los cielos.

El misterio de Israel

Israel tenía parte en el reino de Dios, pero le fue quitado y le fue pasado a otra gente. Después, dice Romanos, cuando haya entrado la plenitud de los gentiles, cuando Dios haya tomado un pueblo de entre los gentiles, Dios volverá a reinsertar en el olivo a Israel, y volverá a trabajar con Israel, e Israel recibirá al Mesías. Entonces, después de los misterios del reino de Dios, viene *el misterio de Israel*.

Pablo habló mucho de la iglesia.

Pero, hablando de Cristo y la iglesia, el apóstol nos dice: «Amados, no quiero que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos. Le ha acontecido a Israel endurecimiento en parte. Y no es para siempre, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles, y luego, todo Israel –no todo israelita, Israel es la nación– será salvo». Y habla del plan de Dios para con Israel, y Pablo, por el Espíritu Santo, no quiere que la iglesia ignore el misterio de Israel.

No vamos a hacernos judaizantes, ni a estudiar la Torá, ni a encender velitas, ponernos kipá o rezar en hebreo. No estoy hablando de esas cosas. Pero está Romanos 11 y toda la cantidad de capítulos que hay en Isaías, en Jeremías, en Ezequiel, en Daniel, en Zacarías, etc., hablando del misterio de Israel. Ahora, cuando recuperaron su tierra, cuando se hizo realidad el retorno a Israel, la iglesia no lo debe ignorar. «No quiero que ignoréis este misterio». No es el único, no es el centro; pero es uno de ellos.

El misterio de las naciones

En aquel ramillete de flores que son los misterios de Dios, uno de ellos es el misterio de Israel. Y también se complementa con el *misterio de las naciones*, que aparece en el sueño de Nabucodonosor. Dios es quien reveló esos misterios de la estatua con cabeza de oro, pecho de plata, vientre de bronce, piernas de hierro, pies de hierro mezclado con ba-

rrero. Y eso es la historia de la humanidad.

Lo que ha de acontecer en los próximos días, son también misterios de Dios relativos a las naciones. Hay misterios relativos a la iglesia y al reino, como los hay relativos a Dios y a Cristo. Y el lado negativo, también: el misterio de la iniquidad, el misterio de Babilonia, el misterio de la mujer y de la bestia que la trae y que tiene siete cabezas y diez cuernos.

El misterio de la trompeta final

Y, por último, el misterio de la final trompeta. «No todos dormiremos, pero todos –no algunos, sino todos los hijos verdaderos de Dios– seremos transformados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta». Ese es el tiempo de dar el galardón a sus siervos los profetas, dice ahí en la última, la séptima. Eso abarca el comienzo de la conclusión, la venida del Señor a establecer el milenio. El trono blanco, el juicio de las naciones, el milenio. Luego, aquella rebelión, el juicio final, cielo nuevo y tierra nueva, nueva Jerusalén.

Cuando tú lees el misterio de la final trompeta, en Apocalipsis, ves que la trompeta abarca hasta la eternidad, porque en ella se consuma el misterio. La séptima trompeta incluye las siete copas, la ira de las naciones, el Armagedón, los juicios y la eternidad, porque en ella se consuma el misterio de Dios.

Síntesis de un mensaje impartido en Temuco, en agosto de 2008.

* * *

TEMA DE PORTADA

La luz de Dios produce tristeza para arrepentimiento.

Hernando Chamorro
(Colombia)

“Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte. Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, ¡qué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en el asunto” (2ª Cor. 7:10).

Desde hace días, hemos estado compartiendo en varias localidades sobre el arrepentimiento. Todos nos preguntaremos: ‘Bueno, pero, ¿por qué este mensaje, si en Hebreos dice que dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo,

prosiganos adelante, y no echemos el fundamento de arrepentimiento de obras muertas, etc.?’. Pero mi sentir es que todos nosotros necesitamos arrepentirnos todos los días. De algo tenemos que volvernos al Señor.

Sería presuntuoso de nuestra par-

Contristados por Dios



te decir que no necesitamos tener un cambio de mentalidad, un arrepentimiento genuino. Soy el primer afectado por esta palabra; no me escapo de ella. Necesitamos arrepentirnos, pues todos estamos convictos bajo la misma sentencia.

Muchas veces nos apartamos del Señor. Las cosas de este mundo separan a muchos hermanos. El caminar, el recoger el polvo diario en nuestros pies por los afanes de este mundo, hace que necesitemos que nuestros pies sean lavados por la Palabra.

El Señor dice en su palabra que hay una tristeza que es según Dios, así como en la parábola del hijo pródigo. Este hombre se alejó de la presencia de su padre y malgastó sus bienes. Y volviendo en sí, dijo: «Me volveré a casa de mi padre». O sea, hay un iluminar del Espíritu Santo en él; hay un obrar de Dios. Hay una tristeza que proviene de Dios; una tristeza según Dios, no una tristeza según el mundo.

Damos gracias a Dios por esa provisión de tristeza que produce en nosotros. Miserables de nosotros si el Señor no produjera esta tristeza; si estuviéramos muy cómodos en nuestra situación, seguros en nosotros mismos, en nuestras propias obras, muy contentos, y no nos pellizcáramos, y el Señor no nos iluminara y expusiera nuestra condición interior.

Como dice el salmista: «*Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón ... y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno*» (Salmos 139:23-24). El salmista no está diciendo: 'Examíname, para que te des cuenta que no hay nada malo en mí'.

Más bien, está diciendo lo contrario. 'Señor, renuncio a mi propia introspección, a examinarme con mi propio juicio, con mis propios parámetros'.

«*Examíname, oh Dios*». Qué bueno es que el Señor nos examine y nos muestre cuál es nuestra condición, cuál es realmente nuestra situación, para que no vivamos engañados, y cuando el Señor venga en su segunda venida, no huyamos avergonzados.

Pero aquí dice: «*la tristeza que es según Dios*». Qué bueno es que el Señor nos ha hecho una provisión de tristeza, para examinarnos, para volvernos a él cada día. Dice que ésta produce arrepentimiento. Ya hemos visto en muchas partes la palabra arrepentimiento. Viene de la palabra *metanoia*, y significa un cambio de mentalidad.

Necesitamos realmente más que remordimiento, un cambio de mentalidad en nuestras vidas. Pero, ¿qué puede cambiar nuestra mentalidad? ¿Nosotros mismos? No. El Señor, por supuesto. Y, cuando el Señor nos expone, nos ilumina con su luz, aquí dice que produce solicitud. Ser solícitos en servir a Dios, en amar a Dios. Produce defensa, produce indignación. Aun, inclusive, cuando el Señor nos ilumina, nos sentimos indignados con nosotros mismos, nos sentimos inconformes con nosotros mismos.

Sería cosa grave que nos sintiéramos conformes con nosotros mismos, con lo que somos en nuestra naturalidad. Pero esto produce indignación. Aquí se refiere a un corintio incestuoso, pero primero que todo hay que mirar la viga que está en nuestro ojo,

que la paja del hermano que está afuera. Esta indignación es con nosotros mismos. Estamos cansados de nuestros errores.

Tiene que haber esa indignación producida por la luz de Dios. El Señor está dispuesto a darnos esa luz, y nosotros estamos dispuestos a recibirla. El Señor no nos va a iluminar si no abrimos nuestro corazón, si no abrimos la ventana para que entre el Sol de justicia.

Entonces dice que produce temor, también. Temor de Dios, temor reverente. Ardiente afecto, pasión por las cosas de Dios. ¡Qué celo produjo en los corintios! Sí, tenemos mucha ciencia y poco celo. Otros tienen mucho celo y poca ciencia. Lo ideal es tener ciencia con celo. Pero, hermanos, esto es producido por la tristeza que proviene de Dios.

El ejemplo de Josías

Hay un pasaje muy maravilloso en 2 Reyes 22, acerca del rey Josías, de Judá, que amó a Dios con toda el alma, con todo su corazón, con toda su mente, que se convirtió al Señor. Hubo arrepentimiento en este varón, y en el pueblo del Señor.

«*Cuando Josías comenzó a reinar era de ocho años, y reinó en Jerusalén treinta y un años*» (v. 1). O sea que este hombre murió a los treinta y nueve. Lo mató el faraón Neco. «*E hizo lo recto ante los ojos de Jehová, y anduvo en todo el camino de David su padre, sin apartarse a derecha ni a izquierda*». El abuelo de este hombre era nada menos que Manasés. Manasés era perverso; fue quien introdujo la idolatría, el culto a Moloc; pasó a algunos de sus hijos e

hijas por el fuego; estableció los signos del zodiaco, y toda la idolatría y prostitución idolátrica que había en Israel.

Pero, bueno, si los padres y los abuelos comen las uvas verdes, a los hijos no necesariamente les da la dentera. Aquí dice que Josías «*hizo lo recto ante los ojos de Jehová*». Versos 3-5: «*A los dieciocho años del rey Josías, envió el rey a Safán ... a la casa de Jehová, diciendo: Ve al sumo sacerdote Hilcías, y dile que recoja el dinero que han traído a la casa de Jehová, que han recogido del pueblo los guardianes de la puerta, y que lo pongan en manos de los que hacen la obra, que tienen a su cargo el arreglo de la casa de Jehová, y que lo entreguen a los que hacen la obra de la casa de Jehová, para reparar las grietas de la casa...*».

Este hombre tenía carga por la obra del Señor. ¿Cuántos de nosotros tenemos carga por las grietas de la casa del Señor? Decimos que hemos visto la iglesia. Es cierto. Pero hay muchas anomalías, muchas grietas, en nuestras localidades. Pero este era un jovencito de veintiséis años; ni siquiera un anciano o una persona ducha en las cosas del Señor. Un joven, como muchos de ustedes, que tenía carga por la obra del Señor, por reparar las grietas de la casa del Señor. Es maravilloso cuando alguien realmente tiene carga por las cosas de Dios, por la casa de Dios. Dios ocupa a esa persona. Si nos ocupamos de la casa de Dios, el Señor se ocupa de nuestra casa.

«*...para reparar las grietas de la casa; a los carpinteros, maestros y albañiles...*». Había distintas personas que repara-

ban de cierta manera ciertas cosas, como en la iglesia hay ministerios: apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. «...y albañiles, para comprar madera y piedra de cantería para reparar la casa; y que no se les tome cuenta del dinero cuyo manejo se les confiere, porque ellos proceden con honradez».

«Entonces dijo el sumo sacerdote Hilcías al escriba Safán: He hallado el libro de la ley en la casa de Jehová» (v. 8). ¡Qué apunte tan bueno ése! Cuando Martín Lutero empezó a reparar las grietas de la casa del Señor, cuando empezó la Reforma de la iglesia, el libro fue abierto también, la Biblia fue rescatada. Esto es como una pequeña cuestión a escala de lo que sucedió después. Y también en nuestra vida personal es igual: cuando nosotros empezamos y nos dedicamos a la casa de Dios, el Señor abre nuestro entendimiento a la palabra del Señor. El Señor produce luz.

La casa y la Palabra están relacionadas; no pueden estar separadas. Se necesita luz para reparar. Entonces, qué bueno que empezaron a reparar las grietas de la casa y apareció el libro de la ley, o sea, la Torá, que estaba escondido, así como en días pasados estuvo escondida la Biblia por el oscurantismo. El Señor permitió a Lutero abrir una parte de la Palabra: la justificación por la fe, sin obras. El Señor fue abriendo ese libro.

Fue hallado el libro de la ley en la casa de Jehová. «Asimismo el escriba Safán declaró al rey, diciendo: El sacerdote Hilcías me ha dado un libro. Y lo leyó Safán delante del rey. Y cuando el rey hubo oído las palabras del libro de la ley,

rasgó sus vestidos. Luego el rey dio orden al sacerdote Hilcías, a Ahicam ... a Achor ... al escriba Safán y a Asaías siervo del rey, diciendo: Id y preguntad a Jehová por mí, y por el pueblo, y por todo Judá, acerca de las palabras de este libro que se ha hallado; porque grande es la ira de Jehová que se ha encendido contra nosotros, por cuanto nuestros padres no escucharon las palabras de este libro, para hacer conforme a todo lo que nos fue escrito».

«Entonces fueron ... a la profetisa Hulda ... Y ella les dijo: Así ha dicho Jehová el Dios de Israel: ... He aquí yo traigo sobre este lugar, y sobre los que en él moran, todo el mal de que habla este libro que ha leído el rey de Judá; por cuanto me dejaron a mí, y quemaron incienso a dioses ajenos, provocándome a ira con toda la obra de sus manos; mi ira se ha encendido contra este lugar, y no se apagará. Mas al rey de Judá ... diréis así: Así ha dicho Jehová el Dios de Israel: Por cuanto oíste las palabras del libro, y tu corazón se enterneció, y te humillaste delante de Jehová, cuando oíste lo que yo he pronunciado contra este lugar y contra sus moradores, que vendrán a ser asolados y malditos, y rasgaste tus vestidos, y lloraste en mi presencia, también yo te he oído, dice Jehová. Por tanto, he aquí yo te recogeré con tus padres, y serás llevado a tu sepulcro en paz, y no verán tus ojos todo el mal que yo traigo sobre este lugar. Y ellos dieron al rey la respuesta» (vv. 9-20).

Cuando lo mejor de nosotros es expuesto a la luz de Dios, y vemos que todo lo mejor de nosotros es basura religiosa, caemos en depresión. Nos sentimos mal, nos sentimos humillados, dándonos cuenta que aun

lo mejor de nosotros, cuando es expuesto por la luz, es basura.

«*La exposición de tu palabra alumbrada*», dice la Biblia. Y qué bueno es leerla, no a nuestra propia luz; a la luz del Señor. Y cuán bueno es que la luz penetre en nuestros corazones, y seamos expuestos. Esa luz, esa palabra, provoca tristeza, y no sentimos contentamiento en nosotros mismos.

¿Qué sucede cuando la luz nos expone? Ya no somos ensimismados, ya no estamos girando en torno a nosotros, a nuestra propia bondad, a nuestras habilidades; porque la fuer-

ellos. Así como Daniel se hizo pecador con el pueblo, por decirlo así, y oró. Igual como nuestro Señor Jesucristo, siendo sin pecado, tomó toda nuestra culpa y fue a la cruz. De igual manera, este hombre mandó reunir a todos los ancianos y a todo el pueblo. Él se involucró con ellos; no quería que el pueblo fuese castigado, a pesar de que él ya no iba a ser castigado por el Señor.

«*Y subió el rey a la casa de Jehová con todos los varones de Judá, y con todos los moradores de Jerusalén, con los sacerdotes y profetas y con todo el pue-*

Bueno es que el Señor nos examine y nos muestre cuál es nuestra condición, cuál es realmente nuestra situación, para que no vivamos engañados.

za humana, las habilidades naturales, la confianza en sí mismo, es lo que más se opone a la obra de Dios y al propósito de Dios.

«*Entonces el rey mandó reunir con él a todos los ancianos de Judá y de Jerusalén. Y subió el rey a la casa de Jehová con todos los varones de Judá...*» (2 R. 23:1-2). Qué actitud, ¿verdad? Este hombre tenía conciencia de que era uno con el pueblo. Porque otra persona diría: 'Bueno, la profetisa Hulda dijo que me sacaban de eso a mí. Yo ya estoy fuera, voy a dormir con mis padres, voy a tener paz en mis días. Y el pueblo que viene, que sufra, porque el Señor ya lo dijo'.

Pero este varón no se conformó con que el Señor lo hubiera separado del juicio que iba a hacer contra el pueblo, sino que se involucró con

blo, desde el más chico hasta el más grande; y leyó, oyéndolo ellos, todas las palabras del libro del pacto que había sido hallado en la casa de Jehová» (v. 2). Esto me recuerda que, cuando fue abierta la Biblia, no fue abierta sólo para Lutero, sino que fue traducida al idioma del pueblo, para que todos la conociesen. Y así mismo sucede acá. Todos la leyeron, «*desde el más chico hasta el más grande*».

Hoy día no hay disculpa para no leer la Palabra. Todo el mundo sabe leer. Antes era difícil. Pablo encargaba a Timoteo: «Trae los pergaminos que dejé en Troas». La Torá era un tremendo bulto de pergaminos, y no todo el mundo sabía leer en ese tiempo. Hoy en día, la Palabra está a tu disposición. «*Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón*».

Entonces, la Palabra expone. Si nosotros queremos ser contristados por Dios, para que se produzca un cambio de mentalidad, es menester leer con corazón apropiado. No un corazón parcializado con nuestros propios paradigmas, sino con un corazón que el Señor mismo puede acondicionar, para que leamos, y para que la Palabra penetre y nos redarguya, y haya un cambio de mentalidad en nuestra vida. ¡Cuánto más necesitamos reuniones de lectura de la Palabra en las localidades! La mera palabra del Señor. Ella misma se interpreta, ella misma habla.

«Y poniéndose el rey en pie junto a la columna, hizo pacto delante de Jehová, de que irían en pos de Jehová, y guardarían sus mandamientos, sus testimonios y sus estatutos, con todo el corazón y con toda el alma, y que cumplirían las palabras del pacto que estaban escritas en aquel libro. Y todo el pueblo confirmó el pacto» (v. 3).

Hasta ahí, la cosa está bien. Hay una tristeza que proviene del Señor, a través del libro que fue abierto y que fue leído, y hay un deseo de cambiar. Pero la gran falla es que ellos se propusieron en su corazón que cumplirían. ¡Qué error tan grande! Ya habían pasado los tiempos de Josué, cuando dijeron lo mismo: «Cumpliremos todo lo que Moisés dijo», y a la vuelta de la esquina, ya estaban pecando.

Aquí pasó igual. Pasaron unos cuantos años, y el pueblo otra vez volvió a pecar. ¿Por qué? Porque hicieron pacto conforme a las fuerzas de ellos; estaban confiados en sí mismos de que podían cumplirle a Dios.

¿Quién puede cumplir con Dios? Los estándares de Dios son muy altos. Es imposible para nuestra fuerza natural poder rebasar los estándares de Dios y satisfacer al Señor en sus exigencias. Se necesita no sólo la luz del Señor, sino reconocer que en nosotros, en nuestra naturalidad, no hay nada bueno. Necesitamos reconocer nuestra incapacidad. Sólo cuando podamos reconocer nuestra incapacidad para satisfacer a Dios, podremos ver la fortaleza de Dios en nuestra vida.

Grabemos esto en nuestro corazón – Somos incapaces de satisfacer a Dios. Somos incluso incapaces de arrepentirnos por nosotros mismos. Necesitamos del Señor, necesitamos volvernos a él, y decir: ‘Señor, yo quiero, pero no puedo’. Porque de otra manera, tratar de cumplir las exigencias de Dios –que sí las hay en el Nuevo Testamento–, por nuestra propia fuerza, es caer bajo la ley. Y la ley produce ira, la ley revela la incapacidad nuestra de satisfacer a Dios.

Entonces, ¿qué tenemos que hacer? Reconocer que no podemos. ‘Señor, yo quiero, pero no puedo. Necesito que tú me reemplaces, que tú vivas las exigencias de Dios a través de mí’. Esa debe ser nuestra oración.

«Entonces mandó el rey ... que sacasen del templo de Jehová todos los utensilios que habían sido hechos para Baal, para Asera y para todo el ejército de los cielos; y los quemó fuera de Jerusalén en el campo del Cedrón, e hizo llevar las cenizas de ellos a Bet-el. Y quitó a los sacerdotes idólatras ... y asimismo a los que quemaban incienso ... Hizo también sacar la imagen de Asera fuera de la casa de

Jehová, fuera de Jerusalén, al valle del Cedrón, y la quemó en el valle del Cedrón, y la convirtió en polvo, y echó el polvo sobre los sepulcros de los hijos del pueblo. Además derribó los lugares de prostitución idólatrca que estaban en la casa de Jehová... E hizo venir todos los sacerdotes de las ciudades de Judá, y profanó los lugares altos donde los sacerdotes quemaban incienso, ... y derribó los altares de las puertas que estaban a la entrada de la puerta de Josué...» (4-8).

Josías hizo una cantidad de cosas... En aquel tiempo, hubo un cambio externo. Hoy día, ya no tenemos ídolos afuera; pero hay cosas dentro de nosotros que cada cual sabe que hay. Hay lugares altos que derribar, y sólo con la ayuda del Espíritu Santo, con el poder de Dios, podemos hacerlo.

La centralidad de Cristo

Vamos más adelante. Después que suceden todas estas cosas, dice: *«Entonces mandó el rey a todo el pueblo, diciendo: Haced la pascua a Jehová vuestro Dios, conforme a lo que está escrito en el libro de este pacto. No había sido hecha tal pascua desde los tiempos en que los jueces gobernaban a Israel, ni en todos los tiempos de los reyes de Israel y de los reyes de Judá. A los dieciocho años del rey Josías fue hecha aquella pascua a Jehová en Jerusalén» (21-23).*

Esto me recuerda que en los tiempos de la Reforma no sólo empezaron a taparse las grietas que había dejado el sistema de Tiatira, sino que también fue abierto el libro. La Biblia fue abierta. Pero también aquí habla de la pascua. Se fueron al centro, que es Cristo... *«y a éste crucificado»*. Enton-

ces, el próximo paso, después que la Biblia fue rescatada y fue abierta, fue el cristocentrismo, que sucedió un poco más tarde.

Empezaron a girar en torno a Cristo, en torno a su persona y a su obra. Y es algo que nosotros tenemos que ver también como individuos. No sólo la Biblia es abierta y la leemos, sino también una comunión íntima con el Cordero pascual, con el Señor, primeramente como crucificado, y luego como resucitado, y después ascendido y entronizado. Y esto debe ser vida en nosotros.

El versículo 25 dice: *«No hubo otro rey antes de él, que se convirtiese a Jehová de todo su corazón, de toda su alma y de todas sus fuerzas, conforme a toda la ley de Moisés; ni después de él nació otro igual»*. Esto fue conforme a la ley de Moisés.

El Señor nos llama hoy a convertirnos también de todo nuestro corazón, de toda nuestra alma y de toda nuestra fuerza, pero no conforme a la ley de Moisés, sino conforme a Mateo 5, 6 y 7, la Constitución del reino de los cielos, las bienaventuranzas y las parábolas que aparecen ahí. O sea, nos llama a convertirnos conforme a la ley de Cristo.

¿Será que podemos por nuestra propia fuerza cumplir las bienaventuranzas? ¡Ni se les ocurra, hermanos! ¡Con el Señor, sí podemos! (O él puede; nosotros no podemos hacer nada). Entonces, qué bonito es que el Señor nos llama a volvernos a él, a no estancarnos, a no estar cómodos en la condición en que estamos. Creemos que ya hemos llegado a cubrirlo todo. Pero esto es apenas el principio. El

Señor llama a vivir una vida práctica, una vida santa, a que Cristo sea experimentado en nuestra vida.

El Señor nos insta a volvernos a él

Vamos ahora a Jeremías 15:19.

«Por tanto, así dijo Jehová: Si te conviertes, yo te restauraré, y delante de mí estarás; y si entresacares lo precioso de lo vil, serás como mi boca. Conviértanse ellos a ti, y tú no te conviertas a ellos». Jeremías era creyente. Aquí, la palabra *convertirse*, también se traduce *arrepentirse*. Es volverse al Señor, convertirse, arrepentirse. El Señor no le habla de convertirse a una persona que no ha nacido de nuevo. Le está hablando a Jeremías, y nos está hablando a cada uno de nosotros.

«Si te conviertes...». Convertirse significa volver la cara al Señor; o sea, volver las espaldas a las cosas que no son de Dios, y darle la cara al Señor. Volverse al Señor. *«Si te conviertes, yo te restauraré...».* ¡Qué precioso! Nuestro Dios es Dios de restauración, es Dios de restitución, de renovación. *«...y delante de mí estarás».* ¿No te causa impacto que el Señor te diga esto? Como dice el salmista: *«En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre»* (Salmos 16:11). ¡Qué bueno es estar en la presencia de Dios!

«...y si entresacares lo precioso de lo vil...». Es cierto, hermanos, que nosotros no podemos satisfacer a Dios, es cierto que no podemos arrepentirnos por nosotros mismos. Necesitamos al Señor. Pero también el Señor nos necesita a nosotros, necesita nuestra colaboración. Hay una parte nuestra: *«...si entresacares lo precioso de lo vil, se-*

rás como mi boca». Otra promesa. Primero, la restauración; segundo, estar en su presencia; tercero, *«serás como mi boca».*

¿Nos parece poca cosa ser la boca del Señor? La boca del Señor dijo: *«Hágase...»*, y se hizo. Lo que la boca del Señor habla, se realiza. *«Serás como mi boca».*

Cuando verdaderamente nos volvemos al Señor con todo nuestro ser, él se atreve a prestarnos su boca. Es hasta un riesgo, ¿verdad?; pero él confía, en el sentido en que confía en la obra que él está haciendo en nosotros, en que ha habido un arrepentimiento. Porque él conoce los corazones, y se atreve a hacerse uno con nosotros, para que proclamemos su grandeza, su poder, su autoridad, su amor, todo lo que él es. ¡Qué bueno es ser la boca de Dios!

«Conviértanse ellos a ti, y tú no te conviertas a ellos. Y te pondré en este pueblo por muro fortificado de bronce». Otra promesa: *«...muro fortificado de bronce».* ¿Quién se puede estrellar contra el pueblo de Dios? *«...y pelearán contra ti, pero no te vencerán; porque yo estoy contigo para guardarte y para defenderte, dice Jehová».* Otra promesa más; el Señor está con nosotros. *«Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?».*

Cuando el Señor nos guarda en el cuenco de su mano, ¿quién le abre la mano al Señor? Ahí no hay diablo que valga. El Señor está con nosotros para guardarnos. El mundo y todas las cosas creadas, nada nos podrá separar del amor de Dios. Entonces, ¡miren todos los beneficios que produce el volvernos a Dios!

«Y te libraré de la mano de los malos, y te redimiré de la mano de los fuertes» (v. 21). Esto puede aplicarse a cualquiera de los estamentos, a cualquiera de las áreas de nuestra vida económica, social, espiritual, psicológica, etc. El Señor nos libra de la mano de los malos y de la mano de los fuertes. ¡Qué bueno es nuestro Dios! El Salmo 63 dice: «Bueno es Jehová para con los limpios de corazón».

Entonces, el Señor dice en su palabra: «Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros». Lo dice varias veces en los profetas menores. Por ejemplo, Zacarías 1:3: «Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Volveos a mí, dice Jehová de los ejércitos, y yo me volveré a vosotros, ha dicho Jehová de los ejércitos». Ese es el clamor de Dios. Como si el Señor nos rogase: «Vuélvete a mí». «Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros».

Más adelante, en Malaquías 3:7: «Desde los días de vuestros padres os habéis apartado de mis leyes, y no las guardasteis. Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros, ha dicho Jehová de los ejércitos. Mas dijisteis: ¿En qué hemos de volvernos?». La confianza en sí mismos, la confianza en su propia justicia, impidió que el Señor los restaurara, que ellos fueran la boca del Señor, impidió tantas cosas a este pueblo.

Y estas cosas fueron escritas para que no repitamos la historia; porque aquel que no conoce la historia, está obligado a repetirla. Eso es cierto. Entonces, el Señor nos da estas cosas escritas para nuestro provecho, como ejemplo para nosotros, para que no caigamos en los mismos errores. El Señor ha dicho: «Volveos a mí, y yo me

volveré a vosotros». Pero, cuando el Señor nos dice estas cosas, nos enfrentamos a la situación que no nos podemos volver a él. No nos podemos volver al Señor si él no nos ayuda.

Si el Señor no nos ayuda, nos metemos en Romanos 7:19: «No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago». Entonces estamos bajo la ley, porque no podemos sino creerle al Señor, de que Cristo nos crucificó. O sea, nosotros fuimos juntamente crucificados con Cristo. Es un asunto de saber. Dice: «Sabiedo esto...». Y después que sabemos esto, dice que consideremos esto. «Consideraos, pues, muertos al pecado». Considerar significa darlo por un hecho ya consumado hace dos mil años. Ya el Señor te mató; ya Dios mató al hombre viejo en la cruz; ya fue crucificado. Y con él, también fuimos juntamente resucitados. Si no hemos visto esto, hermanos, si no nos hemos visto crucificados con Cristo en la cruz, difícilmente puede entrar la luz para que nosotros nos arrepintamos.

En Lamentaciones 5:21, Jeremías dice: «Vuélvenos...». El Señor dice: «Volveos a mí». Y la respuesta de Jeremías es: «Vuélvenos». Señor, no podemos volvernos a ti, si tú no nos vuelves. «Vuélvenos, oh Jehová, a ti, y nos volveremos; renueva nuestros días como al principio». Dios es Dios de restauración, Dios de renovación, Dios de restitución. El Señor nos insta hoy a volvernos a él. Sí, y nosotros también le decimos lo mismo: Haznos volvernos a ti; ayúdanos, Señor. Amén.

Síntesis de un mensaje impartido en Sasaima (Colombia), en Junio de 2009.

* * *

Sobre el servicio práctico en medio de la Iglesia.



Sirviendo en lo práctico

Celso Machado
(Brasil)

En cierta ocasión, los niños querían venir ante al Señor, y los discípulos comenzaron a impedirselo. Entonces, el Señor Jesús habló: «*Dejad a los niños venir a mí ... porque de los tales es el reino de Dios*». Si

no somos como niños, si no tenemos un corazón como el de los niños – porque los niños perdonan fácilmente. Están jugando, y de pronto comienzan a discutir por un juguete y se enojan, y cada uno sale por su

lado, pero al poco tiempo están jugando juntos de nuevo.

Esa es una de las cualidades que tienen los niños. Y también existen otras cualidades. En cierta ocasión, un hermano llegó hasta donde un niño, y le preguntó, como queriéndolo exprimir un poco, para ver qué podía salir de su boca: «Cuando seas mayor, tú, como miembro del cuerpo de Cristo, ¿qué talento, qué don te gustaría tener para servir a la iglesia?». El niño respondió: «Profeta».

El hermano lo miró. «¿Qué profeta, muchacho? Tú no has sufrido nada todavía». Hacía esto para molestarlo un poco más. Entonces, el niño pensó y dijo: «Está bien. Un maestro». Entonces, el hermano le dijo: «¿Qué maestro, muchacho? Tú aún no sabes nada, tienes que aprender mucho». Entonces el niño bajó la cabeza y luego miró al hermano. «Sólo quiero ser un siervo de Dios».

Eso es lo que nosotros somos. Siervos, esclavos, para servir al Señor, para servir a los hermanos, en amor.

El modelo de siervo

Existe un modelo de siervo. ¿Y qué siervo es éste? Jesucristo. Ese es el modelo perfecto. El Señor estableció un modelo.

En el desierto, cuando el Señor comienza a entregar el modelo del tabernáculo, existe un mueble – el arca. Esa arca es un modelo, y tiene ciertas medidas. Esas medidas, a nuestros ojos, no parecen ser exactas. ¿Por qué no tiene medidas iguales? ¿Por qué una parte tiene que ser menor y otras tienen que ser mayores?

Y aun existe otra condición: el material. La madera, que habla de la humanidad, porque esa arca es Cristo. Aunque tenga esa madera, ella está recubierta de oro, que nos habla también de la divinidad de Cristo.

Pero, amados, esta madera no es de palmera, que es muy común en los oasis. Es fácil escribir tu nombre, o dar un hachazo en la palmera; es una madera fácil de ser trabajada. Incluso para derribarla. Pero el Señor estableció un modelo, y escogió una madera específica: la acacia. Cuando Moisés pidió acacia, los constructores habrán dicho: ‘¿Acacia? ¿No sería mejor la palmera? Es tan fácil cortarla, y además va a estar recubierta de oro, va a estar protegida, los gorgojos no van a entrar. Es fácil de trabajar; e incluso, cuando la lleven los levitas, no va a pesar tanto, porque es liviana. ¿Por qué la acacia?’.

Pero el modelo es la acacia, una madera difícil de trabajar, toda torcida. Se necesita todo un proceso para comenzar a destorcer esa madera; un proceso complicado, difícil, que lleva tiempo. Se le pone agua y se estira hasta que queda plana, para que se pueda cortar y trabajar en ella.

El Señor Jesús era esa madera de acacia, mas no en relación a ser torcida, eso nos compete a nosotros. Nosotros somos bien torcidos. Se necesita un trabajo del Espíritu Santo de Dios, en la Nueva Alianza. La cruz es el instrumento que va a aplicar el Espíritu Santo en nosotros para ir destorciendo esta madera que somos nosotros.

A veces pensamos que la vida cristiana es algo muy fácil. Nos recos-

tamos tranquilos en nuestra hamaca allá por Aruba o Cabo Frío, tomando agua de coco, y balanceándonos. 'Ah, qué bueno es ser cristiano. ¡Es tan fácil! No hay esfuerzo ninguno; el Señor hará todo'. Sin embargo, recuerden esa cuestión de la responsabilidad. Usted es responsable, yo soy responsable por aquello que el Señor ha puesto en nosotros.

«Aquel que quiera...». Usted, prácticamente, no está obligado. El Señor quiere. Ahora, el querer del Señor entra en acuerdo con el querer de usted. 'Yo quiero'. Y el Señor dice: 'Yo también quiero'. Entonces, la obra del Espíritu en nosotros nos ayuda a tomar la cruz. Pero, antes de tomarla, tiene que haber una renuncia. Entonces el Espíritu habla: 'Niéguese'. Entonces, ahí entra nuestra responsabilidad, y decimos: 'Sí'. Negarse a sí mismo, tomar la cruz cada momento, y seguirle a él.

En ese momento, y en cada momento, existen circunstancias en que el Señor va trabajando; y muchas de esas circunstancias son comunes. La palabra de Dios es algo para ser practicado. ¿A quién compara el Señor a aquel hombre que oye la palabra y la practica? Lo compara con una casa que es construida sobre la roca. Pero, ¿saben qué me llama la atención aquí? Lucas, en su registro, es un poco más preciso. Lucas presenta a Jesucristo como hombre, y dice que se debe colocar un fundamento sobre la roca, pero habla de que usted debe cavar sobre la roca.

¿Hay necesidad de cavar en la roca para colocar un fundamento sobre ella? ¿No sería más fácil sólo le-

vantar el fundamento sobre la misma roca, que tener que cavar en ella? Cavar en la roca, no es fácil, requiere trabajo, mucho trabajo. Esto nos habla de intimidad, de profundidad, con el Señor. Entonces podemos levantar la casa, y aunque venga la tempestad, los vientos, aquella casa permanecerá en pie.

Sirviendo en lo común o práctico

Entonces, ese modelo, el Señor Jesús, tuvo su ministerio en la tierra. El Señor Jesús estuvo aquí treinta y tres años y medio. Tres años y medio de vida pública. Treinta años de vida común y tres años y medio de vida común.

Ustedes recuerdan, cuando el Señor Jesús entró en Galilea, en la sinagoga de Nazaret, como era su costumbre. El evangelio de Lucas dice que él se crió en Nazaret. Él entra en la sinagoga y toma el libro y lee Isaías 61. Y él dice que aquello que está leyendo, se cumplió. Que él era aquella persona, que él era aquel varón que entregaría las buenas nuevas.

Entonces, ¿qué pasó? Aquellos hombres que estaban en la sinagoga, dicen: «¿Este no es Jesús, el hijo de José?». Y los evangelios de Mateo y Marcos hablan también de su oficio: «No es éste el carpintero? ¿No están entre nosotros sus hermanos? ¿Cómo él dice que es aquel hombre? ¡No!». Hermanos, si existe algo en lo cual el Señor muchas veces es atacado es en su humanidad; pero también es atacado en su divinidad. Entonces, el Señor Jesús tuvo que salir de Nazaret.

Aquellas personas miraban al Se-

ñor Jesús, y claro que había allí muchas personas que lo conocían, no sabían todo lo que el Señor era, y su humanidad escandalizó a los judíos. Hermanos, el Señor Jesús es el modelo. Y la vida del Señor Jesús, aquellos treinta años, hablan más en cuanto al tiempo que los tres años y medio. Era lo común.

¿Recuerdan la parábola de los talentos? ¿Y recuerdan la parábola de las minas? Cuando leemos estas dos parábolas, parece que son iguales. Sin embargo, ¿qué habla la parábola de los talentos? Había un señor que repartió sus talentos, sus bienes. Un talento son seis mil dracmas o seis mil denarios. Un denario corresponde a un día de trabajo. O sea, seis mil días de trabajo. Y una mina, son cien denarios, cien días de trabajo.

Cuando habla de talentos, el señor le da cinco talentos a uno, a otro da dos talentos, y a otro un talento. Pero cuando habla de las minas, él da una mina a cada uno de aquellos diez hombres. Todos aquellos hombres tenían algo en común. Entonces, lo común es importante.

A veces pensamos que lo común es lo más importante. A veces somos demasiado críticos. A veces miramos a aquellos hermanos que tienen los talentos, y empezamos de cierta forma a criticar, mas olvidamos lo esencial, lo común.

No podemos ejercer nuestro servicio en la iglesia si no ejercemos nuestro servicio en lo común. ¿Cómo podremos obtener lo común? Un ejemplo de lo que es común. El Señor Jesús habló: «Si tú das un vaso de agua a un profeta, recibirás recom-

pensa de profeta». Eso es común. Esto es esencial, amados hermanos. En la vida de iglesia, trabajar en lo que es común: el servicio en el cuerpo de Cristo. Pero muchas veces queremos trabajar sólo en lo común.

Entonces, amados hermanos, en Mateo 5:1-2 dice: «*Viendo la multitud, subió al monte; y sentándose, vinieron a él sus discípulos. Y abriendo su boca les enseñaba, diciendo...*». ¿A quién está enseñando aquí el Señor? A sus discípulos. No a la multitud, sino a sus discípulos. Entonces, el Señor empieza a hablar sobre las bienaventuranzas. Y cuando termina con las bienaventuranzas, les habla sobre la sal de la tierra y la luz del mundo. Entonces está hablando sobre nuestra posición en el mundo.

Y luego él entra en el asunto de la ley, o sea, en los principios del reino con la ley. Pero veamos en lo que el Señor entra aquí. Él no habla primero acerca de las limosnas o sobre la oración o sobre el ayuno. Existen principios espirituales en la casa de Dios, y nosotros debemos respetar esos principios; no podemos pasar por sobre ellos. Porque nosotros hemos experimentado eso, que cuando pasamos por sobre estos principios, es duro, cometemos errores y a veces errores graves.

El ejemplo de Cristo

La Biblia nos da un modelo. Cristo es el modelo perfecto. Amados, no podemos introducir primeramente el servicio o el altar del incienso, que tipifica el sacrificio, las oraciones. El candelero, la iglesia, no es el primer asunto a ser introducido, aunque es

esencial. La mesa, tampoco. ¿Cuál es la primera pieza, después que fue levantado el tabernáculo y el óleo de la unción fue derramado sobre el tabernáculo, y ese aceite también es derramado sobre las piezas, para después ser derramado sobre la cabeza de Aarón y sobre sus hijos? ¿Cuál es la primera pieza que indicó el Señor? El arca.

¿Qué nos habla Hechos 2:42? «Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles...». ¿Cuál es la doctrina de los apóstoles? ¿Cuál es el centro, el tema central? ¡Cristo! Cristo es el tema central. Entonces, el arca puede ser introducida. Y después que el arca es introducida, puede entrar la mesa con los panes. Esta nos habla de la comunión, y el arca nos habla de Cristo.

Hermanos, si no tenemos un relacionamiento con la persona del Señor Jesús, ¿podremos relacionarnos bien con nuestros hermanos? 'Ah, el hermano Celso es tan querido, Roberto también'. Pero a cinco mil kilómetros de distancia. Aquí, en estos días, es muy fácil relacionarnos; pero en el día a día, en lo que es común, las cosas empiezan a complicarse. Comienzan a haber roces, y aquel hermano, que era tan querido, dejó de ser querido. 'Ahora, entonces, vuelva a su casa. ¿Qué hace usted aquí, a cinco mil kilómetros de distancia? Mejor quédese allá. Yo no sabía que usted era tan complicado, tan difícil. Usted es un cactus lleno de espinas'.

Comunión con Cristo. ¿Qué dice Juan? «¿Cómo puedes decir que amas a Dios, y no amas a tu hermano?». Tú no ves a Dios, pero ves a tu hermano

Si no tenemos un relacionamiento con la persona del Señor Jesús, ¿podremos relacionarnos bien con nuestros hermanos?

y no logras amarlo. Primero, relacionamiento con Dios. Entonces la mesa puede ser introducida. Hay un relacionamiento con el Señor, y entonces usted no tendrá dificultad en relacionarse con su hermano.

¿Usted cree que el Señor Jesús tenía dificultades al relacionarse con sus hermanos? Cuando él estaba trabajando, cuando ya iba a iniciar su ministerio, cuando estaba haciendo una silla, y su madre lo llamaba: 'Jesús, tráeme un poco de agua del pozo'. 'Mamá, estoy trabajando aquí; dile a Jacobo o a Judas, que no están haciendo nada. ¡Yo estoy trabajando!'. No. Creo que él, estoy suponiendo, en relación a lo que estoy contando, creo que él paró su servicio y fue a buscar agua al pozo.

Él tenía un relacionamiento íntimo con el Padre. Usted ve que, cuando él dice: «Si alguien te golpea en una mejilla, pon la otra». Yo creo que el Señor experimentó eso en su humanidad, en aquel período en que estuvo oculto, cuando estaba siendo preparado, siendo trabajado. Estaba siendo tentado en todo, pero no pecó. Y cuando alguien lo golpeó en una

mejilla, él puso la otra. Él habla de eso en una forma literal, aunque también hay un lado espiritual.

Cuando él habla de si un soldado romano le pide cargar una carga por una milla, él dice que hay que llevarla dos millas. Esa era una ley, y ellos tenían ese derecho. Si alguien iba caminando tranquilo y un soldado lo llamaba: '¡Hey, toma mi equipaje!', estaba obligado a llevarlo una milla. Si no lo hacía, el asunto se tornaba difícil para usted. ¿Usted cree que el Señor Jesús no experimentó eso? Él cargó dos millas. Ah, cuando el soldado romano miró al Señor Jesús, que era obligado sólo a cargar una milla, ¡pero cargó dos millas! ¡Qué extraño!

El Señor Jesús hizo una silla. Él era carpintero, y era el primogénito. Él tenía que sustentar a su familia, a su madre y sus hermanos. Él tenía esa responsabilidad, porque parece que José falleció muy temprano. Y él asumió aquella carga. 'Ah, soy carpintero'. «¿No es éste el carpintero, el hijo del carpintero?».

Cuando el Señor Jesús entró en un barco con sus discípulos, después que él compartió la palabra, les dijo: «Vamos un poco más adentro, tomen sus redes y arrójennas al mar». ¿Qué habrá pasado por la cabeza de Pedro? «Señor, en tu palabra, echaré la red». Pero, en su interior, diría: 'Él es carpintero, no entiendo nada de pesca. Esperaré un momento; creo que no voy a pescar nada. Pasamos toda la noche pescando y, ¿qué va a saber de pesca un carpintero? No, Señor, en tu palabra, echaré la red'.

Y lanzó la red, y cuando la esta-

ban recogiendo, comienzan a ver una gran cantidad de peces, porque según Lucas las redes comienzan a reventarse, pero según Juan 21, las redes no se revientan. Allí es un asunto, y aquí es otro tema. Allí son redes, en Juan es la red. Uno es plural, el otro singular. Juan habla de responsabilidad, y Lucas 5 habla de colectividad. Y entonces, comienza la red a reventarse.

¿Y qué hace Pedro? «¡Señor, apártate de mí, que soy hombre pecador!». Ese era su sentimiento; ya comienza a entender que el Señor no es sólo un carpintero, es más que eso. Él es mucho más que un carpintero, él es el arquitecto del universo. El Señor Jesús, Dios y Hombre.

Entonces, cuando el Señor Jesús estaba haciendo una silla, y comienza a golpear un clavo. Y usted, ¿qué piensa? Cuando un clavo se tuerce, él sigue golpeando, y piensa que nadie se va a dar cuenta que va a quedar torcido. 'Está bueno; hay mucha gente que compra muebles así, y muchos de ellos ni pagan. Así está bien'. ¿Ustedes piensan que él haría eso? No, él tuvo que sacar ese clavo torcido, y volver otra vez, golpe tras golpe. 'Ahora sí, ahora puedo vender esta silla'. Eso nos habla de la humanidad de Cristo.

Entonces, el Señor Jesús, aquí en el Sermón del monte comienza a hablar de un sentido práctico en la iglesia. Él podría haber empezado hablando de las limosnas, pero hay un principio. No se puede comenzar con el asunto de las limosnas, de la oración o del ayuno sin antes pasar por estos puntos.

Miren los puntos que toca el Señor: Primero habla acerca de la ley. Él no vino a abolir la ley, ni tampoco a los profetas; él vino a cumplir. Vino a cumplir la ley. Fue perfecto. Aunque hubiese seis mil ordenanzas, él es perfecto, él las cumple. Para nosotros, es imposible. Los judíos tenían no sé cuántas ordenanzas, hasta para doblar una cobija.

En la relación con los hermanos

¿Sabe cuál es el tema del cual él habla aquí? Mateo 5:21: «*Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio*». Hermanos, ¿qué les parece? Un homicidio es una cosa muy grave. ¿Cómo pensar que los cristianos podemos tomar un arma y matar a otra persona? Pero, ¿sabe con qué compaña Jesús esto? «*Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano...*». Algunas versiones traducen: «*cualquiera que se encolerice sin motivo*». 'Ah, entonces quiere decir que si tengo motivo, puedo pelear con mi hermano; si tengo motivo, estoy liberado'. Pero eso no está en el texto original.

No, ningún motivo, ninguna cosa, nos da derecho de enojarnos contra nuestro hermano. Y si nos enojamos, «*será culpable de juicio*». «*...y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego*». Pudo haber hablado de la oración, de las limosnas o del ayuno; sin embargo, él habla sobre el relacionamiento entre hermanos. Eso es serio.

El versículo 23 dice: «*Por tanto, si*

traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti...». ¿Usted espera que venga él hasta usted? 'Ah, si él tiene algo contra mí, pues, que me busque'. Hasta puede citar textos de la Escritura. 'Ah, la palabra dice que si pequé contra un hermano, él tiene que venir a hablar conmigo. Y si no lo oigo, él puede traer dos o tres testigos, y si no oigo a los dos testigos, él va a decirlo a la iglesia'. Pero ése no es el tema aquí; aquí es otro asunto. «*...y allí te acuerdas...*». Usted sabe que pecó contra ese hermano, entonces no puede dejar su ofrenda en el altar antes de reconciliarse con él.

«*Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcílate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda. Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel. De cierto te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante*» vv. 23-26).

¿Qué les parece? ¿Podemos introducir algo delante del Señor, si existen diferencias o cosas a ser tratadas con su hermano? No, hermano, no se engañe, ni se deje engañar; reconcíliese de prisa. Esto es algo práctico, es algo común. No es necesario que descienda fuego del cielo para realizar esto. Que el Señor tenga misericordia de nosotros.

El Señor Jesús está en nosotros. Él es poderoso. El Señor Jesús endereza nuestros caminos tortuosos, él va de-

lante de nosotros y endereza los caminos torcidos. Él quiebra las puertas de bronce, él rompe los cerrojos de hierro. Lleno de misericordia, lleno de amor. El Señor es muy tierno, lleno de ternura. Usted puede encontrar eso en las Escrituras. Que podamos servirle en lo común, y que también podamos servirle en lo incomún.

En la parábola de los talentos no se habla claramente de lo que el siervo va a recibir. «*Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor*» (Mat. 25:23). Y en la parábola de las minas, dice: «*Está bien, buen siervo; por cuanto en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad sobre diez ciudades*» (Luc. 19:17). Acá, habla de gobierno, habla de una recompensa de gobierno en el milenio. No se trata de los talentos, sino de las minas.

Para ustedes, aquí en Colombia, es común comer aguacate (palta) con sal, ¿verdad? Sin embargo, para nosotros, los brasileños, la mayoría, eso es... '¡Wákala!' (desagradable). ¿Y qué diría yo del pollo con miel? '¡Wákala!', nuevamente. Entonces, sal en el aguacate, para nosotros, es algo incomún; mas, para ustedes, es común. La miel en el pollo, para ustedes es común; mas, para nosotros, es incomún.

¿Qué es lo que hace que algo sea común o incomún? Es un ingrediente aparte. En Brasil, es común el aguacate con azúcar, ¡y con leche! (Por favor, hermanos, no dejen de ir a Brasil por causa de eso. Hay otras cosas, otras comidas, como aquí en Colombia también). ¿Qué quiero decir con esto? Que el Señor, él, es nuestra ca-

pacidad, él nos capacita. Nos capacita para comer aguacate con sal. Él puede, y él lo hace. ¿Usted piensa que no? ¿Cree que sólo se trata de las cosas grandes?

El Señor Jesús era tan sencillo. ¿Usted ve la sencillez de él? ¿Cómo él trata los asuntos? Tiene tanta ternura. Cuando él va llegando, Zaqueo, un hombre corre y se sube a un árbol, y el Señor Jesús iba pasando por ahí. Interesante que nadie le habló a él de que Zaqueo estaba arriba del árbol. Él era profeta, y cuando él pasa justamente cerca de ese árbol, él levanta la cabeza –porque Lucas trata de la humanidad de Cristo– y dice: «*Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa*» (Lucas 19:5).

Hermanos, el Señor Jesús es dulce. Sí, a veces tiene que usar la vara. Amén, gracias por la vara. Tu vara y tu cayado me consuelan. En el Salmo 23, se habla de la vara y el cayado. ¿Usted cree que en aquella experiencia del pastor, esa vara es para golpearlo a usted? Usted ya está pasando por la experiencia de la sombra de muerte. El Señor pasó por la muerte; usted sólo está pasando por la sombra de la muerte.

Él va al frente; él pasa adelante. Él entra en aquel valle, y camina al frente, y las ovejas le van siguiendo. Y él usa la vara para golpear a los lobos, y usa el cayado para tomar a la oveja y ponerla de nuevo en el camino. ¿Usted quiere eludir el valle de la sombra de muerte? Imposible, usted tiene que pasar por ese valle. Es necesario que pasemos por el valle de sombra de muerte, para aprender con él.

Un testimonio personal

Antes de terminar, permítanme decirles algo muy breve. Cuando mi esposa partió con el Señor, me vino el peso de la pérdida. No estoy hablando esto para conmoverlos. El Señor me guarde de eso, y guarde nuestros corazones. No es para eso. Entonces, yo comencé a meditar, a recordar algunas cosas que yo podría haber hecho, y no hice, para ella.

Cuando ella estaba en cama, y estaba despierta, yo estaba involucrado en otros asuntos, que podría haber dejado de lado, para poder estar más con ella. Pero no estuve. Y más asuntos, comenzaron a venir a mi memoria. 'Hubiera podido hacer esto, y no lo hice'. Lo confieso como omisión mía, porque eso es injustificable.

Comencé a meditar en eso. Y ahora, ¿cómo puedo retribuir esto que podría haber hecho y no hice? Ahora, ella ya partió con el Señor. Ya no puedo hacerlo, ya no tengo cómo recuperar ese servicio que podría haber hecho. Entonces, comencé a meditar en ello, y me vino un dolor muy fuerte. Hermanos, por favor, sopórtenme en amor. El dolor fue más fuerte que la propia pérdida.

Esa fue mi experiencia; no sé si pueda ser igual la de otro. El dolor de la pérdida es grande; mas, aquella experiencia que pasé, me trajo un dolor muy grande. Ya no podía recuperar aquello. Eso nos habla de responsabilidad, nos habla de aquellas minas, nos habla de lo que es común, de lo que es cotidiano y diario; nos habla de nuestra responsabilidad delante de Dios.

Y si nosotros no asumimos nuestra responsabilidad delante del Señor, en aquel día, la iglesia va a ser juzgada. Dos libros van a ser abiertos: el libro de la vida y el libro de las obras. Y allí, en aquel momento, aquello que el Señor colocó en usted para hacer, tanto los talentos como las minas, y usted no lo hizo, ¿usted cree que tendrá oportunidad de volver para arreglar eso? No, hermanos, ya no más. Por eso, habrá lloro y crujir de dientes. Mucho llanto y mucho crujir de dientes.

Que el Señor tenga misericordia de nosotros, que podamos poner nuestras manos en el arado, y no mirar para atrás, y avanzar con el Señor. Cumplir con aquello que el Señor colocó en nuestras manos. Que el Espíritu Santo haga que podamos permitir el trabajo del Espíritu en nosotros.

Porque a veces podemos ser como aquellos apóstoles, dentro del barco con el Señor Jesús, que tenían sólo un pedazo de pan, y el Señor les habló de la levadura de los fariseos, y ellos empezaron a discutir diciendo: «Ah, es porque no trajimos pan». Pero el Señor no estaba hablando de pan, él estaba hablando de la hipocresía de los fariseos. Él les dice: «Ustedes no logran comprender, no entienden. Sus corazones aún están endurecidos. Ustedes tienen ojos y no ven; tienen oídos, y no oyen. ¿Aún no entendieron?».

Que el Señor tenga misericordia de nosotros. Él es poderoso en nosotros para hacerlo.

Síntesis de un mensaje impartido en Sasaima (Colombia), en Junio de 2009.

* * *

El propósito de Dios es que alcancemos la madurez en Cristo.



Madurez y servicio

Roujet Fuchs
(Brasil)

Lectura: Efesios 1:3-5.

El sentimiento de compartir con ustedes en esta ocasión tiene como inicio lo que acabamos de leer. Que Dios nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares

celestiales en Cristo, y también nos escogió en él, para que fuésemos santos e irreprochables delante de él, en amor. Y nos predestinó, nos dio de antemano un destino.

¿Y cuál fue ese destino? En nuestra traducción de la Biblia, aparece la palabra *adopción*. Sin embargo, nuestros hermanos van a concordar que esa palabra en el griego es *huiothesía*, o sea, se refiere a hijos maduros. O sea, desde la eternidad pasada, él nos escogió con un fin y un propósito específico.

¿Y qué propósito es ése? ¿Cuál es el propósito que permea el corazón de nuestro Dios? Que sus hijos, en el tiempo, lleguen a ser conformes a su Hijo. Porque la palabra *huiothesía* se aplica siempre al Señor Jesús. Entonces, ¿cuál es el destino que el Señor nos dio? Que lleguemos a ser maduros como su Hijo. Claro, nosotros ya hemos oído de esto a lo largo de nuestros años.

¿Qué es exactamente lo que Dios está buscando cuando habla de madurez? Quisiera aquí ser muy objetivo, hermanos. Claro que este es un tema muy amplio, y no hay cómo abarcarlo en su totalidad. Pero me gustaría esbozar algunos puntos que son de extrema importancia para nosotros en la vida de iglesia.

La necesidad de madurez

¿Por qué Dios busca la madurez de su pueblo? Primeramente, porque ese es el propósito eterno de su corazón. Pero Dios no hace una obra al azar; él es un Dios de planes y de coordinación. Cuando él está abriendo su corazón a nosotros, él quiere dar a su pueblo un entendimiento de aquello que él está haciendo.

No se trata de una fe ciega en un Dios que no se puede tocar, un Dios trascendente, muy lejano, que no es

inmanente y no está en su creación. El Dios al cual confesamos en su Hijo Jesucristo, es un Dios que es trascendente, que está por sobre todas las cosas, que es todopoderoso, pero que no dejó a su creación a su propia suerte. Él está interesado en su creación, está interesado en todos los pasos de la creación. Y no sólo en los pasos de la creación en general, sino en los pasos de nuestra vida cristiana aquí en la tierra.

Entonces, él necesita decirnos por qué él quiere llevarnos a la madurez. Vamos a ver apenas algunos puntos, y no vamos a agotar el asunto. Vamos al capítulo 4 de la carta de Pablo a los Gálatas. *«Pero también digo: Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del esclavo, aunque es señor de todo»* (4:1). Vamos a hacer una asociación directa con la vida que estamos viviendo en esta tierra, con nuestra vida cristiana.

Realmente, somos herederos. El asunto aquí no es si el heredero deja de ser heredero. El asunto es si el heredero puede disfrutar de la herencia. ¿Cuándo el heredero puede verdaderamente disfrutar de la herencia? Cuando él está maduro, ¿verdad?

El Señor Jesucristo, en su maravillosa obra, nos dio todas las cosas con él. Él no nos dio cosas – se dio a sí mismo. Él es nuestra herencia. Nosotros no necesitamos cosas. ¡Cuidado! En el tiempo que estamos viviendo, las personas están buscando cosas. La iglesia no necesita cosas; ella ya tiene la vida, tiene al propio Señor Jesús; él es la herencia de la iglesia y de todos sus hijos en particular.

Pero, ¿cuándo podremos disfrutar de esta herencia? Este texto es maravilloso para decirnos que sólo podemos disfrutar en la medida que crecemos en él. Porque, repito, él no nos dio cosas. Nosotros nacimos en él, necesitamos vivir por él, convivir con él, aprender de él, beber de él, comer de él. Y eso no es un asunto de transubstanciación, porque la gente tiene esa dificultad: el Señor habla de ser el pan de vida, y la gente piensa en el pan de trigo.

Él es nuestro pan, y por él, nosotros podemos perfectamente vivir. Entonces, en la medida que vamos viviendo en él, es la medida que él va creciendo en nosotros. O podríamos decir en forma más específica que nosotros vamos creciendo en él, y a medida que vamos creciendo en él, es la misma medida en que vamos madurando. Y en la medida en que vamos madurando, vamos probando la herencia que nos fue dada en Cristo.

Hermanos, mantengan su fe en el Señor Jesús. No piensen que, por vivir hoy una vida menor que el patrón que él estableció, está todo perdido. Hay un Hombre sentado en el trono, que está cuidando de todas las cosas. El asunto es que todavía muchos de nosotros somos niños; entonces aunque deberíamos probar aquella vida misma que él preparó para nosotros, nosotros queremos probarlo por nosotros mismos, y acabamos probando lo de nosotros mismos.

La medida en que vamos creciendo es la medida en que vamos probando. No es en la medida que conocemos una serie de asuntos. No estamos poniendo en contradicción la ex-

periencia y la literatura. Es importante el conocimiento. Si usted no tiene conocimiento, ¿en qué se basará su experiencia? Pero, si usted tiene sólo la experiencia y no quiere el conocimiento, eso es algo peligroso; porque no todo lo que es espiritual es necesariamente de Dios. Entonces, tenemos que tener la Palabra y también la experiencia de la Palabra. Ese es el primer punto que me gustaría abordar.

Hermanos, el Señor nos colocó en un lugar de centralidad con él, siendo herederos con él de todas las cosas. Sin embargo, si estamos en la condición de niños, de ninguna manera podremos probar de aquella realidad. Por eso necesitamos crecer, necesitamos madurar.

¿Qué diremos de Efesios capítulo 4? Allí habla de apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros, con el objetivo de entrenar a los santos. Aquí también tenemos otro punto importante. Los hermanos que tienen carga de servir a los hijos de Dios, necesitan fijar su mirada en Efesios capítulo 4. No existe otro servicio para esos hermanos, sino el de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio. De parte de los santos, todos los santos necesitamos estar totalmente abiertos a ese trabajo. Recibir como de parte de Dios, pues así lo es, ese trabajo.

Entrenados para el crecimiento

Hermanos, entrenar a los santos para la obra del ministerio, no es darles un cúmulo de actividades para que ellos hagan – cómo van a ordenar las sillas en el local de reunión, o cómo van a servir en la cocina. Pres-

ten atención, todo eso tiene su lugar y su valor. Podemos estar ahora aquí, sentados, porque nuestros hermanos en la cocina están trabajando para nosotros. Eso es maravilloso. Pero necesitamos hacer una diferencia entre aquello que es meramente un mandamiento para los hermanos, de aquello que es un entrenamiento en Cristo, para que ellos vayan creciendo. Y, a medida que ellos van creciendo en Cristo, por ese entrenamiento, ellos comienzan también a servir al cuerpo de Cristo.

¿Cómo nos vamos a levantar en el cuerpo de Cristo para servir, si no somos entrenados? No es simplemente leer un libro de Watchman Nee o de cualquier otro autor, que respetamos, y vamos a hacer las cosas. La iglesia no es eso. La iglesia es un edificio de muchas piedras, edificado sobre una Roca. No se trata de hacer alguna cosa buena para tener la aprobación de Dios; tenemos que crecer en Cristo, porque el material de la Roca es también el material de sobreedificación de la casa. No se puede encontrar nada en la sobreedificación que no tenga relación con la Roca.

El tema de este mensaje podría ser: «Quite sus manos de la casa de Dios». 'Sí, pero yo no voy a hacer eso. Quiero seguir teniendo amigos aquí en Colombia y también en Brasil'. Pero, si no crecemos, nosotros estropeamos la obra de Dios. Nuestro hermano Altivir compartía la herida de su corazón por aquello que acontece en nuestra realidad incluso en Brasil y en muchos otros lugares y países. La falta de madurez hace que el precio quede más alto. Que el Señor nos

ayude, que el Señor coopere con nuestro crecimiento, a fin de que podamos fructificar para él.

Entonces, hemos visto la cuestión del servicio. Efesios capítulo 4 habla del servicio. Entonces, ¿cómo vamos a servir en la casa de Dios, si no somos entrenados, si no maduramos? Entonces, madurez, o huiotesia, hijos maduros, tiene siempre relación con servicio. ¿Y qué más? ¿Y qué diríamos acerca de la boda que está señalada para la iglesia un día?

Cuando usted ve la relación de la sulamita con Salomón, en los Cantares capítulo 8 versículo 8, dice: «*Tenemos una pequeña hermana, que no tiene pechos*». Y dice más: «¿*Qué haremos a nuestra hermana cuando de ella se hablare?*»¹. Entonces, además de la herencia, además del servicio, hay una boda a ser realizada, una boda marcada por Dios. Y nosotros, su iglesia, somos la novia. Pero aquí aparece una niña. Claro, es normal si es una niña, en su tiempo. Claro que una niña no puede ser presentada como una mujer lista para casarse.

Es normal que la iglesia tenga su tiempo de niña, y aun nosotros mismos, individualmente, tengamos nuestro tiempo de niños. Pero la pregunta aquí es: «¿Qué será de nuestra hermana el día en que sea pedida en casamiento?». Necesitamos hacer esa reflexión. ¿Qué será del día de nuestra visitación?

Hermano, si usted nació de nuevo hace poco, es normal que no tenga pechos. Los pechos hablan de madu-

¹ La versión portuguesa usada por el autor, traduce: «¿Qué será de nuestra hermana el día en que sea pedida en casamiento?».

rez. Aquella niña ya tiene sus hormonas, pero todavía no trabajan en el área de la sexualidad, y no le pueden aparecer los pechos. Pero, después de muchos años, ¿se imagina una niña de muchos años? Usted no se podrá casar con ella. Ella aún no tiene madurez, aún no tiene senos. ¿Comprenden la relación?

Es normal, común y corriente, si usted nació de nuevo recientemente, que usted sea un niño. Espere un tiempo. El tiempo de la madurez es un tiempo largo, pero es un tiempo que se va dando de manera gradual. No puede detenerse, porque hay una boda señalada, y no podemos perder la hora de la boda.

Hemos visto apenas algunos puntos. Hay muchos otros. Toda la obra del Señor está en esta columna, porque, si él tiene el lugar de centralidad que nosotros reconocemos, cuando él atrajo a su amada a sí mismo, ella también ganó un lugar de centralidad. Él quiere manifestarse, y no manifestar a la iglesia. No es manifestar a la iglesia, es manifestarse él mismo, a través de la iglesia. Entonces, si es él mismo quien se va a manifestar, la iglesia necesita madurar. El Señor nos ayude.

Vamos ahora a Efesios capítulo 5. Hermanos, ¿de quién será esa idea, de todo lo que acabamos de hablar aquí? ¿Será que eso nació en el tiempo? ¿Surgió en algún campamento, en que un apóstol especial ministró una serie de mensajes? Porque, esa dificultad tenemos hoy; si usted tiene un problema en la iglesia local, entonces usted va a un lugar específico, donde se marcó un encuentro, y en-

tonces acontecen allí cosas misteriosas, y la gente viene de allá tan emocionada, y luego pensamos que la casa de Dios ya está edificada.

Pero la pregunta es: ¿De quién es toda esa idea? ¿Nació eso de hombre, nació en el tiempo? ¿Eso nace en algún tipo de visión en un cuarto oscuro, para que después presentemos nuestros modelos, nuestras formas y maneras? ¿Y ahí vivimos este cristianismo donde la moda hoy es ésta, después aquélla y después aquella otra?

Es Cristo, hermanos. ¿Cuándo realmente va a estar formado en nosotros? Porque, si eso es algo nuestro, entonces vamos a meter nuestras manos para hacerlo. ¿Por qué la iglesia no está aún edificada? Hay tantos hermanos capaces entre nosotros, incluso hermanos con una formación. Vamos a tomar los que son economistas y los vamos a poner en la diáconía de la iglesia. No tenemos nada contra la economía ni contra los economistas aquí. Pero resulta que existe otra economía mayor que ésta.

En su economía, usted puede poner su propia mano. Si usted quiere sacar el televisor y ponerlo en la cocina, ese es problema suyo. Sin embargo, cuando el asunto es la casa de Dios, si este asunto que estamos viendo aquí no pertenece al tiempo, no nace en la raza humana, está probado que el hombre no puede hacer esta obra. Y si el hombre no puede hacer esta obra, entonces, hermanos, el Señor nos conceda gracia, hoy, para quitar nuestras manos sucias, de la obra del Señor.

En el tiempo que estamos viviendo, las personas están buscando cosas. La iglesia no necesita cosas; ella ya tiene la vida, tiene al propio Señor Jesús.

Esa edificación es una edificación que acontece por la fe. Nosotros necesitamos creer en aquel que es poderoso para hacer mucho más de lo que pedimos o entendemos. Cuando colocamos nuestras propias manos, es señal de que no estamos confiando.

Voy a darles un ejemplo: A veces, nos encontramos en una situación difícil en nuestras vidas; entonces, muchos hermanos aquí tendrían un buen testimonio para hablar acerca de lo que están viviendo. Entonces, ¿qué es lo que debemos hacer cuando tenemos dificultades? Pasamos allá al frente, pedimos a los ancianos y el aceite, porque nos queremos librar rápido de los problemas. Ninguno está interesado –ni yo mismo–, no hay interés en aprender en las circunstancias que el Espíritu promueve; mas, si el Señor quiere nuestra madurez, nuestra madurez está por sobre nuestros problemas.

Los problemas son para nuestra maduración. Necesitamos conocer quién está manejando por detrás nuestros problemas. Claro, podemos pedir oración a nuestros hermanos. Ahora, el asunto es quién está manejando las cosas por detrás. Puede ser enfermedad o tribulación, pueden ser tantas cosas. Entonces, ¿será que estamos en un contexto donde apenas queremos ser librados de nuestros problemas? Pero miren al centro del

corazón de Dios en relación a su pueblo – Que alcance madurez, que llegue a la condición de hijo maduro.

La vida cristiana es Cristo

En Efesios capítulo 5, en su segunda sección, a partir del versículo 22. Si fuésemos a comenzar a leer, inmediatamente identificaríamos por aquí algunos mandamientos. Y no sólo mandamientos. Parecería que estaríamos en una reunión de matrimonios, porque los mandamientos aquí parecen estar dirigidos a los casados. Este es el texto principal para aquellos hermanos que tienen que hablar a los matrimonios. Sólo que el asunto aquí no son las parejas. Aquí el asunto es «la pareja». No son las parejas. Las parejas son una forma miniaturizada de aquel supremo matrimonio.

Si usted llega a Efesios capítulo 5, y a partir del versículo 22 lee: «*Las casadas estén sujetas a sus propios maridos...*», entonces, los hombres ya tienen ese versículo subrayado. Pero la vara que nos golpea a ustedes y a mí es más pesada que la de ellas; porque, así como ellas tienen que sujetarse a sus maridos como a Cristo, así los maridos tienen que amar a sus mujeres, y aquí no es sólo mandamiento, aquí es «*como Cristo amó a la iglesia*». Y aquí el «*como*» es el que establece el patrón.

¿Cuál es el patrón que está establecido en nuestro matrimonio? Usted ahora halla que por haber nacido de nuevo, pero que no ha crecido en la madurez suficiente, ¿usted cree que va a poder amar a su esposa? Y usted, hermana, que ve aquí ese mandamiento de que debe sujetarse a su marido, acuérdesese de esta pequeña expresión – «...como al Señor». Ese «como», establece el patrón.

Aquí no se trata de mandamientos. Sí, es vida en forma de mandamientos; es Cristo amando a través de nosotros. Las hermanas se sujetan, sí. Claro, se necesita del vaso para que él se manifieste a través de ellas. El patrón es alto, hermanos; el patrón de nuestro llamamiento es muy alto. Por eso, él no nos podría dar sólo cosas y mandamientos; eso ya fue hecho en el Antiguo Testamento. La ley probó que el hombre no está en condición de guardar esos mandamientos.

Apenas hubo un hombre en la faz de la tierra capaz de guardar esos mandamientos. Cristo, ése es el hombre. Ese es el hombre de Dios, es el prototipo perfecto. En ese hombre es que Dios pensaba cuando hizo la creación. Sí, Adán aparece ahí, mas era otro hombre en quien Dios pensaba. Entonces vino la ley a demostrar, vino a traer un diagnóstico. ¿Y cuál es el diagnóstico? Que no somos capaces. Entonces, Dios no nos está dando aquí sólo un mandamiento.

Hermanos, yo pienso que el asunto de la carga era esto. Creo que estamos forzando la barra. Así que miramos aun al Nuevo Testamento a la luz del Antiguo. Sí, hermanos, el An-

tiguo Testamento fue la desaprobación total del hombre. Y el Nuevo Testamento, la aprobación total, en Cristo.

Cuando usted toma Mateo capítulos 5, 6 y 7, encuentra allí muchos mandamientos. 'Ah, ahora voy a vivir la vida de iglesia'. Hermanos, no es esa la naturaleza de la iglesia. La naturaleza de la iglesia es Cristo. Sólo se puede vivir la vida de iglesia en la medida que se madura en él. Sólo en la medida que el Señor nos madura, en esa misma medida es que viviremos esa vida.

En el capítulo 5 de Mateo, versículo 48, lo voy a citar para ustedes, para aquellos que gustan de vivir la vida cristiana a partir de ellos mismos. Esta palabra debe ser para algún hermano en Internet; puede ser que no haya ninguno aquí. «*Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto*». El asunto de la perfección. ¿Usted quiere ser perfecto? Ahí está el modelo. ¿Qué dice usted de este patrón? ¿Es complicado? ¿Es fácil?

¿Y qué diremos acerca del perdón? «*De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros*» (Col. 3:13). Juan capítulo 17, la oración de nuestro Señor. Él dijo: «...para que todos sean uno, como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti». Ese es el patrón del cristianismo. ¿Qué diríamos sobre el amor? Lo acabamos de leer ahora. ¿Cómo debemos amar, no sólo a nuestras esposas, sino también a nuestros hermanos? Así como Cristo.

Hermanos, ¿quieren un consejo ahora? Vamos a desistir de nosotros mismos, porque morimos para noso-

tros mismos y para el mundo; mas, para vivir para Dios. Somos un pueblo peculiar. Es algo muy diferente; nunca la tierra vio algo igual. No se trata de producir cosas en esta tierra, y llamar a eso de Cristo. Se trata de ir poco a poco madurando en él, a fin de que él tenga el final de su negocio, aquello que él planeó desde la eternidad.

El misterio de Dios y de Cristo

Entonces, Efesios 5:32, específicamente, dice: «*Grande es este misterio*». Este misterio es el misterio de Cristo. Así como el misterio de Dios es Cristo, así el misterio de Cristo es la incorporación de Cristo en su cuerpo. Entonces, vemos que hay necesidad de ir madurando, y en la medida que vamos madurando, vamos probando la herencia, vamos sirviendo y edificando a los santos, etc., etc. Ese es el misterio de Cristo.

Pero, vean, hermanos, eso no comienza aquí. Cuando abrimos la carta a los Efesios, fue a propósito, porque su asunto no comienza con nosotros, ni en el Nuevo Testamento. Necesitamos ir al inicio, para comprender todo el programa de Dios. Y ahí nos encontramos. Entonces, ¿qué deberíamos hacer? Tendríamos que abrir Génesis, el comienzo de todo. Pero el asunto es que lo de Efesios aparece antes que Génesis. El Señor colocó el asunto bien distante, probablemente para que nosotros no pongamos nuestras manos en ello.

Si la gente quisiera conocer el misterio de Cristo, que es exactamente la incorporación de Cristo en su cuerpo, es necesario ir a la eternidad,

donde eso nació en el corazón de nuestro Dios. Cuando usted va a Génesis, usted tiene las simientes. Y al final del negocio, cuando usted llega a Apocalipsis, tiene la coronación del trabajo, tiene el fruto del trabajo. Pero nuestro Dios no hace las cosas al azar. Él planea, hermanos.

Nuestro Dios planea; él es un Dios de planeamiento. Y tal vez, hermano, si usted tiene la Trinidad como el asunto principal, y después de la Trinidad, la esencia de ella, como lo sugiere la teología, después usted ve la Trinidad llamada administrativa, cuando Dios comienza a darse a su creación. Mas, entre la Trinidad y la creación, existe el propósito. No podemos ir directamente a la creación. La gente no sabe con qué se está metiendo. Es como la psicología. ¿Cómo nosotros vamos a hablar y dar definiciones del hombre a partir de un hombre mismo? ¿Cómo el hombre en él mismo va a hablar sobre sí mismo?

Claro, hay un lugar para la psicología cristiana; respetamos y entendemos eso. Pero, si usted quiere oír hablar sobre el hombre, la psicología va a tocar apenas su alma, y a veces va a hablar cosas que la Biblia no habla. Mas, el hombre no es sólo un alma; él es tripartito, es espíritu, alma y cuerpo. Ahora, si usted quiere saber acerca de la antropología bíblica, de la creación del hombre a partir de un punto de vista bíblico, usted tiene que preguntar quién lo creó, y a quién creó.

Si queremos saber sobre el hombre, necesitamos preguntar a Dios, quien lo creó. Si queremos saber so-

bre el misterio de Cristo, necesitamos ir a la eternidad, encontrarnos con Dios allí; no volando por ahí, sino aquí, en su santa Palabra. Aquí, él comienza a desvelar los misterios que estaban ocultos en su corazón.

Entonces, aquí se está hablando de ese misterio como un gran misterio. Es algo enigmático, no es algo que se puede encontrar de cualquier forma en cualquier lugar. A menudo, oigo algunas expresiones que me dan temor. A veces, usamos expresiones tales como: 'Somos el testimonio del Señor en esta ciudad'. ¿Sabe lo que significa la palabra *testimonio*? La palabra griega para esa traducción significa *martirio*. Muchas veces no sabemos ni lo que estamos hablando.

Necesitamos revelación de este misterio. Eso está con Dios en la eternidad, y sí, fue manifestado en el tiempo a través de su Hijo. Nosotros necesitamos tener nuestros ojos abiertos, iluminados, para ver este misterio, para ver aquello en lo cual estamos insertados. No es cualquier cosa.

A veces nos reunimos de forma muy simple; es verdad. Y hay hermanos que hasta tienen tropiezos en esta simplicidad. 'Tenemos que poner unas flores por aquí; vamos a incrementar este ambiente, para que no sea tan simple'. Mas, así es, en lo simple, hermanos, como aquel tabernáculo que estaba en el desierto. Por fuera, tenía pieles de tejones, que eran como unos ratones grandes del desierto. No tenía ninguna apariencia. Pero allí dentro habitaba, en lo más profundo, el arca de Dios.

Realmente, no hay mucha apariencia. Él mismo tampoco tenía apariencia para ser deseado. El asunto de la casa de Dios no es un asunto exterior, de apariencias. Cuidado, hermanos, para no tropezar en las apariencias. La iglesia es simple, es así como él es. Mas, por dentro, habita el Dios de la gloria.

Allá en el mundo está la mentira y toda perversidad, y por fuera hay una capa de algo que parece muy atractivo; mas el final es la muerte. Pero, ¿qué diríamos de la iglesia? Sin apariencia, sin hermosura, porque así es nuestro Señor, y ella está siendo formada en su Señor. Mas, dentro de ella, es donde está la verdad de Dios – el camino, la verdad y la vida. ¡Gloria a Dios!

Una cosa hemos declarado: este misterio. Otra cosa es ser iluminados acerca de este misterio. Nosotros podríamos hablar de esto muchas veces. Y el hecho que estemos hablando de esto una vez más, puede ser que el Señor sigue insistiendo aun en el asunto. Porque el Señor no va saltando los asuntos; él va con nosotros grado tras grado; experiencia tras experiencia, es que vamos creciendo en él.

Entonces, nosotros hallamos que la declaración del misterio es suficiente. 'Ah, ya entiendo lo que significa ese misterio'. Sin embargo, existe una diferencia entre oír la declaración del misterio y ser iluminados por ese misterio. Si el Señor nos ilumina, si el Señor abre nuestros ojos acerca de este misterio, entonces, eso es lo que va a gobernar nuestra vida.

Cuando son apenas doctrinas que quedan en nuestra mente, no tienen valor, no tienen vida. Mas, a medida que el Señor nos va iluminando, a medida que el Señor abre nuestros ojos, entonces, eso pasa a gobernarnos. No es sólo cuestión de hablar del asunto; es andar en él, es ser gobernado por él.

Este misterio tiene dos partes. La primera parte del gran misterio es Cristo, y la segunda parte es la iglesia. Entonces, jamás podremos mirar hacia la iglesia, que es la segunda parte del misterio, sin mirar la pri-

mera parte. Toda la potencialidad de la vida de una semilla, cuando usted la pone en la tierra, va a dar exactamente aquello que fue plantado. Usted no puede poner una semilla de aguacate y le va a dar papaya. No, no puede.

Dios, en Cristo, plantó una semilla, y no va a dar otra cosa. Va a dar Cristo. Cristo plenamente, en su cuerpo. Ese es el secreto del corazón de nuestro Dios, un secreto eterno, que poco a poco va siendo revelado.

Síntesis de un mensaje impartido en Sasaima (Colombia), en Junio de 2009.

* * *

El testimonio de una viuda

Brenda Bitterman quedó viuda con dos hijas cuando su esposo, un misionero norteamericano, fue martirizado en Colombia. Durante una entrevista, ella dijo: "Soy optimista, especialmente cuando miro hacia atrás y veo cómo Dios dispuso cada detalle de nuestras vidas, cómo él hizo que nos encontráramos y fuésemos a Colombia después de casados."

Ella cree que Dios va a cumplir Su voluntad en su vida, en el futuro, y aceptará de buen grado esa voluntad. ¿Qué sostiene y orienta su vida espiritual? Brenda abre la Biblia y lee el Salmo 27, uno de los favoritos de su marido: "Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?".

Al final de la entrevista, la viuda del misionero leyó un pasaje muy importante para su marido: *"Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo"* (Salmo 27:4). Ella sonrió y cerró la Biblia.

Á Maturidade

Salvar almas

Nada tenéis que hacer sino salvar almas. Por lo tanto, gastad y gastaos en esta obra. No es vuestra vocación predicar tantas veces a la semana, sino la de salvar a tantas almas como podáis; traer tantos pecadores como podáis al arrepentimiento, y con todo vuestro ser edificarlos en aquella santidad sin la cual nadie verá al Señor.

Juan Wesley

TEMA DE PORTADA

Para ser llenos del Espíritu hay que seguir al Señor, tomando la cruz.



Ser llenos del Espíritu

Roberto Sáez

Lecturas: Lucas 4:18-19; Hechos 2:1-4.

El día de Pentecostés, como bien saben muchos de ustedes, era una fiesta de cosecha en Israel, un tiempo en que el pueblo entero se preparaba para guardar los granos de cebada y de trigo, y colocar al sol los frutos como los higos, las uvas.

El Pentecostés era una fiesta muy alegre. Tenía el significado de aprovisionamiento, de llenura. Cuando llegó el día de Pentecostés, la casa se llenó de la gloria del Señor. Y todos los que estaban en la casa fueron llenos del Espíritu Santo. El Pentecostés

físico, de la cosecha, de los frutos, de guardar la abundancia, es un símbolo de esta fiesta espiritual, cuando vino desde el cielo la promesa del Espíritu Santo, que pone fin a un tiempo de escasez, que pone fin a un periodo de la historia donde el pueblo pensaba que Dios, algún día, iba a intervenir en la historia.

Este pensamiento se llama 'pensamiento apocalíptico'. El pensamiento predominante en Israel era el pensamiento apocalíptico, era pensar que Dios se olvidó del ser humano, que el justo sufre penalidades, que no hay explicación para el dolor humano, y que escasea la felicidad. Y el autor del Eclesiastés, dirá: «¿Qué provecho tiene vivir debajo del sol?», y encontrará que todo es vanidad – aunque el pensamiento apocalíptico se desarrolla un poco más tarde, unos doscientos años antes de Cristo.

Siendo éste un pensamiento general en la cultura hebrea, este pensamiento, de alguna manera, también estaba en los discípulos. Ellos le preguntan a Jesús: «Señor, ¿cuándo será el fin?». Porque la idea es esperar el fin de la escasez, el fin del sufrimiento, el fin del abandono, el fin del dolor sin sentido, el fin de lo absurdo. Va a llegar un día en que Dios va a intervenir en la historia. Entonces, los discípulos quieren saber cuándo será ese día, cuándo será restaurado el Reino en Israel. Porque ese día Dios terminará con nuestras penurias, con nuestras tristezas, con nuestras pobreza.

Pentecostés, el Pentecostés de la cosecha, el Pentecostés terrenal, el Pentecostés de los judíos, tiene una

similitud con el Pentecostés espiritual, el día en que el Espíritu Santo vino a la tierra, al corazón de los redimidos, y precisamente a dar respuesta a esta esperanza mesiánica, a esta esperanza escatológica, a esta esperanza de que, al fin de los tiempos, Dios actuaría.

Y el fin de los tiempos llegó, porque cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado, para condenar el pecado en la carne. Y Dios vino en Jesucristo, e intervino verdaderamente en la historia, para poner fin a la sinrazón, al sinsentido de la vida, para poner fin al absurdo, para poner fin al vacío, para que venga un tiempo de llenura, un tiempo de plenitud, un tiempo de abundancia.

Vino el Espíritu Santo a poner fin a esa época de lo absurdo. Pero muchos no entendieron. Sólo los que recibieron el Espíritu entendieron las bendiciones del Pentecostés: el cambio profundo y radical, el nuevo sentido de la existencia humana, la nueva comprensión de lo que es Dios; que está presente, que no está ausente, Dios que ha venido en carne y sangre. Un misterio que no todos entendieron; sólo aquellos que recibieron el bendito Espíritu Santo, aquellos que fueron ungidos con la presencia del Espíritu pudieron percibir y experimentar en carne propia el salir de las tinieblas a la luz, el ser trasladados de la muerte a la vida. Un cambio radical, de una humanidad caída, a una humanidad salvada, redimida y restaurada por el poder de Dios. Las bendiciones del Nuevo Pac-

to, las bendiciones del Pentecostés, son innumerables.

Había un Pentecostés de pentecosteses, que se celebraba cada cincuenta años. Una vez al año, en el día cincuenta después de la pascua, se celebraba el Pentecostés; pero cada cincuenta años se celebraba el jubileo, que era una fiesta de Pentecostés grandiosa. Ese era un año que se esperaba también con un sentido apocalíptico. 'Va a terminar el tiempo de la esclavitud. Los esclavos van a recuperar en aquel día su libertad. Los presos saldrán de las cárceles. Y las tierras, que habíamos perdido a causa de nuestras pobreza y las dimos en arriendo, las vamos a recuperar'. Así que el jubileo era un tiempo de liberación, un tiempo de recuperación, un tiempo de sanidad, un tiempo de término de escasez y vacío, para experimentar un tiempo de recuperación y de llenura, un tiempo de plenitud.

Y, precisamente, era un Pentecostés de pentecosteses, cuando Jesús, en la aldea de Nazaret se levanta a leer el rollo del libro de Isaías, que decía que el Espíritu del Señor estaba sobre él, y había venido para pregonar el año agradable del Señor, el jubileo. *Jubileo* viene de *júbilo*; como *jubilación*, cuando la persona deja de trabajar, y se dedica a descansar.

Jubileo es júbilo, es alegría. Alegría, porque se acaba el tiempo del trato duro, el tiempo de la escasez, de la esclavitud y de la pobreza, y viene un tiempo de bendición. Jesús vino, trayendo este jubileo que dura hasta el día de hoy. Se inauguró en el mundo el tiempo del fin. Es verdad que

habrá un tiempo del fin cuando venga el Señor trayendo su reino y su gloria, y cielos nuevos y tierra nueva. Pero el tiempo del fin, para los cristianos, comenzó el día que vino el Espíritu Santo.

Las cosas que se escribieron de los judíos, se escribieron para nosotros, para los que hemos alcanzado la consumación de los siglos. O sea, los cristianos del primer siglo estaban conscientes que en ellos había comenzado el tiempo del fin. El tiempo del fin, para nosotros, no es cuando venga el Señor ahora, aunque también tiene un sentido de fin; pero en el sentido que lo esperaban los judíos – el fin de los tiempos, la plenitud de los tiempos– llegó cuando vino el Espíritu Santo de Dios.

Amados hermanos y hermanas, el Pentecostés vino, y está presente hasta el día de hoy, y han pasado dos mil años, las bendiciones del Pentecostés, de la llenura, de la plenitud de Dios, de la plenitud de Cristo, la iglesia como cuerpo de Cristo, plenitud de Dios.

Note las palabras que utiliza Pablo en la epístola a los Colosenses, cuando dice que todas las cosas que fueron creadas son «de él, por él y para él», y nada existe sin él. Note las palabras absolutas, usando la palabra *todo* una y otra vez. Todo, lo que está en el cielo, lo que está en la tierra, todo, reunido a Cristo. Entonces, es tiempo de plenitud.

De tal manera que estamos absolutamente seguros, según las Escrituras, que estamos viviendo un tiempo de plenitud, que gozamos los poderes del siglo venidero; que el Espíritu

de Dios, como primera bendición del Pentecostés, ha traído la vida del cielo a nuestros corazones. En aquellos tiempos de vacío, en aquellos tiempos de absurdo, en aquellos tiempos de la sinrazón de la existencia, nunca nadie tuvo la vida de Dios morando en su corazón.

Y de ahí que la Escritura dirá que Juan el Bautista, siendo el mayor de los profetas, el más pequeño de los del Reino es mayor que él, porque Juan nunca tuvo el Espíritu Santo morando dentro de él. Y cuando Juan compartió la palabra, nadie nació de nuevo, nadie fue regenerado por el Espíritu Santo. Pero hoy día, cualquiera de ustedes que predica a Cristo y logra que alguien se convierta al Señor, ha hecho un milagro más grande que los que hizo Juan.

¿Por qué no gozamos de la plenitud del Espíritu Santo?

Es verdad, hermanos, con toda humildad, tenemos que reconocer que esto es así. Entonces, la pregunta que cabe es: Si esta es la enseñanza de la Escritura, ¿por qué, en nuestra

Tenemos una correcta doctrina del seguir a Cristo, tenemos la mejor doctrina con respecto a tomar la cruz; pero en el terreno práctico, nos falta todavía vivirlo.

realidad práctica, no gozamos de la plenitud, de la llenura del Espíritu Santo?

Quiero decir algo. Las personas que recibieron la llenura del Espíritu Santo, primero, eran discípulos del Señor Jesús, y habían pagado un precio por vincularse con él. Lo habían dejado todo –sus trabajos, su familia, sus bienes–, y se habían abandonado en las manos del Señor, menospreciando aun sus propias vidas, para seguir al Señor Jesús hasta la muerte misma, tomando la cruz, obedeciendo el llamado de Jesús. *«Ven y sígueme ... Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo ... Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo».*

Las personas que estaban reunidas el día de Pentecostés habían cumplido este requisito de renunciar a sus propias vidas. Se habían vinculado con el Señor Jesucristo al punto de seguirlo por dondequiera que él iba. Los que siguen al Cordero son los que finalmente viven la experiencia de ser llenos del Espíritu Santo.

Ser llenos del Espíritu Santo, viene como un don, pero después de pagar un precio: el precio de la gracia, como dijo Dietrich Bonhoeffer, que es seguir a Cristo. No es fácil; seguir a Jesús implica la renuncia de nuestra propia vida. ¿Y a dónde lo vamos a seguir? No lo vamos a seguir a una sala de clases, a un seminario; no lo vamos a seguir a un templo para sentarnos a escucharlo.

A Jesús lo vamos a seguir en los distintos escenarios de la vida, donde

recibiremos las más grandes lecciones, y donde vamos a experimentar los más radicales de los cambios que se necesitan. Entonces, Jesús va a llevar a los discípulos a la casa de un Simón, un fariseo, un hombre lleno de preconcepciones, prejuicios culturales, religiosos, y allí va a comer con sus discípulos.

Y allí se va a producir un escenario vivencial, donde Jesús va a dar una exposición de la palabra, en vivo; no como quien enseña una doctrina bíblica, sino como quien descubre el corazón del ser humano. Y leerá los pensamientos de los fariseos, que murmuran y dicen: «Este no tiene idea con quién está tratando. ¡Si supiera!». Y Jesús le dice: «Simón, ¿ves a esta mujer? Desde que entré en tu casa, no ha cesado de llorar y enjugar con sus lágrimas mis pies. Y tú, cuando entré en tu casa, no me hiciste ninguna atención».

Y le cuenta la historia de un acreedor a quien uno le debía quinientos denarios, y otro cien denarios, y él les perdonó la deuda a ambos. Y dice: «¿Quién estará más agradecido». Y Simón el fariseo responde: «Por supuesto, al que se le perdonó más». «Bien has dicho. Mujer, tus pecados te son perdonados».

Entonces, choque de cultura, choque de mentalidad, de pensamientos ancestrales, de estructuras mentales que se han formado con el tiempo. Si un hombre tocaba a una mujer, era contaminarse; si una mujer tocaba a un hombre, era contaminación. Y Jesús rompe estos esquemas y estos prejuicios de conceptos éticos que sólo son elucubraciones de la mente

del hombre. Entonces, él echa por tierra esos prejuicios, y deja que una mujer lo toque, y lo adore. Entonces ellos dirán: «¿Quién es éste, que perdona pecados, si sólo Dios puede perdonar pecados?».

Ellos no saben que Dios está en Cristo, reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados. Dios está en Cristo, revelándose a sus discípulos. Ellos están siguiendo a Cristo, están aprendiendo de su Señor, contemplando una escena de la vida cotidiana, donde él está dando una tremenda enseñanza, no de la manera formal como un maestro enseña; de una manera única en su género, en que el Señor revela cosas profundas del corazón humano, donde la naturaleza humana y los prejuicios quedan expuestos ante la sabiduría del Señor.

Entonces, los discípulos van donde el Señor va, y están donde el Señor está. Y un día, él subió a un monte y se transfiguró delante de ellos. Y ante los discípulos sorprendidos, aparecen Moisés y Elías, y Pedro entonces dice apresuradamente: «Señor, bueno es que estemos aquí, y hagamos una enramada para ti, otra para Elías y otra para Moisés. Qué bueno sería que nos quedemos aquí».

Es muy normal que los discípulos, cada vez que el Señor les permite ver algo de su gloria, no quieran moverse de su presencia. Nos ocurre esto cuando estamos en los campamentos. Es como subir al monte, a la cumbre de la experiencia espiritual, donde el Señor nos sorprenderá con la revelación de su palabra, tocará nuestros corazones, nos llenará de su

Espíritu, nos mostrará su gloria, y entonces, cuando nos vamos, nos despedimos llorando, porque hemos estado en la cumbre. No queremos volver al mundo, a la cotidianidad. Queremos quedarnos aquí, en la presencia del Señor.

Llegará ese día cuando nunca más nos separaremos. Pero hoy estamos todavía en la tierra, y faltan lecciones que aprender. Entonces, el Señor llevará a los discípulos a otra experiencia, porque en el caminar por este mundo necesitamos muchas veces estar en su presencia y deleitarnos con su gloria, y contemplar su rostro. Lo vamos a necesitar muchas veces. Cada día necesitamos ser llenos del Espíritu; porque si fuiste lleno diez años atrás, eso ya no sirve mucho hoy día.

En seguir al Maestro paso a paso, estamos aprendiendo cada día algo nuevo. Entonces, después de esta experiencia suprema, de contemplar su gloria, al día siguiente, él lleva a los discípulos al valle, donde se encuentran con los endemoniados. Ahí está ese mundo que nosotros no queremos, ese mundo que nos incomoda, ese mundo pecador, enemigo de Dios, ese mundo que vive en tinieblas, ese mundo que nunca en su vida ha gustado un Pentecostés.

A ese mundo nos manda el Señor. Por eso que es alocada la proposición de Pedro, «Bueno es que nos quedemos aquí». El Señor dice que no es bueno, en el sentido de que no podemos estar toda la vida en una actitud pasiva, de quietismo, como si la única misión de la iglesia fuera contemplar al Señor.

Es glorioso contemplar al Señor, pero lo que viene después es ir a donde están los endemoniados, los drogadictos, los pecadores, donde está ese mundo del cual nos hemos apartado, casi olvidándonos de él. Es verdad que para poder ir a ese mundo, primero hay que haber salido de él. Y es una experiencia inicial, que nosotros éramos del mundo y estábamos en el mundo, pero el Señor nos sacó de allí.

Yo siento una carga de ir al mundo, porque esta es la misión de la iglesia. La misión de la iglesia es la misma que hubo en Cristo. *«Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados»*. ¿Y cuál es la misión de la iglesia? Dios nos encargó a nosotros el ministerio de la reconciliación. Por eso, al igual que Dios en Cristo, ahora nosotros estamos diciéndole al mundo: *«Os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios»*.

Entonces, nos apartamos del mundo, para abandonar el pecado, las tinieblas y el vacío del mundo, pero volvemos al mundo llenos del Espíritu, para ganar al mundo para Cristo. Hoy día, me importan las penas del mundo, me importa la humanidad doliente, me importa que haya gente que muere en las drogas. Me importa, porque al fin de cuentas el Señor nos va a juzgar, porque él nos dirá: «Tuve hambre, y me diste de comer; estuve en la cárcel, y me fuiste a ver; estuve enfermo, y me visitaste».

Los exégetas de las Escrituras dirán que el Señor lo dijo por los juicios. Yo pienso que no, que lo dijo

por todo ser humano que vive en ese tiempo apocalíptico, ese tiempo de pensar que Dios no está presente en la historia, que todo es vacío, que todo es absurdo. Ellos no saben que Dios vino en Cristo para reconciliar consigo al mundo. Pero tú y yo lo sabemos, lo hemos experimentado; para nosotros se acabó ese tiempo de vacío, y hoy día estamos en el tiempo de la plenitud de Dios, de la llenura del Espíritu.

La necesidad de vivir la cruz

Y entonces nos preguntamos: ¿Por qué no experimentamos esta plenitud, si esto es lo que la Escritura enseña? Sabemos que esto es así, ¿pero la experiencia práctica?

Un día estábamos diez obreros chilenos sentados alrededor de una mesa, leyendo un libro de Watchman Nee, donde él, reunido con trescientos obreros en China analizaban la obra que habían realizado en los últimos años, y concluían que, en diez años de ministerio, en que habían predicado enfatizando una y otra vez la palabra de la cruz, no habían conseguido ningún resultado.

Cuando leíamos aquello, sacábamos la cuenta que, en la obra hecha en Chile en estos últimos años, enfatizando también la palabra de la cruz, en el terreno práctico, cuando queremos tocar a un hermano para decirle: 'Esto no está bien', muchas veces encontramos que aun entre los propios obreros, alguien salta para defender su posición, para argumentar en defensa propia, cuando se le está diciendo algo de parte del Señor.

Entonces, hermanos, tenemos una

correcta doctrina del Pentecostés, una correcta doctrina del seguir a Cristo, tenemos la mejor doctrina con respecto a tomar la cruz; pero en el terreno práctico, nos falta todavía vivirlo.

Quiero enfatizar la necesidad de ser llenos del Espíritu. Porque la mejor doctrina, la mejor exégesis bíblica, no produce vida sin el Espíritu Santo. Sin la presencia del Espíritu Santo, no es posible experimentar nada de lo que hemos creído. Entonces, siendo el Señor Jesús el mejor intérprete de la Escritura, el Maestro de los maestros, los discípulos, hasta el último minuto que estuvieron con él, no habían entendido nada de lo que él había expuesto acerca de la palabra de Dios.

Uno de los discípulos le dice: «Señor, ¿qué te parece si, cuando este-mos en tu reino, yo me siente a tu derecha, y mi hermano a tu izquierda?». Esa proposición revela que Juan y Jacobo, en tres años y medio de caminar con el Señor, de escuchar la mejor enseñanza, la Palabra que estaba encarnada en Jesucristo, no habían entendido nada. Porque aún no había venido el Espíritu Santo.

Resucitado el Señor, cuando caminó con los discípulos de Emaús, ellos tenían un velo que no les permitió reconocer a Jesús, y el velo cayó cuando él partió el pan, y ellos entendieron que estaban frente al Señor. Jesús les había reprendido por la dureza de sus corazones, que eran tardos para oír y entender lo que la ley y los profetas habían dicho acerca de los padecimientos y las glorias del Mesías.

Por lo tanto, hermanos, entendamos que, el mejor esfuerzo que poda-

mos hacer por exponer las Escrituras, el mejor entrenamiento que podamos dar a los hermanos, no es suficiente si el Espíritu Santo no revela la palabra, y no hace vida la palabra. No es posible experimentar la vida de Cristo si no tenemos la experiencia de la llenura del Espíritu Santo.

Una misión pendiente

Nos queda, entonces, una misión que el Señor nos ha encomendado. Él nos ha enviado al mundo para ganar a ese mundo, y nosotros nos hemos apartado de ese mundo. Pero hoy día estamos entendiendo que tenemos que regresar, no para participar de los pecados del mundo, sino para reconciliar al mundo con Dios. La Escritura dice: *«De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna»* (Juan 3:16). Usted no puede menos que amar también al mundo, como Dios lo amó. Dios amó al mundo y demostró su amor por el mundo, dándonos a su Hijo.

¿Cómo amará usted al mundo?

Juan, en su epístola, nos enseña a tener cuidado con el mundo; los deseos del mundo, la vanagloria del mundo, todas esas cosas que él nos invita a despreciar. Y ese mensaje es correcto.

Pero también es correcto este otro mensaje. Necesitamos una medida del amor de Dios por el mundo, de ese amor de Dios que no les toma en cuenta a los hombres sus pecados. Lo ama, aun cuando el mundo es su enemigo, aun cuando el mundo peca, aun cuando el mundo es injusto, aun cuando el mundo está muerto en delitos y pecados; aun así, Dios lo ama.

Y, si nosotros vamos a interpretar al Señor Jesucristo en nuestro ministerio, en nuestra misión como iglesia, tenemos que amar al mundo como Dios lo ama. Y para hacer eso, hermanos, para ir al mundo, a tratar con drogadictos, a tratar con pecadores, con incrédulos, con gente soberbia, rebelde, altiva, se necesita la llenura del Espíritu Santo. No podríamos ir en nuestras fuerzas, no podríamos representar al Señor con nuestras habilidades naturales.

Hermanos, ¿qué falta para ser llenos del Espíritu? La mayoría de nosotros ya hemos tomado la decisión de seguir al Señor. Y ya tenemos claro –en la doctrina, por lo menos– que, para seguir al Señor, hay que tomar la cruz cada día, negarse a sí mismo –aborrecer nuestra vida del ego– y rendirnos plenamente.

Síntesis de un mensaje impartido en Sasaima (Colombia), en Junio de 2009.

* * *

Ubicuidad de Cristo

Mirad hacia atrás: “Cristo murió por vosotros”.

Mirad hacia arriba: “Él aboga vuestra causa”.

Mirad hacia adentro: “Él vive en vosotros”.

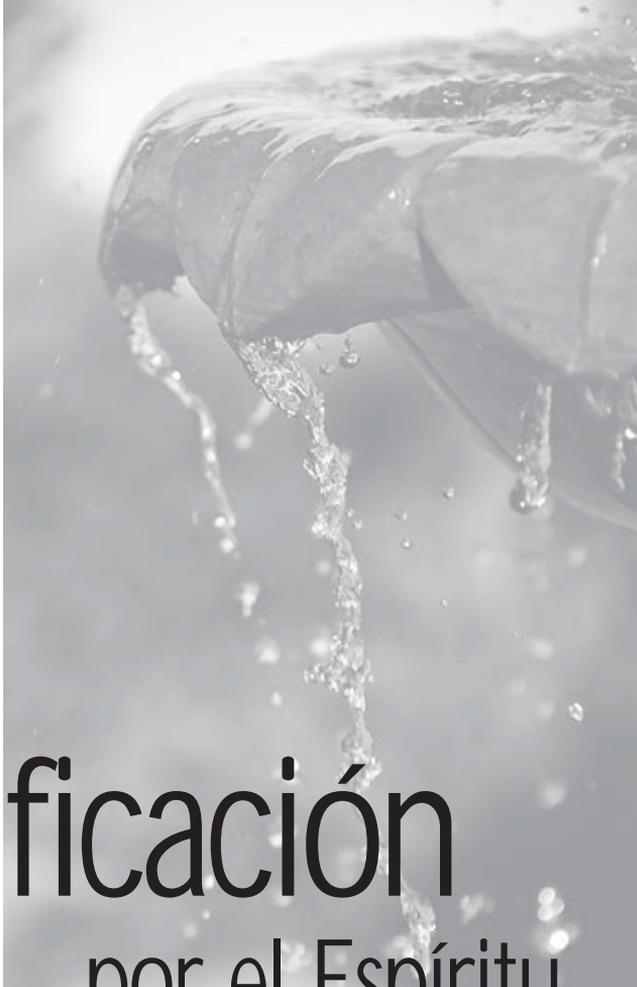
Mirad hacia fuera: “Él obra por vosotros”.

Mirad adelante: “Él viene a buscarnos”.

E. Octlund

TEMA DE PORTADA

La justificación por la fe debe ir seguida de la santificación por el Espíritu.



Santificación por el Espíritu

Rubén Chacón

Vamos a recorrer algunos versículos en la carta de Pablo a los Gálatas. Quiero transmitir la verdad esencial de esta epístola de Pablo, que creo que también es del Señor para nosotros.

El estupor de Pablo

En primer lugar, Pablo está muy preocupado cuando escribe esta carta. Las iglesias de Galacia están desviándose del evangelio. En el capítulo 1 versículo 6, les dice: «*Estoy mara-*

villado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente». Pablo está asombrado de que los hermanos de las iglesias en Galacia, después que él les anunció el verdadero evangelio, tan pronto, tan rápido, se estén alejando del evangelio de Cristo, para seguir un evangelio diferente.

Y aclara: «No que haya otro –no es que haya dos o tres o cuatro evangelios–, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo». Y Pablo está asombrado, porque los hermanos de Galacia están desviándose del verdadero evangelio.

Cuando uno no ha leído la carta, dice: ¿De qué cosa está hablando Pablo? ¿En qué cosa están cayendo los gálatas, que Pablo dice que se están alejando del evangelio verdadero? ¿Qué cosas comenzaron a creer? ¿Qué herejías, qué cosas del mundo o satánicas se introdujeron en la iglesia?

En el capítulo 3 versículo 1, aquí ya Pablo muestra su enojo; no sólo su asombro, sino su enojo. Y les dice: «¡Oh gálatas insensatos!». Es como decir: «Oh gálatas necios!». Y les pregunta a ellos: «¿Quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente ante vosotros como crucificado?». ¿Quién los hechizó a ustedes?

Qué hermosa la expresión que dice Pablo ahí: «...a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente...». No dice: «...ante cuyo entendimiento Cristo les fue presentado». No dice: «...ante cuya mente yo

les prediqué», sino que Jesucristo es presentado ante nuestros ojos, porque Jesucristo debe ser visto. No entendido con la mente, sino visto con los ojos. Cuando el Padre nos revela a su Hijo, entonces nosotros le vemos. No sólo le entendemos, sino que le vemos.

Y Pablo dice: «Yo, a vuestros ojos, presenté claramente a Jesucristo, y a éste como crucificado. ¿Quién los engañó a ustedes? ¿Qué les pasó?». En el capítulo 5 versículo 7, les dice: «Vosotros corríais bien...». Los gálatas habían empezado bien; pero no sólo hay que empezar bien, hay que terminar bien. Porque empezar bien y terminar mal, no sirve de nada. Sería mejor empezar mal y terminar bien; pero mejor todavía es empezar bien y terminar bien.

«Vosotros corríais bien; ¿quién os estorbó para no obedecer a la verdad? Esta persuasión –este convencimiento distinto que les ha venido a ustedes, oh gálatas– no procede de aquel que os llama». No viene de Dios. «Un poco de levadura leuda toda la masa. Yo confío respecto de vosotros en el Señor, que no pensaréis de otro modo; mas el que os perturba –porque habían llegado otros predicadores a estas iglesias, los judaizantes, que habían llegado a pervertir el evangelio de Cristo–, el que os perturba llevará la sentencia, quienquiera que sea».

Y el 12, expresando ya el enojo en su máximo grado, dice: «¡Ojalá se mutilasen los que os perturban!». Y otra versión dice: «Ojalá se castrasen». Porque estos judaizantes predicaban la circuncisión. Y dice Pablo: 'Bueno, ya que les gusta andarse cortando co-

sas, ojalá no sólo el prepucio se cortasen, sino también lo que está alrededor'. Está enojado.

¿De qué cosa está hablando? ¿Qué es lo tan terrible que estaba ocurriendo en estas iglesias de Galacia? ¿Qué era esa desviación tan grande? Uno, con todos estos versículos, se puede hacer un panorama, una imagen, de que era algo sumamente terrible. Pero no. Era algo bien sutil. Por eso es que hay que estar atento, porque es algo que nos puede acontecer a todos nosotros.

¿Se alcanza la perfección por esfuerzos humanos?

El texto clave, para mí, está en el capítulo 3 versículo 3. Creo que es el versículo que mejor aclara, aunque lamentablemente en nuestra versión Reina-Valera no queda tan claro. Dice: «¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?». Ahí está el meollo de la cuestión; ahí está el punto fundamental de lo que Pablo quiere corregir con esta epístola.

Ya les había dicho que habían comenzado bien – habían comenzado por el Espíritu. Es problema es que ahora quieren acabar por la carne. Y esta frase es la que no queda tan clara aquí en nuestra Reina-Valera 1960; pero si usted lo lee en otras versio-

nes, la idea es la siguiente: «Ustedes, que comenzaron por el Espíritu, ¿piensan que la perfección se alcanza ahora por esfuerzos humanos?». Y esa es la idea que él quiere corregir: que la perfección cristiana se alcanza por esfuerzos humanos; que la perfección cristiana, o la santificación, se alcanza por obras.

Entonces, el error de los gálatas era: 'La salvación es por gracia, la salvación es por fe, la salvación es por el Espíritu; pero el perfeccionarse, la santificación, es por esfuerzos humanos. Dios nos da el puntapié inicial, pero después de eso, usted tiene que hacerle empeño, hermano. Dios hace una parte, y usted tiene que hacer la otra'. Ese era el mensaje de estos predicadores que llegaron a la iglesia, y que a Pablo le parece que están pervirtiendo el evangelio. 'La justificación es por la fe, pero no la santificación; la santificación es por su esfuerzo; la santificación es algo que usted tiene que lograr'. Eso es lo que predicaban ellos.

Hoy día, no está tan claro esto, al punto que uno puede decir «Amén» a lo que acabo de decir que decían estos predicadores. Porque uno mismo se confunde; uno dice: 'Bueno, parece que tiene sentido; parece que está bien que Dios haga una parte y que nosotros tengamos que hacer la otra.

La obra santificadora es la función especial, predilecta, del Espíritu Santo. Precisamente, se llama Espíritu Santo, porque una de sus funciones principales es santificar a su pueblo.

¿Cómo va a ser que todo lo va a hacer Dios?».

Y el mensaje de Pablo es –y esta es la buena noticia para todos nosotros– que no sólo el comienzo es por fe. También todo el caminar, todo el transcurso, es por fe. Y el final, también es por fe. No sólo el comienzo es por el Espíritu, sino todo el camino es por el Espíritu; no es por obras ni al principio, ni al medio, ni al final.

La buena noticia de Pablo y la corrección de Pablo es: «No se dejen engañar; no sólo la justificación es por fe. La santificación también es por fe». ¡Aleluya! Esa es la buena noticia. Pablo quiere que el evangelio de Cristo, el evangelio de la gracia de Cristo, se conserve puro. No hay lugar para la carne, no hay lugar para el esfuerzo humano, no hay lugar para las obras del hombre en ningún punto de la vida cristiana.

¿Qué hicimos para ser salvos, excepto creer? Por eso, les dice Pablo en el versículo 2 del capítulo 3: «*Esto solo quiero saber de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?*». ¿Qué hicieron para ser salvos? ¿Cómo es que recibieron el Espíritu al comienzo? ¿Alguno de ustedes tuvo que pagar algo, tuvo que hacer una preparación, ponerse en cuarentena, entrar en un proceso de santificación especial? ¿Tuvo que pagar alguna manda, tuvo que hacer algún voto? ¿Recibieron el Espíritu por las obras, por algún esfuerzo humano, o simplemente por haber escuchado el mensaje y haberlo creído?

Qué precioso es que todos los que estamos aquí, por sólo oír el mensaje de Cristo y creer en él, somos salvos,

y el Espíritu Santo pasa a ser la dádiva de Dios para nosotros. ¡Bendito es el Señor!

Hermanos, pero decir que la santificación es por fe, no es suficiente. Es una buena noticia decir que todo es por fe; desde el comienzo al final, todo es por fe. Es una buena noticia decir que nuestras obras no sirven ni antes, ni ahora, ni nunca. Por lo tanto, no sólo la justificación es por fe, sino la santificación, o el perfeccionamiento de la vida cristiana, también es por fe.

La santificación es por el Espíritu

Pero no es suficiente decir eso. Porque, cuando decimos que la santificación es por fe, ¿qué estamos diciendo? Estamos diciendo que no es por obras, estamos diciendo que no es con esfuerzo humano. Entonces, la pregunta es: ¿Qué hago, entonces? Si, para ser justificado, solamente tuve que creer, y ahora usted me dice que para ser santo, para alcanzar la santificación, o para experimentar la santificación, no tengo que hacer esfuerzos humanos; en otras palabras, no es algo que yo puedo conseguir o lograr, 'qué se hace, entonces? ¿Me quedo sentado, viendo televisión? ¿Me pongo a dormir?

Entonces, no queda completo el cuadro cuando uno dice: La santificación es por fe. No es suficiente afirmar que es por fe. Y de hecho, Pablo no se queda ahí. Si pasamos al capítulo 5 de la carta, él da un paso más y hace una aclaración más, que es sumamente importante hacerla.

¿Qué significa decir que la santificación es por fe? ¿Que no sólo la jus-

tificación es por fe, sino que la santificación también es por fe? Pero, ¿qué significa decir eso? En últimas cuentas, significa decir que la santificación es por el Espíritu. Y ahí se llena el vacío; porque cuando uno dice que es por fe, pareciera que uno queda en una actitud pasiva, y que eso produce un quietismo, y que uno no sabe entonces cuál es la participación del hombre en esto.

Pero, cuando Pablo dice que la santificación por fe significa que, en definitiva, la santificación es por el Espíritu, entonces dice en Gálatas 5:16, en tono imperativo, o sea, es algo que tenemos que hacer, algo en lo cual nosotros tenemos que andar: *«Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfaceréis –esa es la traducción correcta–, no satisfaceréis los deseos de la carne»*.

Entonces, si alguien pregunta: ‘Hermanos, ¿pero qué significa que la santificación es por fe? ¿Qué significa que yo no puedo alcanzar la santidad con mis esfuerzos propios?’. Bueno, significa algo bien concreto – que tienes que vivir en el Espíritu, que tienes que vivir por el Espíritu. Por fe, significa por el Espíritu; por fe, significa que no lo hago yo, pero que lo hace el Espíritu Santo en mí.

La obra santificadora es la función especial, predilecta, del Espíritu Santo. Precisamente, se llama Espíritu Santo, porque una de sus funciones principales es santificar a su pueblo. La obra santificadora es obra del Espíritu Santo en nosotros. No viene por esfuerzos humanos, sino que viene por obra y gracia del Espíritu Santo. ¿Qué tenemos que hacer nosotros, que creemos que la santificación es

por fe? ¿Qué tenemos que hacer? Pablo dice: «Vivan en el Espíritu, anden por el Espíritu, y entonces no van a satisfacer los deseos de la carne».

Versículos 17-18: *«Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis. Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley»*. ¿Se da cuenta? El único que puede derrotar nuestra carne, no soy yo, sino el Espíritu Santo en mí; porque el Espíritu es contra la carne. Dios ha hecho morir un poderoso gigante en nosotros, que, cuando se levanta, él puede derrotar a nuestra carne. Pero no tú ni yo.

Yo no puedo derrotar mi carne, ni tú puedes derrotar tu carne. Por eso dice que el deseo de la carne es contra el Espíritu; pero el del Espíritu es contra la carne. Todo lo que tengo que hacer es andar en el Espíritu; todo lo que tengo que hacer es ser guiado por el Espíritu.

Entiendo que el Señor ha venido con esta palabra sobre el Espíritu compartiéndose entre ustedes en este último tiempo. Yo me sumo a esa palabra que el Señor ha hablado. La santificación es por fe, porque es por el Espíritu Santo. Y, sin el Espíritu Santo, amados hermanos, no hay experiencia de santidad. Claro, la verdad objetiva es que Cristo nos santificó en él, y en él somos santos. Pero la verdad subjetiva, la verdad de la experiencia, de la práctica de esa verdad, sólo es posible por el Espíritu Santo de Dios.

No tenemos otra alternativa. Si es que en la experiencia y en la práctica

vamos a llegar a ser una iglesia verdaderamente santa, entonces no tenemos otra alternativa que ser guiados por el Espíritu de Dios. No hay manera de experimentar el evangelio, si no es andando en el Espíritu.

«*Y manifiestas son las obras de la carne*» (v.19). O sea, si buscamos santificarnos con esfuerzos humanos, esto es lo terrible, por eso es que Pablo está enojado, y por eso dice: 'Por favor, no se vayan por ahí, no se vayan por los esfuerzos humanos', porque sabe Pablo que el único resultado no es la santidad, sino el pecado. 'Ustedes se van por ese camino, y de lo único que se van a llenar es de más pecados, no de santidad'. Porque «...*manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios*» (vv.19-21).

Ese es el único fruto que se obtiene cuando uno busca agradar a Dios por medio de la carne, por medio de las obras, por medio de los esfuerzos humanos. ¡Mire qué contradictorio! Uno va tras la santidad, y de lo único que se llena es de estas inmundicias, de estos pecados. Así que Pablo está horrorizado, y dice: '¡No, por favor, hermanos de Galacia, no vayan por allí! El camino a la santidad es la fe, es el Espíritu'.

Y el versículo 22 dice: «*Mas el fruto del Espíritu* -ya no las obras de la carne-, *mas el fruto del Espíritu es gozo,*

paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley». ¡Aleluya! Una iglesia santa, una iglesia que manifiesta estas virtudes, pero estas virtudes son sólo fruto del Espíritu. O sea, yo tengo que tener el Espíritu, tengo que estar lleno del Espíritu, tengo que andar en el Espíritu, tengo que vivir por el Espíritu, y entonces el Espíritu manifestará sus frutos.

Es necesario unir la fe al Espíritu

Pareciera que, en el pasado, nosotros hemos enfatizado mucho la fe; pero es necesario unir la fe al Espíritu. Necesitamos hacer este nexo; porque cuando sólo lo explicamos con la fe, repito, pareciera que quedamos en un quietismo, en una actitud de pasividad; quedamos como anulados. Pero cuando unimos la fe con el Espíritu, entonces se aclara todo, se nos abre un camino nuevo.

Concluye entonces Pablo en el versículo 25 del capítulo 5, que me parece que es una conclusión perfecta. Dice: «*Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu*». Si llegaste a tener vida por el Espíritu, si cuando fuiste salvo recibiste el Espíritu, si todo comenzó en ti por el Espíritu, bueno, todo lo que hay que hacer es seguir por el Espíritu.

Si llegaste a tener vida por el Espíritu, todo lo que tienes que hacer es continuar con el Espíritu, andar por el Espíritu. Es por fe, de principio a fin, y es por el Espíritu, de principio a fin. La carne nunca ha tenido lugar, y nunca lo tendrá. Los esfuerzos humanos no sirven ni al comienzo, ni al medio ni al final; los esfuerzos huma-

nos sólo hacen que el pecado abunde; los esfuerzos humanos sólo hacen que el pecado se multiplique. Sólo el Espíritu produce o reproduce el carácter de Cristo en nosotros. Sólo el poderoso Espíritu Santo puede levantarse en medio de la iglesia y derrotar nuestra carne.

Así que, ¿se fija usted?, aparentemente no era una gran herejía, era una cosa muy sutil; pero Pablo sabe que puede tener consecuencias horrendas. Porque, hermanos, nosotros somos la única gente en este mundo que va tras la santidad. Somos los únicos locos que estamos hablando de que es bueno ser santos, y que todo hombre debiera aspirar a la santidad.

Lo que hay afuera es libertinaje. 'Pórtate mal, para que lo pases bien', es el mensaje afuera. Pero qué impor-

tante es que, si somos el único pueblo de la tierra que camina –como dijo a Pablo a Timoteo: «*Sigue la justicia, la fe, el amor y la paz*»–, que corre tras estas cosas, tengamos el camino correcto para hacerlo, para que el fruto no vaya a ser peor que el intento inicial.

Es por fe, pero decir que es por fe es decir que es por el Espíritu. Y no disociemos la fe del Espíritu Santo; siempre entendamos que una cosa significa la otra. Si algo es por fe, entonces es por el Espíritu. Y no hay alternativa: Si yo no me relaciono con el Espíritu Santo, si yo no tengo comunión con el Espíritu Santo, entonces no saco nada con decir que es por fe, porque quiere decir que lo estoy haciendo por medio de esfuerzos humanos.

Síntesis de un mensaje impartido en Temuco, en julio de 2009.

* * *

Jesús, el único camino

Mi esposa y mis hijos hicieron un viaje de más de seiscientos kilómetros para reunirse conmigo en un campamento donde yo estaba predicando. Su viaje los llevó primero por una gran ciudad cuya urbanización era algo confusa. Por dos horas trataron de atravesar la ciudad. Buscaron guía de policías y otros que podían ayudarles. Pero en cada intento de seguir las señas se topaban con frustración.

Por fin, al punto de la desesperación, llegaron a una gasolinera intentando una vez más obtener instrucciones correctas. Con cada seña que le daban, mi esposa decía: "Ya lo intentamos, y no resultó. Entonces un hombre que escuchaba la conversación les dijo: "Voy en ese carro rojo. Sígame y le mostraré el camino". Así que él los guió a través de la jungla de calles. Los llevó por intersecciones difíciles hasta que atravesaron la ciudad. Cuando ya estaban en la carretera principal, él se detuvo y les dijo: "Ya no se pueden perder; sólo sigan este camino".

Este hombre fue como Jesús para mi familia. No sé si era un seguidor de Jesús, pero ciertamente él tenía mejor entendimiento del estilo de liderazgo de Jesús que mucho de sus seguidores.

Gayle D. Erwin, en El Estilo de Jesús

TEMA DE PORTADA

El Espíritu Santo no descansará hasta que, en verdad, seamos llenos de la plenitud de Dios.

Cristo, plenitud de Dios

Gonzalo Sepúlveda

Lecturas: Hechos 1:8; 2:1, 4. Efesios 3:19; 4:13. Salmos 16.

El Señor Jesús fue exaltado por el Padre, porque ésta era la promesa: *«Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies».*

Nosotros nos reunimos porque hay un nombre que es sobre todo nombre. Cantamos, adoramos y nos abrazamos, porque disfrutamos de una gloriosa realidad: hay un mila-



gro operado por el Espíritu de Dios en los corazones de los creyentes. ¡Somos creyentes!

«...*recibiréis poder*», dijo el Señor. Y si hoy estamos sostenidos, es por el poder del Señor. Y si vamos a seguir fieles hasta el fin, nunca será por nuestras fuerzas; siempre será por el poder de aquel que, habiendo efectuado su obra completa en la tierra, ascendió victorioso a los cielos, recibió la promesa del Padre y derramó el Espíritu Santo sobre los hombres.

¿Qué efecto se produjo el día de Pentecostés? En ese momento, una multitud se había reunido por curiosidad. Habían venido a una fiesta religiosa en Jerusalén, y acudieron, al escuchar un estruendo, como un trueno, como un viento recio, y se encontraron con un grupo de personas hablando como si estuviesen ebrios.

Pero ellos dijeron: «No estamos ebrios; este es el cumplimiento de la promesa de Dios. No estamos locos; somos las personas más cuerdas de la tierra. Sólo que hemos sido beneficiados por el cumplimiento de la profecía de Joel».

Y habiendo oído la palabra acerca del Salvador, ¿qué hizo el Espíritu Santo, hermanos? Tres mil personas fueron convertidas, recibieron a Cristo, recibieron la salvación, y el Espíritu Santo les llenó también a todos ellos. Hermanos, la promesa también es para todos nosotros, los que hoy hemos creído en el Hijo de Dios. ¡Gracias al Señor por la obra del Espíritu Santo en nuestros corazones!

¡Bendito Espíritu Santo! Con fidelidad, ha hecho su obra a través de los siglos. Desde que fue derramado,

no ha habido en este planeta una sola generación que no haya recibido Su testimonio y conocido Sus obras. La historia del cristianismo tiene pasajes muy negros. Se conoce la historia externa, el oscurantismo, los días de grandes crisis; sin embargo, el Señor siempre tuvo sus testigos.

«...*recibiréis poder ... y me seréis testigos*». El Señor ha tenido testigos durante todas las edades. Y ahora que se acerca el tiempo de su retorno, nosotros somos sus testigos sobre la tierra. Nos gloriamos en Cristo Jesús. ¡Es precioso el nombre del Señor Jesús! Le esperamos, y no nos avergonzamos, porque hay un poder dentro de nosotros, hay un testigo fiel y verdadero dentro de nosotros. ¡Bendita realidad es Cristo para nosotros, como un fuego que arde dentro de nuestros corazones!

Eso vino a hacer el Espíritu Santo, a encender los corazones apagados, a dar vida a los que estábamos muertos, a alumbrar a los que ignorábamos los caminos del Señor. Nos sacó de las tinieblas, nos trajo a la luz. Estamos en un camino que es de luz, de vida, de gracia, y de poder. Y muy pronto estaremos con el Señor, y esperamos reinar con él. Más allá de este mundo, cuando todas las apariencias de este mundo hayan muerto, cuando todo lo removible sea removido, entonces quedará lo inmovible. Y lo inmovible es la Roca eterna. En esa Roca estamos fundados. Y esta es la Roca: ¡Que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente!

Hablamos así, porque no estamos solos; cantamos así, porque tenemos

una realidad adentro. Nos abrazamos, no por costumbre, sino porque de verdad el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones. No estamos hablando teorías. Aunque esté escrito en la Biblia, la Biblia ha dejado de ser para nosotros un libro que está afuera; la ley ha sido escrita en nuestra mente y en nuestro corazón.

Hoy vivimos por el Espíritu, porque el Señor despertó nuestro espíritu. El Señor reparó este instrumento, que estuvo muerto, apagado por mucho tiempo. Pero hoy día nuestro espíritu vive, ungido por el Espíritu de Dios. Y gracias a la obra del Espíritu Santo, podemos ver al Santo; nuestros ojos han sido abiertos para verlo a Él. Gracias al Señor por el Espíritu Santo, que inspiró las Escrituras, que dejó el testimonio suficiente para que creamos en Él, para que le sirvamos.

Trabajo pendiente

Hermanos, debemos tener muy claro lo que el Espíritu Santo ya ha hecho, lo que hoy está haciendo, y lo que él hará sin lugar a dudas. Hay cosas que no hemos alcanzado todavía, que aún no son una realidad en nosotros. Quisiéramos hablar un poco de eso también. Si sólo repitiéramos lo que ya el Señor ha hecho, estaríamos dando vueltas en el mismo punto; pero él quiere llevarnos adelante a la perfección.

Hay cosas que no están realizadas todavía. Y debemos aspirarlas, debemos soñarlas, debemos desearlas. Debemos anhelar con todo nuestro corazón la plenitud del Señor. Gracias al Señor por lo que el Espíritu ya ha he-

cho. Nos reveló su Palabra, nos reveló a su Hijo, nos reveló el poder de la sangre del Cordero, nos reveló nuestra salvación. Somos salvos; nuestros nombres están inscritos en el libro de la vida del Cordero. Nuestra seguridad está en la palabra del Señor, en su Espíritu, en la obra consumada de la cruz, en su muerte y resurrección. ¡Gloria al Señor por lo que ya ha hecho!

Pero el Espíritu Santo sigue trabajando. Él está muy activo en nuestros corazones, trabajando en cada uno de nosotros; porque esta revelación es creciente. Nosotros, en el Señor, no llegamos a un conocimiento para quedarnos sólo allí. Siempre estamos creciendo en la obra del Señor.

¿Girando o avanzando?

Debemos preocuparnos si nuestra vida comienza a dar vueltas. Recordemos que los israelitas estuvieron cuarenta años girando en el desierto, y eso dejó de manifiesto la dureza de sus corazones. Por ello no entraron a la tierra prometida, y toda una generación quedó sepultada en el desierto. Tuvo que levantarse una nueva generación, y ellos sí entraron al cumplimiento del propósito del Señor.

Hermanos, que ninguno de nosotros sea hallado dando vueltas, girando en torno al conocimiento de tres o cuatro verdades de la Biblia, y ahí nos quedamos, y nos conformamos con eso. Ya tenemos el perdón de los pecados, ya tenemos salvación, y nos quedamos con eso, siempre pensando en llenar nuestro vacío, siempre pensando en nuestro propio beneficio.

Muchos cristianos hoy fracasan porque se quedan girando en torno a sus propias vidas. Ellos están buscando a Dios sólo para que les supla alguna necesidad particular. Si esto nos ocurre, entonces nos desenfocamos del Señor, y empezamos a girar en torno a las carencias nuestras. Si usted considera que le faltan 'cosas', usted dejó de mirar al Señor y sólo se está mirando a sí mismo. Y el Espíritu Santo no tolerará esa actitud en su pueblo.

El Espíritu Santo nos anhela celosamente, él nos quiere para el Señor. Ni siquiera nos quiere para que seamos personas exitosas. Muchos cristianos están tratando de ser buenos cristianos, y en su deseo de serlo, fracasan; en su deseo de perfeccionismo, fracasan. Porque tan sólo están buscando llenar su propio vacío de realización personal.

Entonces, hermanos, llegamos a la conclusión de que el alma humana es insaciable, como un abismo sin fondo, que siempre le va a faltar algo. 'Necesito, necesito y necesito...'. Cuando decimos eso, es porque hemos quitado la mirada del Señor y la hemos puesto en nosotros mismos. Y el Espíritu Santo, celoso, está obrando en nosotros para que pongamos, de una vez por todas, la mirada en el Señor.

Lo que usted y yo necesitamos, hermano, es conocerlo aún más a él, es amarlo a él, es ocuparnos de él, enamorarnos de él. Olvidémonos de nosotros mismos, y empecemos de verdad a mirar al Señor. Hermanos, el Señor está enamorando nuestro corazón, para que le miremos, para que

lo amemos, para que lo deseemos. ¡Jesucristo es el Señor! ¡Qué precioso es el Señor!

Cuando se testimonia acerca del Señor Jesucristo en el libro de Apocalipsis, se dice: «*Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios*» (Apoc. 5:9). Toda la atención está en el Señor, y hay una sola referencia a nosotros mismos: «*...nos has redimido*». Significa que estábamos perdidos y nos levantó, que estábamos muertos y nos resucitó, que estábamos extraviados y nos rescató. Pero el Señor es digno de abrir el libro. Él es el único digno. En el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, no se halló otro digno. En consecuencia, él es digno de toda nuestra atención.

Oh, hermanos, si nuestros corazones estuviesen verdaderamente centrados en la persona del Señor, cuántas cosas serían ya parte del pasado, cuántos fracasos estarían ya sepultados, no nos importarían, porque lo más importante de nuestras vidas sería solo el amor que le tenemos al Señor.

La plenitud de Dios

Vamos a Efesios 3:19: «*...y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios*».

«*...llenos de la plenitud de Dios*». ¿Qué es eso? Reconozcamos, hermanos, que, como iglesia, aún no hemos llegado a ese punto. Pero el Espíritu Santo no descansará, hasta que sea una realidad, que tú y yo seamos «*llenos de la plenitud de Dios*».

¡Cuántos cristianos sólo buscan los favores de Dios, pero no les interesa buscar a Dios mismo! Que el Señor nos perdone, hermanos, si todavía estamos viviendo una vida cristiana centrada en nuestras carencias.

Oh, hermanos, ¿a qué aspiramos nosotros hoy? Nuestras aspiraciones son, a veces, muy estrechas, limitadas. Queremos que nos vaya bien en la vida. ¿Será que muchos cristianos solo se reúnen porque quieren 'el favor de Dios', porque quieren 'las bendiciones' de Dios? Quieren un poco de salud, necesitan que se solucione un problema familiar, necesitan que se solucione un problema de su corazón, de su alma. Bueno, tal cosa no es mala en sí misma. No se sienta mal si usted vino hoy aquí, a esta reunión, porque tiene alguna necesidad de ese tipo. Está bien que haya venido. Pero, amados hermanos, el Señor desea darnos mucho más que eso.

¿Por qué muchos cristianos son como los nueve leprosos? Recordemos aquel pasaje. Los diez leprosos vinieron al Señor buscando sanidad, y él sanó a los diez. Nueve se fueron, y se olvidaron de él. Sólo uno de

ellos regresó y se postró a sus pies para adorarlo. ¡Cuántos cristianos han recibido favores de Dios y después se van! Solucionaron su problema. Todo lo que querían era una oración, una bendición; obtuvieron la bendición, y se fueron.

¿Le parece extraño lo que estamos diciendo? Hermano, ¿cuándo vamos a buscarlo porque él es digno de ser adorado? ¿Cuándo vamos a postrarnos delante de él, por el sólo hecho de que él es digno de recibir la honra, la gloria, la alabanza? ¿Cuándo corremos tras él, solo porque él nos atrae? «*Atráeme, en pos de ti correremos*» (Cant. 1:4). Hemos de correr detrás de él, porque él es digno de ser servido, porque no hay otro como él.

¡Qué locura la del mundo en estos días! ¡Cómo corre la gente, cómo llo-ran, cómo se desvive la gente, por ídolos, llenos de muerte! ¡Oh amados hermanos, qué irrealidad, qué dolor, qué miseria humana! El hombre es insaciable, el alma humana es insaciable.

Amados hermanos, el Señor quiere que seamos llenos de toda la plenitud de Dios. Entonces no habrá vacío posible. ¿Lo estamos entendiendo? Hermanos, nosotros venimos por un poco de pan, y el Señor dice: 'Yo no sólo quería sanarte, leproso. Darte una sanidad era lo más pequeño'. El Padre nos dio a su Hijo, ¡y los nueve leprosos sólo querían su sanidad! Y así, despreciaron al Señor.

¡Cuántos cristianos sólo buscan los favores de Dios, pero no les interesa buscar a Dios mismo! Que el Señor nos perdone, hermanos, si todavía estamos viviendo una vida cris-

tiana centrada en nuestras carencias. ¿Cómo? ¿Estamos buscando ser sanados de nuestras propias necesidades solamente, y luego, poco a poco, nos vamos olvidado del Señor? Pero el Espíritu Santo no tolerará eso. No lo tolerará. Actuará poderosamente, actuará celosamente, y aun nos permitirá fracasar.

El Espíritu Santo conducirá directamente al fracaso a quienes hayan perdido de vista al Señor, porque el anhelo de su corazón es que tú y yo seamos llenos de toda la plenitud de Dios. Los versículos anteriores dicen: «...para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender...». Tenemos un problema de comprensión – aún no somos capaces de comprender al Señor.

«...seáis plenamente capaces de comprender **con todos los santos**...». Ese es otro problema. Hay demasiado cristianismo individualista. ‘Yo me entiendo con el Señor, y no me importan los demás. Yo estoy defraudado de todos; sólo me preocupo del Señor’. ¡Qué necedad, qué falta de comprensión!

Hermanos, necesitamos a *todos* los santos. Quien piense que va a poder arreglárselas a solas con el Señor, sólo demuestra su miopía espiritual.

Hay una devoción personal, por supuesto. Hay una comunión íntima, personal, a solas con Dios, muy valiosa. Pero, hermanos, sin el cuerpo de Cristo, nada somos. Yo necesito del Cristo que está en el corazón de cada uno de ustedes, porque solo así veremos la plenitud. Porque la Escritura

dice: «...seáis capaces de comprender con todos los santos...».

Nunca vamos a comprender solos; necesitamos del cuerpo. Ese es el trabajo del Espíritu Santo – que veamos el cuerpo, que veamos la iglesia. Porque con los santos vamos a comprender «*cuál sea la anchura –la anchura es un antónimo de la estrechez–, la longitud, la profundidad...*». Oh Señor, qué livianos, qué poco profundos somos. Buscamos a Dios por una cosa pequeña, buscamos un favor: ‘Señor, dame esto; necesito esto o aquello con urgencia’.

Dios no quiere darnos un millón de dólares. Es demasiado poco. ¡Él quiere darnos a su Hijo; él quiere que seamos llenos de la plenitud suya! «...y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios».

«**Hasta que...**»

La otra palabra está en Efesios 4:13: «...*hasta que...*». Qué lindas son esas palabras, porque el Señor tiene objetivos. ¿Para qué nos reunimos? Para esto nos reunimos. ¿Por qué tanta lectura, por qué tanta exhortación, por qué tanta predicación? Porque el Señor tiene un propósito con nosotros.

«...*hasta que todos...*». Todos. No usted solo; no el cristiano individualista, solo, que se aparta solo, que trata de servir solo, que quiere ser especial solo. Ése será conducido al fracaso. Pero, ¿qué quiere el Señor? «...*hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios...*». Significa que no hemos llegado todavía a la plena unidad de la fe.

¿Por qué no hemos llegado a la total unidad de la fe? Porque todavía muchos buscan sólo los favores de Dios. Y eso nos separa, porque un hermano está buscando un favor y otro busca uno totalmente distinto. Pero al final, hermanos, si todos buscásemos tan sólo al Señor, las demás cosas vendrían por añadidura. Si sólo venimos por el Señor, si sólo le buscamos a él, entonces habrá unidad de fe.

Pablo decía: «...a fin de conocerle...» (Filipenses 3:10). No consideraba que le había conocido completamente. Porque, mientras más conocemos al Señor, más nos olvidamos de nosotros mismos; mientras más conocemos al Señor, más le amamos, más pequeños son nuestros problemas, y más grande es él. Mientras más enamorados estamos del Señor, menos valor tienen para nosotros las cosas secundarias. Hermano, la atención tiene que estar puesta en el Señor.

El versículo dice: «...hasta que todos...». El Espíritu Santo trabajará celosamente en cada uno de nosotros, para llevarnos a esa plenitud. El Señor dice: 'Yo no quiero darte regalitos, no quiero darte bendiciones; sólo quiero que me conozcas plenamente'. «...a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo». Sí, se ve lejos. Si yo me miro a mí mismo, la veo muy lejos; pero el Señor no quiere que yo me mire a mí mismo. Nuestro peor error es mirarnos a nosotros mismos. Eso les ocurrió a los israelitas. Cuarenta años, hasta quedar sepultados en el desierto. Una generación fracasada.

No tengamos miedo a la palabra *plenitud*. El enemigo intenta mante-

neros en una permanente conciencia de nuestras carencias pasajeras, porque entonces tiene terreno para acusarnos en la mente: '¿Ves lo que te falta? ¿Ves que no tienes esto, ni aquello?'. Y el hombre se desvive, desgasta su vida, tratando de suplir sus carencias, y pierde de vista al Señor.

Profecía de David

Miremos al Señor en Hechos 2:25-28. «*Porque David dice de él: Veía al Señor siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido. Por lo cual mi corazón se alegró, y se gozó mi lengua, y aun mi carne descansará en esperanza; porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción. Me hiciste conocer los caminos de la vida; me llenarás de gozo con tu presencia.*».

«*David dice de él*», David dice de Cristo. Esta fue la experiencia humana de nuestro Señor Jesucristo: Ver al Señor siempre, no quitar nunca la mirada del Señor. «Él está siempre delante de mí». Hermanos, que el Señor nos ayude a comprender su palabra, porque la palabra nos quiere promover, quiere romper nuestro círculo vicioso. Esta palabra apunta a que despeguemos los que no hemos despegado, a que rompamos ese ir y venir de levantarnos y fracasar.

El Señor quiere que despeguemos, que dejemos de ser cristianos que dan vueltas en círculos; él quiere que avancemos hacia la plenitud suya. El trabajo del Espíritu Santo no cesará, el Espíritu Santo no nos va a dejar tranquilos. No lo hemos alcanzado todo todavía; hay cosas que están por venir.

¿Cuánto conoce usted al Señor? Eso está medido por cómo es su vida. Nuestra vida delata cuánto le conocemos realmente. Porque en la medida que le conocemos, quedamos admirados; en la medida que le conocemos, quedamos empapados, maravillados de su gloria, de su grandeza, de su misericordia, de su fidelidad, y se nos llena la boca de alabanza.

Mientras más le conocemos, más nos consagramos, más digno lo encontramos. Si usted conoce poco al Señor, lo adora poco, lo sirve poco, porque lo ve poco. Si nosotros somos un cien por ciento, y usted sólo ve al Señor un diez por ciento, el noventa por ciento restante está centrado en usted mismo. Somos como los leprosos, sólo vinimos a buscar salvación, sólo vinimos a buscar la sanidad; como la multitud que sólo quería panes y peces, querían bendiciones para sus vidas.

¿Cuándo va a despegar la iglesia? ¿Cuándo la amada se va a enamorar más de su Amado? ¿Han visto a una persona enamorada? No habla de otra cosa, no piensa en otra persona, sólo en el ser que ama. Sí, el problema es que nosotros partimos de nuestra deformidad, y es la deformidad del amor limitado. No somos capaces de amar, hemos tenido muchos fracasos, hemos tenido inconsecuencias grandes. Partimos de nuestra deformidad. Pero nuestra mirada tiene que levantarse para mirarlo a él.

«*Veía al Señor siempre delante de mí*». Aquí está citando el Salmo 16. Veamos este Salmo de David. «*Guárdame, oh Dios, porque en ti he confiado. Oh alma mía, dijiste a Jehová: tú eres mi*

Señor; no hay para mí bien fuera de ti» (vv. 1-2). ¡Qué palabra, hermano! «*No hay para mí bien fuera de ti*». Mírese a sí mismo; va a caer, hermano. Vea sus carencias y sus necesidades; va a estar hundido, postrado. ¿Qué quiere el enemigo? Que saquemos la mirada del Señor, que nos miremos a nosotros mismos y nos frustremos.

«*Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa; tú sustentas mi suerte. Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos, y es hermosa la heredad que me ha tocado*» (vv. 5-6). Oh hermanos, en el concepto de un israelita, él estaba pensando en la tierra prometida, tierra de vegas y de montes, tierra de arryanes y de cipreses, tierra fructífera donde todo se multiplicaría con abundancia.

¡Qué hermosa es la heredad que me ha tocado! Pero todo aquello era una figura de Cristo. Cristo es la buena tierra. En el Señor hay abundancia, en Cristo lo tenemos todo. Él sustenta el universo entero. ¡Él es nuestro Señor! «*Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos, y es hermosa la heredad que me ha tocado*». ¡Esto es Cristo, hermanos!

¿Es deleitoso Cristo para ti? ¿Es hermosa la heredad que te ha tocado? ¿Tienes al Señor o no lo tienes? ¿Conoces al Señor o no lo conoces? ¿O sólo conoces un culto cristiano? Líbrenos el Señor de la mera religiosidad cristiana. Cristo es precioso para nosotros; somos más que un culto, más que una reunión. No somos una pequeña organización humana. ¡Tenemos el Espíritu de Dios que-mándonos por dentro y enamorándonos de Cristo nuestro Señor!

Sigamos leyendo. Recuerden que es Cristo el que habla: «*Bendeciré a Jehová que me aconseja; aun en las noches me enseña mi conciencia. A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido. Se alegró por tanto mi corazón, y se gozó mi alma; mi carne también reposará confiadamente; porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción. Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre*» (vv. 7-11).

¡Qué maravilla, hermanos! Ahí está la palabra *plenitud* otra vez. Hermanos, la plenitud no está aquí en el ambiente, en el sentido humano. 'Oh, los hermanos tienen tantos defectos'. ¿Y los suyos? 'Oh, es que los hermanos no hacen esto'. Y usted, ¿lo hace?

Hermanos, nosotros tenemos una sola fuente de gozo. «...*en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre*». Hermano amado, el Espíritu Santo es fiel, fiel al que lo envió. Y él está procurando la atención tuya y mía, para concentrarla en una persona: el Amado, el Esposo, el Rey. ¡Aleluya! Vienen las bodas del Cordero, y su esposa se habrá preparado. ¿Se ha preparado sola? No. La iglesia se ha preparado por la obra constante, permanente, persistente, fiel, del Espíritu, el Consolador. El Espíritu Santo está trabajando dentro de ti y dentro de mí.

¿Qué nos ha dicho el Señor hoy? Que no nos estanquemos lamentando 'nuestra necesidad'. ¿El Señor puede suplir? Sí, hermano. El Señor nos ha permitido pagar deudas, ha sanado muchas veces nuestros cuerpos fisi-

cos. El Señor nos ha respondido una y otra vez todo lo que le pedimos. Amén, hermanos. ¡Cuántas oraciones respondidas! ¡Gloria al Señor! Pero él nos dice: 'Yo quiero darte algo más que panes y peces, más que sanidad, más que un 'milagrito'. Yo quiero darte a mi Hijo, quiero introducirte en la plenitud'. Para que seamos llenos de la plenitud de Dios, para que avancemos a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

¿Y cuál fue la plenitud de Cristo, hermanos? ¿Cómo la vivió él? De esta manera: «*Véa al Señor siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido*». ¡Y por eso, no le importó la muerte! ¡Gloria al Señor, hermanos! En este día, el enemigo es golpeado con la palabra. Satanás está vencido, el acusador está vencido; el que quiere que volvamos a vernos a nosotros mismos, y que nuestra vida gire tan solo en torno a nuestras necesidades y carencias, está vencido.

Pero el Espíritu Santo hoy gana la batalla dentro de nosotros, porque el Espíritu Santo nos está diciendo que la alegría está en el Señor, que la plenitud está en el Señor, porque en su presencia hay plenitud de gozo. Hermanos, ¡qué maravilloso es el Cristo que tenemos!

Amén, hermano, no vea demasiado lejos la palabra *plenitud*. No la vea para el cielo. Es cierto que está en el cielo. Podemos leerlo en Apocalipsis; está en el cielo también. Por supuesto, allí lo viviremos en su plena manifestación; pero algo de eso celestial, comencemos a vivirlo ahora, ya. Yo quiero vivirlo, hermanos, yo quiero ver al Señor siempre delante de mí.

Cuando se cierra la historia, al final de todo, en Apocalipsis 22:3-4, dice: «*Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes*». Hermano, aquí está el verdadero conocimiento, aquí está la verdadera alegría, aquí está la plenitud. La plenitud, según las Escrituras, es: «...y verán su rostro». ¡Aleluya, hermanos!

Ya se habló de la nueva Jerusalén, de las bodas del Cordero, de las puertas de perlas, se habló de los jui-

cios. Y al final, «...y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes», porque toda la alegría es Cristo, porque toda la plenitud es Cristo, porque no hay alegría fuera de él, no hay gozo fuera de él, no hay plenitud fuera de él. ¡Que el nombre del Señor sea puesto en alto! ¡Que la iglesia se enamore de su Señor. Que nos abracemos de nuestro Señor, le amemos, le dediquemos nuestra vida, que le rindamos nuestra vida!

Resumen de una palabra compartida en Temuco, en julio de 2009.

* * *

Sin duda se hallarán

Un día un hombre se encontró en una calle de una gran ciudad a un muchachito que veía a todos lados como en busca de alguien, y al parecer muy asustado. Acercándose el hombre le preguntó qué le ocurría; el niño le dijo que andaba en busca de su padre que se le había perdido.

«¿Es tu papá un señor de tales y tales señas?». «Sí, señor», respondió el niño. «Entonces no tengas cuidado, acabo de encontrarlo en la calle próxima y también él te anda buscando; no tardarás en encontrarlo; tú lo buscas y él te busca y tendrán que hallarse».

Así Dios busca al pecador, y si éste también busca a Dios, sin duda lo hallará.

Una pintura de Rembrandt

En un museo de Munich (Alemania) está expuesto un cuadro del gran pintor holandés Rembrandt, que representa a Jesús en la cruz. En esa pintura, un hombre con una boina azul ayuda a levantar la cruz en la cual Cristo está clavado. Pero, sorprendente detalle, el hombre con la boina azul es el retrato del propio pintor.

Mediante este detalle, ¿qué quiso decir Rembrandt? Para entenderlo, es necesario saber que este hombre no sólo fue un pintor excepcional, sino también un ferviente cristiano. A través de este cuadro quiso expresar una profunda verdad del cristianismo. Jesucristo fue crucificado a causa de nuestros pecados. En cierto modo nuestras faltas lo clavaron en la cruz. Su muerte es la suprema demostración del amor de Dios, quien ofreció a su Hijo para expiar mis pecados y los suyos.

<http://www.devocionalescristianos.org>

Vida después de la coma

Por medio de los tipos encontrados en el libro de Josué, sabemos lo que es la vida en abundancia, o la vida después de la coma.

En Éxodo 3:8, el Señor dice que Canaán es “una tierra buena y ancha, tierra que fluye leche y miel”. Alguien dijo que “la leche es la esencia de los animales y la miel la esencia de los vegetales”. Cuando ponemos los dos juntos, tenemos la esencia de la vida. Así podemos decir que Canaán es un tipo de esa vida en abundancia que podemos disfrutar en Cristo. Cristo mismo es la tierra de Canaán, y nosotros ya estamos en Cristo.

Sin embargo, no podemos olvidar que las Escrituras nos muestran el lado objetivo y el lado subjetivo de la experiencia cristiana. El aspecto objetivo incluye todo cuanto el Señor conquistó para nosotros por medio de Su sacrificio en el Calvario, pero que nosotros todavía no experimentamos en la práctica. El aspecto subjetivo se refiere solamente a aquellas cosas que tenemos en Cristo por experiencia propia.

De ahí que el mayor Ian Thomas dice que el cristiano carnal es aquel que posee “toda bendición espiritual en Cristo”, pero no disfruta de ella. Él no tiene ni las “ollas de carne” de Egipto, ni las “espigas nuevas” de Canaán. Habitar en Canaán es disfrutar de toda la herencia que poseemos en Cristo.

El problema de la mayor parte de los hijos de Dios hoy está en que ellos viven una vida antes de la coma, y no “después de la coma”. El Señor Jesús dice en Juan 10:10b que él vino para que tengamos vida, y vida en abundancia. Todo aquel que cree que Jesús es su Salvador personal, puede afirmar con toda seguridad que posee esta vida. Pero ¿cuántos creyentes pueden hoy afirmar que disfrutan de vida después de la coma? ¿Cuántos manifiestan en su vivir diario tal vida en abundancia? ¿Puede el mundo ver a Cristo en nosotros? ¿Está formado en nosotros? ¿Es notorio en nosotros?

Delcio O. Meireles

LEGADO

Dios no responde las oraciones de su pueblo quitando las presiones, sino aumentando la capacidad de soportarlas y vencer los desafíos.



El poder de la presión (2)

Watchman Nee

Lectura: 1ª Corintios 1:8-10.

La presión de las circunstancias

No sólo el pecado y la necesidad crean presión, sino también las circunstancias. Dios permite que los creyentes pasen por la presión de las circunstancias para que vivan delante de él. Frecuente-

mente, surgen situaciones adversas en la vida de los hijos de Dios. Algunos son perturbados por los familiares, otros, por los amigos. Algunos pueden sufrir pérdidas en los negocios; otros pueden ser perseguidos por los colegas. Unos pueden ser

hostilizados o mal interpretados por las personas; otros pueden tener dificultades financieras. ¿Por qué les sobrevienen estas cosas? Muchos creyentes normalmente no reconocen cuán preciosa es la vida regenerada que han recibido. Aunque sean nacidos de nuevo, aún ignoran el hecho de que su vida regenerada no tiene precio. Pero una vez que están bajo presión ellos comienzan a apreciar su vida regenerada, porque esa nueva vida que Dios les dio los capacita para vencer en todas las situaciones. Todas esas presiones exteriores pueden probar la realidad de la vida regenerada y de su poder. El Señor nos pone a propósito en situaciones adversas a fin de recordarnos que sin su vida no podemos soportar. El poder de su vida es manifestado a través de la presión exterior.

Si, por ejemplo, su corazón está siendo traspasado por algo que lo lleva a llorar en secreto, y usted reconoce que está totalmente desamparado y sin ningún alivio, usted ganará la victoria completa si en aquel momento, se lanza en Dios. Usted quedará maravillado con la grandeza del poder que le da la victoria. Esa presión exterior lo lleva a confiar en Dios espontáneamente, capacitándolo, a su vez, para manifestar la realidad y el poder de la vida del Señor. Naturalmente, los que no creen en el Señor y no poseen la vida regenerada serán aplastados bajo la fuerte presión de tales circunstancias agonizantes. Un cristiano, sin embargo, es regenerado, y tiene una vida dentro de sí que es más fuerte que cualquier presión exterior. Cuando es oprimido, enton-

ces él vence, puesto que la presión de las circunstancias simplemente comprueba la vida regenerada dentro de él.

Leí una vez un panfleto titulado «Sea una máquina de gas». En él se contaba la historia de cierta persona. En la ciudad norteamericana de Pittsburgh, toda la comunidad en aquella época usaba lámparas de gas. El propietario de la compañía de gas era cristiano. En cierta época, él comenzó a enfrentar muchas situaciones adversas. Sus clientes lo acusaban frecuentemente de cosas que no tenían ninguna relación con él. Personas que negociaban con él se le oponían y rehusaban darle la debida honra. Entonces, él oró a Dios pidiéndole que le concediese poder para vencer todas aquellas dificultades. Pero después de orar así, su situación sólo empeoró.

Un día, un empleado vino a decirle que todas las máquinas en la fábrica habían dejado de funcionar. Como nadie sabía ni lograba descubrir dónde estaba el problema, el propietario mismo tuvo que ir a inspeccionar la situación. Entonces él descubrió que la maquinaria estaba toda intacta, excepto una pequeña válvula en una caldera, que estaba quebrada. Al no haber presión, todo el vapor producido no podía ser utilizado, y por eso ninguna de las máquinas funcionaba. En ese momento, él oyó una voz suave y mansa que le decía: «Usted debería ser una máquina de gas». Posteriormente, él testificó que esta maquinaria de gas le habló a él de la misma forma que la mula de Balaam en el pasado. ¡Gracias a Dios! Él no debe-

ría resistir la presión en su vida y debería ser, al contrario, una máquina de gas.

Debemos ver que el poder de la vida de una persona no puede exceder a la presión que ella recibe. Había un hermano entre nosotros que rehusó a ofrecer culto a los dioses lares en su casamiento. Su tío había conseguido anteriormente un empleo para él en el banco, pero, debido a este rechazo suyo no le dieron aquella posición. Todos lamentamos por él, pero este incidente obviamente mostró cuánto poder había en él. Porque si yo puedo quedar de pie después de ser empujado, eso muestra cuánto poder tengo dentro de mí. Un empujón exterior sólo manifiesta la fuerza interior. El poder manifestado desde adentro es tan grande cuanto lo es la presión desde afuera.

La Biblia no nos habla sólo del hecho de la resurrección, sino también nos revela del principio de la resurrección. El Señor Jesucristo fue resucitado de entre los muertos. Eso es un hecho. Pero muchas enseñanzas concernientes a la resurrección, tales como conocer su poder, pertenecen al principio de la resurrección. De modo que la resurrección no es sólo un hecho; ella es también un principio que debe ser probado en nuestra vida. El principio de la resurrección está basado en el hecho de la resurrección. Cierta Hombre que estaba vivo físicamente un día fue crucificado. Naturalmente, él murió y fue sepultado. Pero resucitó de entre los muertos. La esclavitud de la muerte no tenía poder sobre él, porque había en él un poder mayor que el de la

muerte. Y, aunque ese poder pasó por la muerte, estaba vivo, pues no podía ser tocado por la muerte. Por eso, el principio de la resurrección es vida que sale de la muerte.

Supongamos que un hermano sea naturalmente paciente, gentil y amoroso. Esas no son sino partes de su bondad natural que no podrían ser resucitadas. Pero Dios permite que sus amigos, parientes y colegas lo presionen, afligiéndolo e hiriéndolo a tal punto que él no puede soportar más, llegando a perder la calma. En aquel momento, él reconoce que todo lo que viene de lo natural no puede pasar por la muerte (que es la mayor prueba) y permanecer vivo. Y si, en aquel momento, él levanta la cabeza y ora: «Oh Dios, mi paciencia llegó a su fin; permite que tu paciencia se manifieste en mí», entonces, para su gran sorpresa, él se descubrirá actuando con paciencia bajo todos los tipos de muerte. Ahora, eso es resurrección, pues la resurrección es la vida de Dios que pasa por la muerte y aún existe.

Cualquier cosa que sea natural no puede ser resucitada después de pasar por la muerte. Pero todo lo que pertenece a Dios vivirá después de pasar por la muerte. Muchos no saben lo que pertenece al «yo» y lo que pertenece a Dios, lo que pertenece a lo natural y lo que pertenece a Cristo, lo que es viejo y lo que es nuevo, lo que es natural y lo que es sobrenatural. En consecuencia, Dios permite que la muerte venga sobre ellos a fin de conocer lo que puede pasar por la muerte y lo que no puede. Y así, ellos conocerán la resurrección.

¿Por qué Dios permite que la presión venga sobre usted? Por ninguna otra razón sino la de revelarle que cualquier cosa que usted considere capaz de realizar, de soportar y de resistirla debe ser reducida a la nada. Usted es presionado de tal forma que sólo puede decir: «Oh, Dios, no puedo más. Mi fuerza se agotó. Por favor, manifiesta tu poder». Dios va a permitir que usted sea presionado hasta que obtenga el poder de él. En aquel punto, la presión se convierte no sólo en su poder de oración, sino que ella extrae, también, el poder operador de Dios.

Así sucedió con el Señor Jesucristo: «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo», observó el Señor Jesús, «pero si muere, lleva mucho fruto» (Juan 12:24). Mi oración es que usted y yo podamos conocer a Cristo y su poder de resurrección más profundamente, día a día.

Esta fue la meta de Pablo en toda su vida: «No que lo haya alcanzado ya», declaró el apóstol, «ni que ya sea perfecto; sino que prosigo (...) a fin de conocerle (experimentarlo), y el poder de su resurrección (no sólo la resurrección de Cristo)» (Fil. 3:12,10). Él también declaró esto: «Que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos» (2ª Cor. 4:8-10). Esto se refiere a las circunstancias de Pablo y a la vida dentro de él. Él tenía muchas presiones

exteriormente, pero tenía también gran poder dentro de sí. Las presiones externas sólo manifestaban su poder interior.

El ambiente donde cada uno de nosotros está es preparado por Dios. Por favor, recuerde que usted está donde está por Su disposición, sea en el hogar, en la escuela o en el trabajo. Sean cuales fueren las circunstancias en que usted se encuentre, sean suaves o ásperas, Dios quiere que usted manifieste la vida de resurrección de Cristo. El crecimiento de un cristiano depende de la manera como él lidia con el ambiente donde está. Todas las cosas que nos presionan mucho tienen como propósito entrenarnos para que conozcamos el poder de la resurrección.

¿Quién es más poderoso? Aquel que ofrece más oraciones será, sin duda, el más poderoso. ¿Pero qué significa que alguien diga que la vida más profunda posee mayor poder? Significa nada más que esto: la persona que tiene más presión tiene más habilidad para tratar con ella. De modo que la profundidad de la vida de un creyente puede ser medida por la manera cómo él trata con la presión. Lamentablemente, al cristiano, con mucha frecuencia, le gusta preservar su poder natural. Él no quiere morir, como Pedro no quería que el Señor muriese. Sin embargo, si el Señor no hubiese muerto, hoy no habría resurrección. Muchos cristianos consideran que es una vida buena, aquella que tiene pocas dificultades y angustias. Siempre que se encuentran con alguna cosa dolorosa, ellos piden a Dios que la quite. Podemos decir

Cualquier cosa que sea natural no puede ser resucitada después de pasar por la muerte. Pero todo lo que pertenece a Dios vivirá después de pasar por la muerte.

que ellos están viviendo, pero esa vida no puede ser llamada de resurrección.

Supongamos que, en su capacidad natural, usted puede soportar la crítica de diez personas, pero no más; entonces, pide a Dios que no permita que usted sea tentado más allá de eso. Pero Dios permite que la presión de once personas venga sobre usted. En tal situación, usted, finalmente, clama a él, pues eso está más allá de su capacidad. Permítame decirle que Dios dejará que usted sea presionado más allá de lo que su propio poder y paciencia y bondad natural puedan soportar. El resultado será que usted le dirá que no puede soportar más y le pedirá el poder para vencer. En aquel momento, usted experimentará un poder nuevo y mayor, que puede soportar la crítica, no sólo de diez, sino hasta de veinte personas. Usted llegó así a reconocer y experimentar que, cuanto mayor es la presión, mayor es su poder; y que, siempre que esté sin poder, es porque usted no fue puesto bajo la disciplina de la presión.

Entonces, si esto es así, ¿por qué muchos demoran en buscar a Dios hasta que la presión se hace grande? Antes, debemos buscarle tan luego sintamos nuestra incapacidad, e inmediatamente recibiremos el poder necesario. Por eso, siempre que nos

encontramos con nueva presión, debemos utilizarla para transformarla en poder. Nuestro poder crecerá con cada encuentro de esos.

Dios nunca preserva la capacidad natural; él quiere sólo lo que procede de la resurrección. Él nunca cambia lo natural, puesto que él es Dios «que da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen» (Romanos 4:17). Llamar algo de la nada es el poder que Dios tiene de crear; dar vida a lo que está muerto es el poder redentor de Dios. Abraham creyó en Dios como Aquel que crea todas las cosas de la nada y da vida a los muertos. El hombre quisiera proteger su vida, pero Dios rechaza esa vida. Y después que el hombre es quebrado por Dios y le confiesa que está absolutamente desamparado, él será resucitado de los muertos. Este es el secreto de la vida y el poder.

Cuando se encuentre con muchas presiones, usted debe recordar que presión es poder y, por lo tanto, no deben ser evitadas, sino acogidas. Pues cuanto mayor sea la presión sobre usted, mayor será su poder. Usted vencerá todo y obtendrá una fuerza aún mayor.

La presión de la obra

Gran parte de la obra de Dios debe pasar por la presión antes que pueda haber buenos resultados. (Los

que sirven a Dios deben prestar bastante atención en este punto). Lamentablemente, pocos obreros tienen esta experiencia o parecen dispuestos a experimentarla. El que es fiel, sin embargo, no sólo tiene tal experiencia, sino que tendrá bastantes más. Si usted nunca experimentó eso, lo ha de experimentar en el futuro. Dios va a hacer que el trabajo que usted está haciendo pase por la muerte. Eso no ocurre porque Dios tenga placer en la muerte; por el contrario, él lleva la obra a la muerte a fin de alcanzar la resurrección.

Al comienzo de su obra, muchos obreros de Dios notan que innumerables personas están siendo salvadas por medio de sus esfuerzos, y su obra parece estar prosperando y siendo bendecida. Sin embargo, extrañamente, tal situación no dura mucho tiempo. Después de algún tiempo, la obra comienza a fracasar. Los que antes fueron salvos no están haciendo ningún progreso. Más tarde, no sólo la obra parece haberse detenido, sino que los propios obreros se sienten fríos y muertos. Cuando se descubren en esa situación difícil, con seguridad desean hacer algo, pero no pueden porque parecen haber perdido el poder. Quedan realmente intriguados. Pueden hasta comenzar a imaginar que cometieron algún pecado grave. A esa altura, están realmente temerosos y no saben qué hacer. Pueden entender que no hay ya ninguna esperanza, pues parece que Dios no quiere bendecir ningún aspecto de su obra.

Pero es precisamente en ese momento que la luz de Dios vendrá para sondear el corazón de ellos y, enton-

ces sabrán si desde el comienzo estuvieron trabajando para Dios o para ellos mismos, si estuvieron compitiendo con las personas o sirviendo con sinceridad para la gloria de Dios. Ellos descubrirán para quién estuvieron realmente trabajando. Pues cuando la obra está prosperando y teniendo éxito, los creyentes tienden a sentir que todo cuanto estuvieron haciendo fue para Dios. Solamente cuando la obra de alguien está bajo presión él podrá discernir si su obra ha sido para Dios o si se ha mezclado él con la obra.

Usted, que ha tenido alguna experiencia como la aquí descrita, sabe cuán dolorosa es. Durante ese tiempo, usted se siente sobrecargado y muerto y está siendo presionado a tal punto que no puede hacer otra cosa excepto preguntar a Dios: «Oh Dios, ¿por qué esto es así? ¿Por qué nadie está siendo salvo? ¿Por qué los creyentes están tan muertos?». Usted también se siente presionado a preguntar a Dios: «¿Qué debo hacer? ¿Dónde debo ir de aquí en adelante?». Usted percibió que su antiguo poder no es suficiente para enfrentar la presente situación, y que su experiencia pasada es inadecuada para suplir la exigencia actual. Tal vez en este momento Dios le muestre que, cuando la obra estaba prosperando, usted concibió pensamientos de autosatisfacción, abrigó orgullo espiritual, fue celoso por su propia gloria, ansiando sobrepasar a otras personas en la obra. Resumiendo, usted descubre que muchas cosas no fueron hechas para Dios, sino para los hombres, y consecuentemente, su obra

necesitaba pasar por la muerte. Ahora usted reconoce cuán útil fue para su obra haber sufrido esa presión.

El propio Moisés necesitó aprender lo que significaba la circuncisión antes de poder trabajar para Dios. En cierta ocasión, Dios quiso matarlo, porque él aún no era «un esposo de sangre», por haber fallado en circuncidar a su hijo de su esposa Séfora, la cual, aparentemente, se había opuesto a la práctica sanguinaria (la cual, sin embargo, ahora, lo hizo, cuando vio la vida de su marido en peligro, Éx. 4:24-26). Dios no iba a permitir que la carne se mezclase con su obra, para la cual él estaba llamando a Moisés.

Dios va a permitir que usted sea presionado hasta el punto en que no le importará si la obra muere, que nadie sea salvo y todos los hermanos se dispersen. Eso porque la obra – en verdad, todo – pertenece a Dios y no más a usted. En aquel momento, usted dirá a Dios que, en tanto él glorifique su propio Nombre, para usted no hay diferencia si él destruye la obra y también todo lo demás. Así usted pasa por la muerte, que es el principio de primordial importancia en los tratos de Dios con sus obreros. Y, de ahí en adelante, Dios pondrá la carga de la obra nuevamente sobre usted.

¡Cuán diferente será eso de lo que era antes! Antes, la obra era suya y usted la realizaba por intereses propios. Pero ahora es de Dios, y no importa si sus intereses están siendo servidos o no. La obra pertenece a Dios. Él debe tener todo. No es más usted. De modo que, en esta nueva

situación, usted pide a Dios que le dé poder a fin de realizar Su obra bajo tales circunstancias tenebrosas y secas. Usted reconoce haber estado bajo presión por algún tiempo y, por eso, pide a Dios que reavive Su obra. ¡Dentro de poco tiempo habrá nuevos cambios! La situación próspera retornará, y usted verá, claramente, que eso no es algo hecho por usted, sino solamente por el propio Dios por intermedio de usted. El resultado es que la presión que usted soportó le dio nuevo poder para trabajar. Antes era usted quien trabajaba, pero ahora es Dios trabajando, pues él llevó Su obra a resurrección a través de la muerte. De ahí en adelante, nadie puede impedir Su obra.

Cuán lamentable es que muchos de los obreros de Dios rehúsen ponerse en sus manos. Entendamos que, si alguien es fiel y obediente, él no será aliviado de la presión excesivamente grande y no tendrá ni siquiera un día comfortable. Cierta vez, alguien preguntó a un hermano en el Señor cómo él pasaba sus días en Shangai – cuán confortables eran, y si él tenía pruebas. El hermano, sonriendo, contestó: «¿Existe alguien verdaderamente usado por el Señor que no tenga pruebas y que pueda pasar todos sus días confortablemente?».

Nuestro poder no puede exceder a la presión que recibimos. Cuanto mayor es la presión que Dios mide para nosotros, mayor el poder que crecerá dentro de nosotros. Dios trabaja por medio del proceso de muerte. Sin pasar por la muerte, nadie puede hacer nada. Lo que yo más

temo es que muchos no utilicen la presión que les es dada. Ellos serán más como el vapor en una tienda de agua caliente, que es desperdiciado, en vez de ser utilizado para mover un vehículo. En los últimos dos años, he sentido profundamente que la presión es el auxilio para el poder. Si usted tiene tal experiencia, concordará que todo su poder sólo puede venir de la presión; que el poder que usted tiene en su contacto con las personas procede de la presión. Un día, cuando estemos delante de Dios, reconoceremos plenamente la presión que el Señor Jesucristo sufrió en sus días en la tierra, qué presión soportaron los apóstoles en sus días y qué presión soportaron todos los que fueron grandemente usados por Dios.

La presión del enemigo

Hoy en día muchos creyentes desconocen la presión satánica. Sin embargo, el enemigo puede traer muchos males al ambiente donde estamos, como también a nuestra vida. Los cristianos generalmente no entienden por qué existen tantos pensamientos desconcertantes en su mente y tantas perturbaciones a su alrededor. En verdad, algunas de ellas son permitidas por Dios, mientras que otras son las obras de opresión del enemigo.

Había un hermano que habitualmente tenía pensamientos vagos y no lograba concentrarse. La situación se tornó tan seria que él llegó incluso a ser tentado a cortarse la garganta. Cuando él compartió eso conmigo, yo le pregunté si tal pensamiento había venido de él mismo, si había sido

dado por Dios o si había sido inyectado en su mente por el enemigo. Obviamente, no podía haber venido de Dios. Así, la causa de tal pensamiento se redujo a dos posibles fuentes: si no venía de él mismo, tenía que ser del enemigo. Pregunté, entonces, al hermano cómo él distinguiría sus pensamientos de los pensamientos del enemigo. Yo le expliqué que si la idea de cortarse la garganta se hubiese originado en su propia mente, él debería haber pensado en el asunto antes. Por eso, le pregunté de manera muy franca si él ya había pensado en ese asunto, o si alguien más lo había desarrollado y luego lo había inyectado en su mente. Aquel hermano me dijo que nunca había pensado en tales cosas. Entonces yo le dije que aquellos pensamientos debían haberle sido dados por Satanás. Este es un principio importante a ser considerado: ¿tiene usted mismo esos pensamientos o alguien más ha pensado esas ideas por usted antes de ser inyectadas en su mente? Déjeme asegurarle que sólo aquello que usted mismo piensa es suyo; de otro modo, viene del enemigo.

No necesitamos ser corteses con nuestro enemigo. La primera persona en el mundo que fue amable con el enemigo fue Eva, que, como consecuencia, introdujo el pecado en el mundo. Algunos cristianos frecuentemente intentan argumentar con el enemigo. Cuando el Señor Jesús estuvo en la tierra, ¿qué hizo cuando el enemigo dio testimonio que él era el Hijo del Altísimo? Él le prohibió hablar. Los creyentes comunes pueden no considerar serio dejar que el ene-

migo inyecte uno o dos pensamientos en su mente. Sin embargo, ¡cuán trágicas pueden ser las consecuencias si sus pensamientos son, poco a poco, completamente controlados por el enemigo! Su cerebro puede convertirse en la máquina de pensamientos de Satanás, el cual, de allí en adelante, lo usará continuamente. ¡Cuán triste es que algunos cristianos no sepan cómo controlar sus propios pensamientos! Sólo cuando comenzamos a aprender a controlar nuestros propios pensamientos es que reconocemos cuán difícil es esa tarea.

Con respecto a las enfermedades, reconocemos que muchas enfermedades son la violación de las leyes naturales. Pero es claro que hay otras enfermedades que vienen como presiones del enemigo. Quiero resaltar que no estoy afirmando que todas las enfermedades vienen de Satanás; digo solamente que algunas provienen de él. Las llagas que Job tuvo, por ejemplo, fueron dadas por el enemigo y no fueron causadas por un descuido de la higiene.

Tratándose de acontecimientos circunstanciales en nuestra vida, algunos los consideran como si fuesen meras ocurrencias naturales. Pero necesitamos preguntar: la caída de la casa que causó la muerte de los hijos de Job ¿fue simplemente un fenómeno natural? El robo repentino de su ganado y la quema de su rebaño, con fuego del cielo, ¿fueron solamente accidentales? Todos sabemos, por el registro de Dios, que esos acontecimientos tuvieron origen en el enemigo. Necesitamos entender que en nuestra vida puede haber un gran

número de cosas que indican la presión del enemigo. Lamentablemente, muchos creyentes no están conscientes de esa realidad y dejan que ellas pasen sin tratarlas.

Unos hermanos estaban distribuyendo folletos de evangelización en un tren. Encontraron allí un cristiano cuyo rostro estaba demudado. Cuando le preguntaron la razón de eso, él respondió que era un hombre de negocios y que, en los primeros años, había sufrido repentinamente infortunio tras infortunio, tanto en la familia como en los negocios. Él llegó a sentirse tan miserable que, al no ver otra salida, decidió cometer suicidio. En realidad, él había tomado aquel tren con la intención de quitarse la vida en cierto lugar más adelante. Aquellos hermanos inmediatamente reconocieron eso como una obra del enemigo. Le preguntaron si él realmente hallaba que tales infortunios habían sido accidentales o que habían sido tramados por alguien en secreto. Después de pensar un poco, él admitió que parecía que alguien, tras bastidores, estuviera preparando esas cosas – casi como si una mano estuviese allí conspirando, por decir así, cada movimiento sobre el tablero de ajedrez. Mis amigos le dijeron francamente que aquello era obra del enemigo y le aconsejaron resistirlo. Entonces, oraron con él allí mismo en el tren sobre el asunto.

El hermano volvió inmediatamente a su casa y, después de algún tiempo escribió, explicando cómo, después de volver a casa él comenzó a resistir al enemigo día a día, cómo rehusó aceptar cualquier cosa que vi-

niese de él, y cómo su situación actual estaba mejorando gradualmente. Él dio gracias a Dios por haber sido libertado, aunque admitía que aún no había sido totalmente recuperado.

Lo que deseo enfatizar es la falla del hombre en resistir las tácticas de opresión del enemigo. En el principio, puede ser que Satanás le dé a usted uno o dos pensamientos, pero al final él corromperá, si puede, todo su ser, como también su familia y el ambiente donde está. Eso es porque usted está siendo oprimido, pero no le resiste. Eso es un error fatal. Usted debe usar la presión para producir el poder de su resistencia. Cuando usted soporta más allá de su medida, usted necesita resistir al enemigo. En

aquel instante, usted encontrará el escape. Frecuentemente, no tenemos poder para resistir a Satanás, pero, cuando somos presionados más allá de toda medida, descubrimos un poder brotando dentro de nosotros y capacitándonos para resistirle.

Por eso, siempre que estemos siendo presionados por el enemigo, no pensemos que tal presión es inútil; por el contrario, debemos utilizar esa presión porque ella suscita poder.

Tengamos en mente esto: si sabemos cómo utilizar la presión, ella no permanecerá en nuestro camino. Verdaderamente, cuanto más pesada la presión, mayor el poder de resistencia. Que el Señor nos capacite para resistir al enemigo. *(Fin)*.

* * *

Generosidad

Durante la guerra de la revolución de los Estados Unidos vivía en Ephrata, Pennsylvania, un pastor llamado Pedro Miller, quien disfrutaba de la amistad del general Washington. También vivía en ese pueblo un tal Miguel Wittman, un malvado que hacía todo lo que podía para abusar de este pastor y oponérsele.

Un día Miguel Wittman cometió el delito de traición, fue arrestado y sentenciado a muerte. El anciano predicador caminó muchos kilómetros hasta Filadelfia a interceder por la vida de ese hombre. Lo dejaron entrar a hablar con el general Washington y en seguida comenzó a suplicar por la vida del traidor.

– No, Pedro –dijo Washington–, no puedo concederte la vida de tu amigo.

– Mi amigo –exclamó el predicador–. Es el peor enemigo que tengo.

– ¿Qué? –exclamó Washington–. ¿Has caminado tantos kilómetros para salvar la vida de un enemigo? Eso pone el asunto en otra perspectiva. Concederé el perdón.

Y así lo hizo. Y Pedro Miller llevó a Miguel Wittman de la sombra misma de la muerte de regreso a su propio hogar en Ephrata, ya no como enemigo, sino como amigo.

Esto es lo que hizo Jesús por usted y por mí al darse a sí mismo.

Tomado de La gracia de dar, de Stephen Olford

La abuela

Guardo vivos recuerdos de la persona que mejor me demostró la habilidad de escuchar a Dios: mi abuela.

La abuela Harris tenía ochenta años de edad cuando la conocí, y vivió hasta la edad de noventa y cuatro años. Nunca la vi caminar sin ayuda; su salud la confinaba a la cama o a la "silla de la abuela" en su pintoresca habitación, con sus cortinas de encajes y oscuros muebles al estilo victoriano. Mi hermana y yo solíamos visitar ese cuarto por aproximadamente una hora o más cada día. De descendencia hugonote, la abuela nos hacía leerle la Biblia en francés para que pudiésemos practicar el idioma, a la vez que también aprendíamos la Biblia, y la escuchábamos hablar sobre el pasaje que habíamos leído.

La abuela estaba encorvada y arrugada, y sufría de fuertes dolores de cabeza. Rara vez reía, y nunca podía comprender nuestros chistes, pero su callada alegría y paz, de alguna manera, llegaban a nosotros, niños con la mente pendiente en el juego. Nunca protestaba por nuestras visitas diarias a su habitación. Ella irradiaba amor.

Cuando la abuela tenía dificultad para conciliar el sueño, a veces permanecía acostada, despierta la mitad de la noche dulcemente recitando capítulos de su almacén de Escrituras memorizadas, y orando por sus once hijos y veintena de nietos. Mis tías se turnaban para dormir en su habitación. Con bastante frecuencia, en medio de la noche, la abuela, de repente, pedía papel y pluma, y alguien que escribiese sus pensamientos. Solía decir: "Siento que el pastor Smith en Ipswich necesita ayuda ahora mismo. Por favor escribe esto ...". Entonces dictaba una carta y pedía a mi tía que incluyera un cheque.

Días más tarde, cuando el correo traía una carta de respuesta, la abuela sonreía alegremente, llena de júbilo. Invariablemente, la carta expresaba asombro de que ella pusiera haber sabido el preciso momento y la cantidad de una necesidad. La abuela reía con un puro sentido de placer inocente. Nosotros los niños nos maravillábamos del complot de intimidad entre el Espíritu Santo y la abuela.

En el Cuerpo de Cristo, me la imagino como un nervio en el compasivo sistema nervioso, un sensor al que Dios la confi6 la responsabilidad de, momento a momento, percibir su voluntad. El pastor Smith habia enviado gritos de socorro a la Cabeza. Mi abuela "oy6" el impulso transmitido desde la Cabeza, y proporcion6 los recursos que se necesitaban. La abuela se habia preparado toda su vida para esa funci6n. En su juventud, tuvo energa fisisca y belleza. Durante aquellos atareados aros dedicados a criar once nuevas vidas, a pesar de las constantes demandas en su ritmo de vida, habia tomado el tiempo para conocer a Dios. Habia saturado su mente con la Palabra de Dios, almacenando en su memoria libros completos del Nuevo Testamento, asi como todo el libro de los Salmos. M6s tarde, cuando su cuerpo envejeci6 y se marchit6, se convirti6 en un canal di6fano para que fluyese la gracia de Dios.

Hoy en dfa, m6s de cincuenta aros despu6s, gran parte de mi propio amor hacia la Palabra se debe a ella. La abuela podfa hacer poco, excepto escuchar al Impulsor, pero su fidelidad a6n est6 dando frutos.

En el cuerpo humano, una diminuta cantidad de la hormona adecuada puede iniciar un complejo trastorno; la apacible y suave voz de Dios, si uno responde, puede cambiar a una persona, una comunidad y quiz6, al mundo.

Dr. Paul Brand (Tomado de "A Imagen de Dios")



Semblanza de Corrie ten Boom, la cristiana holandesa que sobrevivió a los campos de concentración nazis, para ser una testigo de Cristo en todo el mundo.



Vagabunda de Cristo

Corrie ten Boom nació en 1982 en el seno de una familia holandesa profundamente cristiana.

El abuelo de Corrie, Willem, era anciano de la Iglesia Reformada y fue uno de los fundadores de la Sociedad Pro-Israel, junto a Isaac Da Costa. Re-

lojero de profesión, estableció un taller familiar en 1837, en la planta baja del edificio ubicado en el número 19 de Barteljorisstraat, en Haarlem. En los pisos superiores se instaló la familia.

El negocio fue heredado luego por Casper, hijo de Willem, y final-

mente por Corrie, quien se convirtió en 1924 en la primera mujer holandesa con licencia de relojero.

Teniendo apenas 5 años de edad, Corrie le pidió al Señor Jesús que entrara en su corazón. Más tarde, sobre los 30 años de edad su fe comenzó a dar fruto, cuando Corrie comenzó a impartir clases bíblicas en escuelas públicas, en escuelas dominicales, en grupos de niños mentalmente impedidos, y organizó y dirigió una red de clubes, en primer lugar para niñas, y luego para niñas y niños, bajo el patrocinio de la *Unión des Amies de la Jeune Fille*. Los clubes de niñas se convirtieron en clubes de *girl guides*, con Corrie como una de los líderes del movimiento en Holanda. Más tarde, cuando sintió que los clubes estaban perdiendo su énfasis cristiano, formó '*De Nederlandse Meisjesclub*' (Club Holandés de Niñas), y continuó a la cabeza de éste hasta la ocupación nazi, cuando los alemanes prohibieron reuniones de grupo.

Cuando sobrevino la Segunda Guerra Mundial, la familia ten Boom estaba compuesta por el padre (Casper) –su esposa, Cornelia «Cor» Luitingh, había fallecido en 1921–, sus cuatro hijos, ya mayores, Elizabeth «Betsie», Willem, Arnolda Johanna «Nollie», y Cornelia «Corrie». Willem se había graduado en la escuela de teología y ordenado pastor en 1916, y Nollie era maestra, estaba casada y tenía seis hijos. Betsie y Corrie habían permanecido solteras.

La familia ten Boom formaba parte de la Iglesia Reformada, de tradición calvinista, y era costumbre en casa empezar y acabar el día con una

lectura bíblica, cantos y oraciones. En 1940, cuando los nazis invadieron Holanda, muy pronto se organizaron comités de resistencia, algunos desde las mismas iglesias.

En Alemania la propaganda antisemita usó textos tardíos de Lutero, muy violentos en contra de los judíos. Eso hizo que muchos luteranos siguieron las tesis de Hitler, pensando que era por fidelidad a Lutero, fundador de la Iglesia nacional Alemana. En cambio, la tradición calvinista siempre ha reconocido el peso del Antiguo Testamento, como el que conduce al Nuevo, que a su vez, es reflejo y cumplimiento de aquél. Al ser también una fe muchas veces perseguida, se sintió muy identificada con el pueblo judío durante la segunda guerra mundial, e intentó salvar el máximo número posible de judíos.

Holanda tenía desde hacía siglos una tradición religiosa liberal, y se autorizaban cultos no protestantes: católico, judío, etc. Muchos judíos de España y Portugal encontraron allí una tierra de acogida, así como muchos judíos perseguidos en Alemania. Por ejemplo la familia de Ana Frank. Corrie ten Boom y su familia entraron naturalmente, por su fe y su compromiso con el pueblo de Dios, en ese movimiento clandestino de solidaridad y resistencia al invasor y las leyes racistas que se impusieron a la población judía de Holanda. De hecho, cien años antes, el abuelo de Corrie había establecido una reunión de oración a favor de los judíos.

La llegada de los nazis a Holanda trajo consigo cambios radicales en las apacibles formas de vida de los ho-

landeses. Cuando ocuparon Haarlem aplicaron estrictas normas de control de la población. A los ciudadanos no se les permitía abandonar sus hogares después del toque de queda, a las 6 de la tarde. El himno nacional holandés, «Wilhemus», fue prohibido. La Gestapo reclutaba a todos los hombres de entre 17 y 30 años para trabajar en fábricas o en el ejército.

La casa como refugio

En mayo de 1942, una mujer judía, elegantemente vestida y con una maleta en la mano, llamó a la puerta de los ten Boom. Muy nerviosa, le explicó a la familia que su marido había sido detenido varios meses antes y que su hijo había logrado huir. Los nazis la buscaban, por lo que ella tenía mucho miedo de regresar a su casa. Sabía que los ten Boom habían ayudado a otra familia judía, los Weils, y se preguntaba si podría permanecer con ellos un tiempo.

Casper acogió a esta mujer, y no sólo eso, continuó ofreciendo su hogar a otros como lugar seguro, hasta que los refugiados pudieran salir del país. Estas personas podían permanecer unos días o, incluso, meses en la casa de los ten Boom. Pero era necesario construir un escondite en el que pudieran ocultarse en caso de que los nazis vigilasen el barrio.

En una reunión clandestina de obreros, Corrie conoció a un anciano arquitecto, de apellido Smit, que se ofreció para construirle un cuarto secreto. Como se trataba de una casona antigua, había todo tipo de rincones inesperados y espacios en ella. Fue así como en la casa de los ten Boom

se creó un escondrijo imposible de detectar, ubicado en la parte alta de la casa, para dar así tiempo a los moradores en caso de una redada.

En el dormitorio de Corrie se levantó una pared falsa de ladrillos que ocultaba una pequeña habitación de 2 metros de largo por 0,70 de ancho, donde cabían seis personas, dos sentadas y cuatro de pie. A este espacio se accedía a través de un estrecho pasillo hecho en la parte inferior de un armario, levantando un falso panel. Se colocaba una cesta con ropa de cama para llenar ese lugar y se cerraba la puerta del armario. Desde el exterior, era casi imposible descubrir el acceso a la habitación secreta.

La familia logró, después de numerosas prácticas, que las personas que se escondiesen en su casa se introdujeran en aquel escondite en sólo 70 segundos a partir del sonido de la alarma (que se operaba desde varios interruptores distribuidos por toda la casa). Durante ese tiempo, no sólo tenían que llegar hasta el refugio, sino que también debían ocultar cualquier objeto que los delatase, por ejemplo, colchones, almohadas y mantas, si era de noche, o vasos, platos y otros utensilios, si estaban comiendo. Las personas que vivían en la clandestinidad con los ten Boom compartían con los miembros de la familia las diferentes tareas del hogar. Todos intentaban colaborar y apoyarse en aquella situación tan difícil.

La obtención de alimentos era otro gran problema que los ten Boom debían solucionar. Los holandeses no-judíos habían recibido una tarjeta de racionamiento para comprar ali-

mentos. Estos alimentos eran escasos, de modo que era necesario acceder a más tarjetas de racionamiento.

Corrie conocía muy bien a muchas familias de Haarlem. Recordó que una pareja tenía una hija con discapacidad que ella había ayudado. El padre, Fred Koornstra, era un funcionario que estaba por entonces a cargo de la oficina de las tarjetas de racionamiento. Una noche, Corrie se presentó en la casa de él sin previo aviso. Él parecía saber cuál era el motivo. Cuando le preguntó cuántas tarjetas necesitaba, Corrie, que había ido por cinco, sorprendentemente, se atrevió a pedirle cien.

La idea de los ten Boom fue prontamente imitada por otras familias piadosas, que dispusieron sus casas para albergar y proteger a judíos y perseguidos. Así fue como poco a poco, Corrie se encontró al frente de una red formada por unas ochenta personas, el grupo «Beje» (ese era el nombre comercial de la relojería). La mayor parte de su tiempo, ella lo invertía en cuidar de los refugiados, una vez que les encontraba albergue.

Se estima que de esta forma salvó la vida de unos 800 judíos, además de numerosos integrantes de la resistencia holandesa y estudiantes que eran perseguidos porque rehusaban colaborar con los nazis.

La captura

La Gestapo (policía secreta nazi), con la ayuda de un delator, detuvo a seis miembros de la familia el 28 de febrero de 1944. Un individuo llamó a la puerta de los ten Boom pidiendo ayuda. Habían detenido a su mujer

por ocultar a judíos y necesitaba dinero para sobornar a la policía y lograr su liberación. Corrie y Betsie no lo habían visto nunca y presentían que aquel individuo no era sincero, pero ¿y si era cierto lo que decía? Después de un momento de duda, decidieron ayudarlo.

Realmente, el hombre era un espía y, en unos minutos, oficiales nazis invadieron la casa. Sabían que algo comprometedor encontrarían en ella. Pero, además, Betsie tuvo un descuido que confirmó las sospechas. Los ten Boom colocaban en una ventana un signo para que las personas que necesitasen refugiarse en su casa supiesen que no había peligro y que era un buen momento. Si la situación cambiaba, el signo era retirado. Un miembro de la Gestapo, que vigilaba la casa desde el exterior, vio como Betsie retiró la señal de la ventana en el momento en que se allanaba la vivienda. Los alemanes, al descubrir que aquel símbolo era una señal de aviso, lo volvieron a colocar en su lugar y detuvieron a los que fueron llegando después, creyendo que la casa era segura. Unas treinta personas fueron detenidas y llevadas a prisión.

Sin embargo, las personas que se encontraban refugiadas en el hogar de los ten Boom sí pudieron ponerse a salvo. En aquel momento se encontraban en la casa cuatro judíos (dos hombres y dos mujeres) y dos trabajadores del metro, que lograron esconderse rápidamente en la habitación secreta. La señora más mayor, Mary Italle, tenía asma y tuvo muchas dificultades para acceder a la habitación secreta. Corrie la ayudó y

cerró el armario sólo unos segundos antes de que un policía nazi apareciera en su habitación. Los refugiados permanecieron en este pequeño espacio dos días y medio, sin comer ni beber. Posteriormente, los cuatro judíos fueron llevados a otro refugio y tres de ellos sobrevivieron a la guerra. Con respecto a los dos miembros de la resistencia, uno murió poco después y el otro logró sobrevivir.

Corrie y Betsie fueron interrogadas por miembros de la Gestapo, que les preguntaron una y otra vez dónde escondían a los judíos. Aunque fueron brutalmente golpeadas, las dos mujeres se negaron a hablar.

La Gestapo inspeccionó la casa minuciosamente pero no encontró la habitación secreta. Los alemanes localizaron un lugar en la escalera en el que se escondían las tarjetas de racionamiento y los pasaportes falsos.

«Si hay algo que haya aprendido desde cuando cumplí mis ochenta años de edad, es del que no puedo almacenar los buenos sentimientos y las actitudes correctas, sino que cada día tengo que extraerlos frescos de la realidad de Dios».

La familia ten Boom fue inmediatamente detenida, es decir, Corrie, su padre Casper, sus hermanos Willem, Nollie y Betsie y su sobrino Peter van Woerden, hijo de Nollie. Un oficial se apiadó de Casper, que tenía 84 años, y le ofreció dejarlo libre si le aseguraba que no iba a causar más problemas en el futuro. Casper contestó que no podía prometérselo, de modo que también se lo llevaron.

Ya en prisión, cuando a Casper le fue informado que podía ser condenado a muerte por salvar judíos, declaró: «Sería un honor dar mi vida por el pueblo elegido de Dios». Y en cierta forma así fue, ya que murió a los diez días de ser detenido.

Cárceles y campos de concentración

Por ayudar a los judíos la familia ten Boom fue enviada a diferentes cárceles y campos de concentración. La policía nazi subió a todos los detenidos en furgonetas y los llevó a la cárcel de la ciudad, un antiguo gimnasio. Después fueron enviados a la prisión de Scheveningen. Corrie y Betsie fueron separadas de su padre y ya no volvieron a verlo nunca más. Corrie tenía la gripe, por lo que fue puesta en régimen de aislamiento.

En prisión, Corrie llegó a enterarse de que su padre había fallecido. También su hermano Willem, y el hijo de éste, Christiaan, de 24 años, y otros miembros de su familia murieron como consecuencia de su encarcelamiento, pero de estas tristes noticias se enteraría mucho después.

Durante los cuatro meses que Corrie estuvo sola en su celda, pasó mucho tiempo leyendo los Evange-

lios. La vida y sufrimientos de Jesús se le hicieron más reales que nunca antes. Incluso empezó a ver que todo su sufrimiento podía tener un propósito. La muerte de Jesús había traído perdón a la humanidad. De la misma manera, ella sentía que Dios puede sacar algo bueno de los problemas por los que pasamos. Este pensamiento le dio valor y fortaleza renovada.

Cuando se restableció de su enfermedad, Corrie asistió a su primera audiencia. El oficial Rhams llegó a apreciar a esta valerosa mujer y a tener cierta complicidad con ella. Le gustaba oír detalles de su vida familiar y, según afirmó la propia Corrie, las conversaciones que mantuvieron los dos trajeron algo de felicidad en aquella etapa tan dura de su vida.

Pero esta dicha duró poco tiempo. Corrie, Betsie y otras reclusas fueron trasladadas a Vught, un campo de concentración en Holanda. Las condiciones eran terribles, mucho más severas que en el de Scheveningen. Si alguna norma se infringía, todo el campamento era castigado. A veces, los prisioneros eran enviados a un armario donde permanecían encerrados con las manos atadas por encima de sus cabezas.

Durante el día tenían que trabajar. Corrie fue puesta en una sección de la fábrica Philips, que hacía radios para los aviones alemanes. ¡Ella tuvo cuidado de cometer suficientes errores!

Después de unos meses en Vught, que parecieron una eternidad, Betsie, Corrie y otros prisioneros fueron trasladados, de nuevo, a otro campamento. Esta vez, a la tierra más temida: Alemania.

Tras cuatro largos días de viaje, los prisioneros llegaron a Ravensbrück, próximo a Berlín, el lugar más horrible en el que Betsie y Corrie habían estado. Al menos en Vught y Scheveningen, los presos eran llamados por sus nombres pero en Ravensbrück sólo eran un número.

Las condiciones de vida en este campo de concentración eran inhumanas. Probablemente más de 90.000 mujeres y niños murieron en Ravensbrück.

Los primeros dos días tuvieron que dormir a la intemperie. Con la lluvia, la tierra se volvió un mar de barro. Entonces fueron apretujadas en una barraca. Había sido construida para alojar a 400 personas, pero ahora había allí 1400 prisioneros. Tenían que dormir en colchones de paja llenos de pulgas. A los guardias no les gustaba ni siquiera entrar allí debido a las pulgas.

El llamado a la lista era a las cuatro de la mañana. Había 35.000 mujeres en el campamento, y si alguna faltaba, eran contadas una y otra vez. Así, a menudo esto duraba horas. Si las prisioneras no se ponían de pie, eran golpeadas con látigos.

El trabajo era sumamente duro. Corrie y Betsie tenían que cargar pesadas hojas de acero en carretas, empujarlas a cierta distancia y luego descargarlas. Todo el tiempo los guardias las azuzaban a trabajar más rápidamente. Al almuerzo, se les daba sólo una patata y un poco de sopa, y por la tarde un poco de sopa de nabo con un trozo de pan negro. Los prisioneros que hacían trabajo más ligero no recibían almuerzo.

Si las prisioneras se enfermaban, las guardias no las tomaban en cuenta a menos que su temperatura fuera más de 40C, lo que significaba que estaban gravemente enfermas. Entonces tenían que hacer una larga fila para el hospital del campo. Pero nada se hacía por ellas cuando llegaban allí. Si el hospital estaba lleno, los prisioneros más débiles eran puestos en camiones y llevados a las cámaras de gas. Luego sus cuerpos eran quemados. La chimenea alta sobre los hornos en el centro del campo siempre estaba eructando humo gris.

Este era «el infierno en la tierra» al que Corrie y Betsie habían venido. Sin embargo, cuando llegaron a Ravensbruck, Dios les mostró que Él todavía podía ayudarles, aun en un lugar tan terrible como este.

Cuando fueron dejadas en la barraca, las condiciones del lugar hicieron a las mujeres allí enfadadas y egoísta. Había discordias y peleas. Todas sufrían tanto que gastaban toda su energía en cuidarse.

Cuando Betsie notó esto, empezó a orar para que Dios pusiera paz en ese ambiente. Muy pronto la atmósfera cambió. Las mujeres se volvieron un poco más pacientes unas con otras. Incluso empezaron a hacer chistes sobre sus problemas.

Por la noche, después del duro día de trabajo y de una cena miserable, Corrie y Betsie sacaban la pequeña Biblia holandesa. Al principio un grupo pequeño se reunía a su alrededor para escuchar, y luego cada vez más mujeres se les unieron. Los guardias nunca entraron a detenerlas, debido a las pulgas. ¡De manera que

Corrie y Betsie agradecían a Dios por las pulgas!

Las mujeres venían de muchos países, incluso Polonia, Francia, Alemania y Rusia. Corrie traducía la Biblia del holandés al alemán, alguien más traducía del alemán al polaco, y así sucesivamente.

Bajo aquellas condiciones terribles, la bondad en las palabras de la Biblia resplandecía y su mensaje del amor de Dios traía consuelo. Con la muerte a su alrededor, la promesa de vida eterna y la gloria del cielo daban a las mujeres esperanza para el futuro.

Una noche cuando descansaban en sus literas, Betsie susurró a Corrie: «Puedo ver una casa, en alguna parte en Holanda. Es una casa bonita con un gran jardín. Hay un amplio vestíbulo con una escalera de madera tallada. Nosotros vamos a cuidar a las personas que han sido heridas en la guerra, hasta que ellos puedan vivir una vida normal de nuevo. Corrie, yo creo que Dios va a darnos una casa así».

Otro día, Betsie le dijo: «Corrie, cuando llegue el nuevo año ambas seremos liberadas. Dios me ha mostrado una visión. Debemos ir por todo el mundo y decirles a todos que no hay hoyo tan profundo que el amor de Dios no pueda alcanzar».

Sus palabras resultaron proféticas. Ese nuevo año, ambas alcanzaron libertad: Betsie falleció y Corrie abandonó el campo de concentración.

En efecto, Betsie, nunca había gozado de buena salud, así que pronto cayó enferma. Corrie suplicó a uno de los trabajadores de la cárcel que

llevaran a su hermana al hospital, pero aquel individuo se negó a hacerlo. Finalmente, cuando Betsie fue llevada al hospital ya era demasiado tarde. Corrie descubrió, días después, en la parte trasera del hospital varios cadáveres hacinados, uno de ellos era el de su hermana.

Sólo unos pocos días más tarde, llamaron a Corrie por su nombre. A ella le sorprendió porque estaba acostumbrada a ser sólo el prisionero 66730. Debía permanecer en el hospital por un tiempo y después quedaría libre. ¡Como consecuencia de un error administrativo, Corrie logró sobrevivir! Existía una lista con las mujeres, mayores de 50 años, que debían ser exterminadas. Corrie, que ya tenía 53, no figuraba en esa lista, de modo que no fue conducida a la cámara de gas, en la que murieron una semana después las miles de mujeres que aparecían en la lista. Fue puesta en libertad el 25 de diciembre de 1944.

Regresó a Holanda y pudo recobrar de los problemas de salud contraídos en prisión. Estuvo un tiempo en casa de Willem, en Hilversum, y luego pasó en su propia casa de Haarlem el último invierno de la guerra. Pero no permaneció inactiva; ella empezó a contar a pequeños grupos lo que había visto en la cárcel y cómo Dios había respondido a la oración.

En 1945, fue publicado su libro «*Gevangene en toch ... herinneringen uit Scheveningen, Vught, en Ravensbrück*», sobre sus experiencias durante la guerra, por la imprenta «Ten Have Jaar», de Amsterdam. Este fue el primero de muchos libros sobre el

amor de Dios, su trabajo en el mundo y su propia vida de fe. A partir de entonces, la escritura sería una parte importante de su ministerio.

Liberación y ministerio posterior

A los 53 años de edad, Corrie empezó un ministerio mundial para difundir su fe y sus experiencias en iglesias, universidades, escuelas, cárceles, etc., que la llevó a viajar por más de 60 países en los siguientes 33 años de su vida.

Su predicación se centró en el evangelio de Cristo, poniendo especial énfasis en el perdón. En su libro *Tramp for the Lord* (Vagabunda para el Señor, 1974), cuenta cómo, después de haber estado predicando en Alemania en 1947, se le acercó uno de los guardias más crueles del campo de Ravensbrück. Naturalmente, era reacia a perdonarle, pero se dijo a sí misma que sería capaz de hacerlo. Escribió que fue capaz después de perdonar, y que «durante un momento largo nos estrechamos las manos, el antiguo guardia y la antigua prisionera. Nunca había sentido tan intensamente el amor de Dios como lo sentí entonces». También escribió (en el mismo pasaje) que en su experiencia en la posguerra con otras víctimas de la brutalidad nazi, aquellos que fueron capaces de perdonar son los que mejor pudieron reconstruir sus vidas.

Poco después, fundó una casa de convalecencia en Bloemendal, destinada a la curación y el reposo de los sobrevivientes. Sintió que su vida era un regalo de Dios y que necesitaba compartir lo que ella y su hermana Betsie habían aprendido en el campo

de concentración: «No hay hoyo tan profundo que el amor de Dios no pueda llegar a él».

En 1968, el Museo del Holocausto en Jerusalem (Yad Vashem) le pidió que plantara un árbol en memoria de las muchas vidas de judíos que ella y su familia salvaron. Así lo hizo y ese árbol aún crece allí.

A principios de la década del 70, Corrie contó la historia de su familia y su trabajo durante la Segunda Guerra Mundial en otro libro, *El Refugio Secreto* (1971), que fue llevado al cine en 1975, con el mismo título, por *World Wide Pictures*, la rama de cine de la Asociación Evangelística Billy Graham. El libro y la película, que llegaron a ser muy populares entre los cristianos en Estados Unidos, dan contexto a la historia de Ana Frank, que también se ocultó en Holanda durante la guerra.

Posteriormente, se han publicado otros libros suyos. En español se han publicado «Amor, asombroso amor» (CLC); «Cada nuevo día» (EMH); «Misión ineludible» (Vida); «Cartas desde la cárcel» (Vida); «Reflexiones sobre la Gloria de Dios» (Kregel); «Casper ten Boom, varón de Dios» (Vida).

En 1978 sufrió un accidente cerebrovascular que la dejó paralizada. Murió en Placentina (California, EE.UU.), el 15 de abril de 1983, el día en que cumplía 91 años. Es notable que haya partido de este mundo en esa fecha en particular. Según la tradición judía, sólo a la gente muy bendecida por Dios se le concede el privilegio especial de morir en el mismo día de su cumpleaños.

Poco antes de su partida, la World Wide Pictures lanzó una película sobre su vida, titulada «*Corrie: The Lives She Has Touched*» (Corrie: Las vidas que ella ha tocado). Ella misma apareció en la película.

La sabiduría de una mujer madura

Corrie encontró el secreto para enfrentar la vejez: extraer directamente de Dios la provisión espiritual para cada día: «Quisiera poder decir que después de una larga y fructífera vida, viajando por el mundo, ya había aprendido a perdonar a todos mis enemigos. Y quisiera también poder decir que pensamientos de misericordia y caridad son los que en forma natural fluyen de mí hacia los demás. Pero no es así. Si hay algo que haya aprendido desde cuando cumplí mis ochenta años de edad, es del que no puedo almacenar los buenos sentimientos y las actitudes correctas, sino que cada día tengo que extraerlos frescos de la realidad de Dios».

Las experiencias de su vida le habían enseñado una valiosa lección sobre la soberanía de Dios. Su acompañante en sus últimos años, Pam Rosewell, comenta: «Ella parecía actuar con una certeza absoluta, con la convicción de que sus días estaban ya ordenados y que sólo debía recibir las instrucciones del Señor y limitarse a seguirlas».

Una de las claves para mantener su vitalidad se encuentra en una frase que ella solía repetir: «Aprende a ver las cosas grandes con la amplitud debida y las pequeñas con la restricción apropiada».

Corrie, rodeada de muchas activi-

dades, oraba por su cuidadora de esta manera: «Señor, espero que le ayudes a Pam a ver las cosas como tú las ves y que su vida sea menos tensa para que muchos lleguen a conocerte a ti».

Paradójicamente, la hija del relojero aprendió sobre el tiempo en la edad madura. Comprendió que Dios había querido llevarse a Betsie y dejarla a ella. Entendió que le había encomendado una misión de sanidad y perdón. No permitió que el tiempo la esclavizara, sino que aceptó la voluntad divina.

Pam Rosewell, que estuvo con Corrie en su lecho de muerte, describe lo siguiente: «Las tres (sus amigas y cuidadoras) permanecemos de pie al lado de tía Corrie mientras ella exhalaba su último aliento e iba con toda serenidad a la presencia del Señor Jesucristo. Poco antes de que Corrie nos dejara, la habitación estaba silenciosa y tranquila y, cuando voló al cielo, siguió reinando la misma quietud y la misma calma. Me volví a ver el pequeño reloj café. Falaban tres minutos para las once del día de su cumpleaños, 15 de abril de 1983, noventa y un años después del día de su nacimiento, con toda puntualidad».

Después de una relojería en Holanda, las atrocidades de un campo de concentración y una cama de inválida, como visitante de prisiones, palacios y detrás de la cortina de hierro, como escritora, actriz y conferencista, noventa y un años más tarde, Corrie por fin llegó a casa. Y llegó a tiempo.

La posteridad habla

El edificio ubicado en el número 19 de Barteljorisstraat, en Haarlem, no ha cambiado mucho desde los años ´40. Actualmente es más fácil y rápido llegar hasta allí, pues está sólo a quince minutos en tren desde Ámsterdam.

En 1987, la «Fundación Corrie ten Boom» lo compró y al año siguiente lo abrió al público como museo. El «refugio» es una exhibición permanente del Movimiento de Resistencia Holandés. En realidad, volvió a ser «la casa de puertas abiertas» para todo el mundo, tal y como la concibió la familia ten Boom según sus principios y su fe.

La historia de Corrie ten Boom no es nada más (ni nada menos) que la de una mujer común que hizo cosas extraordinarias. Ella, junto con muchas otras personas, como el pastor Etienne Trocmé, en Francia, y Dietrich Bonhoeffer, en Alemania, no callaron en el tiempo de la desdicha, de la persecución, y sobre todo en el momento de tergiversar la Palabra de Dios.

En años recientes, el estado de Israel condecoró póstumamente a Casper y a Betsie Ten Boom. El embajador de Israel en Holanda, Harry Kney-Tal, otorgó a título póstumo el premio «Righteous Among the Nations», en recuerdo a personas que durante el genocidio judío se comprometieron con las víctimas e hicieron frente al régimen nazi. El acto solemne fue realizado en Haarlem, la ciudad de los Ten Boom.

* * *

Jonás

A. T. Pierson

Palabra clave: Subversión

Versículo clave 3:2

Este profeta de Israel fue enviado en misión a los gentiles. Nínive, en la cumbre del orgullo y la prosperidad, debería ser advertida con respecto a una caída inminente y repentina. Jonás, correctamente, percibió que había señales de misericordia en el mensaje, y su propio sentido de justicia lo impulsó a dirigirse al oeste en lugar del este, hasta que en el vientre de un gran pez, él aprendió una lección de obediencia a Dios y compasión por los hombres.

El profeta no sentía empatía por las misiones extranjeras. Su preconceito nacionalista veía la elección de Israel por parte de Dios como un rechazo a las demás naciones. Su intolerancia religiosa no reconocía la misericordia por los gentiles. Su espíritu legalista tendía más bien a la venganza que a la gracia. Su temperamento desleal lo tornó mañoso y obstinado, trayendo sobre sí una severa corrección divina.

Omitir los elementos sobrenaturales de esta historia es negar la inspiración del libro. Este ha sido tratado como un sueño, una ficción, una fábula, una parábola, una apología o una alegoría. Jonás ha sido considerado un personaje histórico, encarado de forma simbólica, representando la combinación de dos reyes de Judá, Manasés y Josías; la nave representando la nación judía, y la tempestad, una crisis política. El capitán del barco representando al

sumo sacerdote Sadoc; el gran pez, el Líbano en Orontes, donde Manasés quedó aprisionado.

Sin embargo, tales interpretaciones hieren y debilitan no sólo la inspiración de la Palabra, sino también la divinidad de nuestro Señor, quien trató la narración de Jonás como real (Mat. 12:39-41).

La incredulidad egoísta y vengativa del hombre es contrastada aquí con la gracia, la paciencia y benevolencia de Dios. La planta ilustra al mediador, necesario para interponerse entre la cabeza del pecador y la irresistible gloria de la santidad de Dios.

Divisiones:

1. Jonás 1: la comisión de Jonás y su corrección.
2. Jonás 2: Su oración y liberación.
3. Jonás 3-4: Su comisión renovada y ejecutada.

Aunque las Sagradas Escrituras son un relato literal e histórico, con todo, por debajo de la narración, hay un significado espiritual más profundo.



Símbolos y tipos del Antiguo Testamento (14)

A. B. Simpson

Símbolos en la vida de Isaac

El sacrificio de Isaac

La expulsión de Ismael no puso fin a las tribulaciones del hijo del pacto de Abraham; todavía había de pasar una prueba más profunda y una lección más difícil, una

prueba y una lección que tienen su paralelo en toda vida consagrada. Una mañana llegó súbitamente un orden, que ponía fin a toda esta esperanza y felicidad con un decreto incomprensible e inexorable de muerte. *«Toma ahora a tu hijo, tu único, Isaac, a*

quien amas», es el mandato misterioso, «y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré».

Estamos acostumbrados a considerar esta escena principalmente desde el lado de Abraham y pensamos en la fe asombrosa y la fortaleza del corazón del padre que pudo renunciar no sólo a su afecto, sino también a la misma esperanza, fe y todo lo que le unía con el futuro prometido por Dios en una obediencia y sumisión ciegas, aunque con una fe inalterable a esta prueba extraña y espantosa. Todo esto es verdad y todo esto es digno de la sublime aprobación que Dios mismo ha puesto sobre ello. Era la prueba suprema de la fe y la obediencia de Abraham. Pero, ¿hemos considerado todo esto bien desde el punto de vista de Isaac? ¿Hemos pensado en todo lo que significaba para este muchacho sensible y tímido, la súbita e inesperada separación de la compañía de su madre, que tuvo que serle difícil, el viaje de tres días sin saber qué significaba, el extraño presagio en la angustia del rostro del padre que no podía hablar, pero tampoco podía esconder las sombras que pendían sobre él, la inocente pregunta: «¿Dónde está el cordero?», y la súbita explosión en su conciencia del significado pleno, cuando se vio atado y puesto sobre aquel altar, la sumisión silenciosa, todo ello más impresionante porque no se nos dice una sola palabra de su sufrimiento, el extraño horror de ver que su propio padre estaba a su lado con el cuchillo en la mano, y el terrible momento de agonía y espera que debe haberle parecido una eternidad

antes que la mano fuera impedida de consumir la tragedia?

Lo que podemos decir de Abraham podemos decirlo de Isaac, como si el sacrificio hubiera sido realizado. La amargura de la muerte pasada, y todo el tiempo y la eternidad no pueden hacer olvidar a Isaac los recuerdos de aquel momento. Había muerto realmente en la entrega de su voluntad y en su vida futura Isaac quedaba bajo la sombra de la vivencia de que era como uno que ha vuelto de la muerte. Así nos hablan de ello las Escrituras, y así debe haberlo experimentado.

No sólo hemos de ver en esto una figura, más clara que en ninguna otra, del sacrificio de Jesucristo por la mano de su Padre para nuestra salvación –un sacrificio que no se detiene porque no hay voz que diga: «Ahí hay un carnero que ocupará su lugar»–, sino que tiene otro mensaje de importancia equivalente para nuestra vida espiritual. Es para nosotros el símbolo de la muerte al yo y la entrega de nuestra vida interior a Dios que viene con frecuencia en la experiencia del cristiano, incluso después que ya ha empezado esta vida más profunda que vimos en la última sección. La expulsión de Ismael significó separación del pecado y de la carne. El sacrificio de Isaac significó la muerte del yo y la dedicación de la voluntad, la vida y el ser a Dios.

La prueba escrutadora se realiza de varias maneras, y el alma es llevada a rendirse a la voluntad de Dios, y en la hora del sacrificio, halla su vida, y «no vive en adelante para sí, sino para aquel que murió por él y

resucitó». A partir de entonces es fácil ceder en todo a la voluntad de Dios. El espíritu ha cedido y se ha inclinado. La cabeza ha sido colocada sobre el pecho de Jesús y la nota clave de la vida es: «No mi voluntad sino la tuya»; y si bien Dios nos devuelve incluso a Isaac; nos da su voluntad más alta y mejor a cada uno, a partir de ahora todo es diferente. Nuestra voluntad está unida a él, y tan unida con nuestra renuncia a nosotros mismos que ya no «vivimos nosotros sino que Cristo vive en nosotros». Así que hemos de aprender a deponerlo todo, no sólo lo malo, sino incluso lo bueno, en su altar, y considerar nuestras esperanzas más altas y nuestras promesas más dulces y sus divinas bendiciones y lo más íntimo de nuestra vida como suyo y todo para él, escribiendo sobre ello: «De él, y por él y para él sean todas las cosas: a quien sea la gloria para siempre jamás. Amén».

El casamiento de Isaac

La boda de Isaac y su cortejo de Rebeca es un ejemplo de amor sagrado tan hermoso a su manera como la historia de Eva, y tan lleno de encanto literario como de significado sagrado.

El hecho que Isaac tuviera sólo una esposa en una edad de poligamia, lo hace un tipo marcado de su ilustre Antitipo, el Señor Jesucristo, quien allega junto a sí a su cónyuge espiritual querida a la comunión de su gloria y de su reino. La esposa de Isaac fue escogida después de un consejo y cuidado explícitos entre sus parientes en la distante Mesopota-

mia; del mismo modo, Dios está llamando de entre el mundo remoto a un pueblo para su Hijo, una raza que está unida a él por lazos de parentesco de su misma sangre.

Eliezer, el siervo de Abraham, recibe el encargo de escoger a la novia, y es un tipo, tanto por su nombre como por su carácter, del Espíritu Santo, por medio del cual Dios nos está llamando y conduciendo a Cristo. Como el fiel siervo, el Espíritu bendito viene en su viaje largo y de lejos para buscar y hallar el alma que Él está cortejando. El Espíritu nos halla, como halló a Rebeca, en nuestra vida cotidiana y en los simples incidentes de nuestra experiencia humana, que con frecuencia llevan a las decisiones más importantes de la vida. Así como él presentó a Rebeca y a su familia las pretensiones de Isaac, y habló no ya de él, sino de su amo y del hijo, y de su riqueza y gloria, lo mismo el Espíritu Santo se retira tras su obra y su mensaje, y lo que procura hacer es revelarnos la gloria y hermosura y las pretensiones de Jesús respecto a nosotros.

Como Eliezer mostró a Rebeca los tesoros que Isaac había enviado y aun colocó algunos de ellos sobre su persona, lo mismo el Espíritu no sólo nos muestra las cosas preciosas de Cristo, sino que nos las da y nos bendice con las muestras de su amor incluso antes de nuestros esponsales y nuestra consagración incondicional. Como este antiguo mensajero, espera paciente un poco a que le demos la respuesta, y luego, como él, nos apremia a la llamada imperiosa: «¿Vas a ir con este hombre?». Como Rebeca,

cada uno de nosotros tiene que contestar por sí mismo. Cristo no quiere maridar a nadie en contra de su voluntad, sino que exige que la entrega sea gozosa, franca y libre. «Oye, hija, y mira, y pon atento oído: Olvida tu pueblo y la casa de tu padre, y se prenderá el rey de tu hermosura e inclínate ante él, porque él es tu Señor» (Salmo 45:10 y 11). La respuesta de Rebeca fue tan rápida e inequívoca como debería ser la nuestra. «¡Iré!», fue la respuesta que la unió para siempre a las esperanzas y destinos más gloriosos de la humanidad. No podía ofrecer nada, excepto ella misma; y esto es todo lo que Él requiere de nosotros. Los mismos vestidos de boda, y aun el velo en que tenía que ser presentada a Isaac, los trajo el siervo y se los entregó antes que ella se encontrara con su novio; y vestida con los vestidos recibidos, montada sobre el camello, guiada por el siervo, y totalmente consagrada para ser de él, emprendió la marcha para ir a su encuentro.

¡Qué cabalgata! ¡Qué cortejo! ¡Qué cuadro de nuestra permanencia! Así también nosotros podemos llevar los vestidos de boda, antes de habernos encontrado con él en la boda. Él no nos pide nada costoso, sino que nos da todo lo que requiere de nosotros. Si bien se nos dice en un versículo que «las bodas del Cordero han llegado, y su esposa se ha preparado», se nos dice también en el siguiente: «...se le ha concedido vestirse de lino fino, limpio y resplandeciente... las acciones justas de los santos». Sus vestidos eran «concedidos» como lo fueron los de Rebeca y como eran los

La expulsión de Ismael significó separación del pecado y de la carne. El sacrificio de Isaac significó la muerte del yo y la dedicación de la voluntad, la vida y el ser a Dios.

antiguos vestidos de boda a la misma puerta del palacio del rey. Le recibimos a Él en su propia hermosura y carácter y somos aceptados no por lo que somos, sino por lo que Él hace de nosotros y ha hecho para nosotros. La santificación, pues, es toda de gracia, porque «somos obra suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, que Dios ordenó para que pudiéramos andar en ellas».

Pongámonos, pues, nuestras vestiduras celestiales, y guardemos nuestros vestidos con santa vigilancia, «para que no andemos desnudos y vean nuestra vergüenza». Y como cuando Rebeca contempló a su señor que se acercaba, se envolvió con su velo, y lo recibió con una señal que él no podía confundir, lo mismo, cuando nosotros nos acerquemos a nuestro Señor, que no seamos hallados vestidos de nuestra propia justicia, sino de la que es de la fe de Cristo, llevando las ropas que todo el cielo reconocerá como las propias de la Esposa del Cordero.

La larga cabalgata al fin se acerca

al hogar, e Isaac sale a recibirlos. Es al atardecer, y los demás no ven el encuentro plenamente, cuando, unidos en un abrazo, entran en la tienda nupcial y Rebeca pasa a ser la esposa de la simiente escogida y la futura madre del mismo Redentor. Así también será dentro de poco; contemplaremos en el horizonte distante las señales del hogar, pero antes de que lleguemos, nuestro Señor se apresurará a venir a recibirnos. Puede que sea al atardecer de la vida. Será al atardecer de la historia del mundo; y nuestro encuentro con Él, en el aire, es posible que no sea visto por los enjambres que se mueven ajetreados por la tierra, pero nosotros le conoceremos y él nos reconocerá por las prendas que nos ha dado y por el vestido que llevamos y por el testimonio del Espíritu Santo que estará con nosotros todavía. ¡Feliz encuentro! ¡Bienaventurada esperanza! ¡Verdadero hogar! ¡La idea eterna de toda boda y de todo velo matrimonial y de todo latido del amor humano. Dios nos conceda que podamos hallarnos en esta feliz compañía.

Los pozos de Isaac

Las últimas escenas de la vida de Isaac no están exentas de nubes. En una hora de prueba y de hambre parece que Isaac obró prescindiendo del consejo divino. Descendió a la tierra de los filisteos, donde había abundancia de comida y disfrutó de una extraordinaria prosperidad mundana, pero en tanto se halla allí no tenemos registrado ningún caso en que disfrutara de la divina presencia, y se vio constantemente envuelto en pro-

blemas con los habitantes de la tierra. Parece seguro que en esto obró equivocado y ha pasado a ser un ejemplo para nosotros de las tribulaciones innecesarias y las pérdidas espirituales inevitables que se siguen de una desobediencia, incluso tácita, y de actuar conforme a la sabiduría, prudencia y voluntad propia.

Isaac obedeció en cuanto no descendió a Egipto; pero salió de su territorio un poco. Lo mismo nosotros, sin entregarnos al mundo, podemos tocar su espíritu y vernos complicados en sus embrollos, por lo que podemos aprender la lección de Isaac.

El primer problema fue debido a la falta de agua; y cuando cavaron los pozos necesarios, o más bien, abrieron los antiguos pozos de Abraham, los enemigos lucharon con ellos y reclamaron prioridad en el derecho a los pozos. El mundo fácilmente se va a salir con la suya cuando nosotros luchamos en un terreno que nos es prohibido. Isaac mostró por lo menos el poder de la gracia en el espíritu que manifestó, a pesar de su error. No contendió con ellos, sino que fue apartándose de pozo en pozo, dejándoselos en posesión y llamando los pozos con los nombres sugeridos por sus amargas experiencias: «Rencilla», «Odio» y finalmente «Ensanchamiento», cuando al fin le dejaron en paz. Siempre hallaremos espacio cuando, como él, seguimos un curso de mansedumbre y preferimos un sacrificio temporal a una lucha impropia.

Esta característica de paciencia y resistencia aparece más fuerte en

Isaac que en ningún otro de los patriarcas, y tiene su raíz real en su propio sacrificio, por el que pasó en el monte Moriah. De modo que los que han muerto con Cristo una vez por todas, no van a hallar difícil morir diariamente en las innumerables cruces de las pruebas de la vida.

Al fin salió del todo de la tierra en que se hallaba y plantó sus tiendas en Beerseba, en la tierra de promisión. Inmediatamente, aquella misma noche, Dios se le apareció como prueba de su aprobación, y renovó con él el pacto, en tanto que su siervo le llevaba las noticias de un pozo reciente y valioso que había derramado agua abundante sobre el campamento. Le dieron el nombre del pacto que acababa de ser renovado y lo llamaron Seba, o sea, el «pozo del juramento». Y lo mismo veremos nosotros que un decidido retorno a la línea exacta del pacto de Dios nos traerá liberación de nuestras tribulaciones, la presencia de Dios y fuentes de bendición.

No sólo esto, sino que los filisteos estuvieron contentos de acudir a

Beerseba y solicitaron una alianza con Isaac y con su tribu. El hombre a quien habían perseguido y a quien habían requerido que saliera de su presencia, en tanto que se hallaba a su nivel, era buscado como amigo y consejero cuando se colocó en el lugar que le correspondía y se separó de ellos.

Así nosotros nunca podemos bendecir al mundo hasta que nos hemos separado de él, y nunca podemos elevarlo hasta que nosotros estamos en un plano más alto que el suyo. El hombre que no teme perder su influencia es el hombre a quien Dios da influencia sobre los demás. El hombre que está dispuesto a arriesgar la pérdida de la amistad del mundo, por amor de Dios, es el hombre a cuya puerta el mundo va a acudir en su hora de necesidad para encontrar consuelo, ayuda y bendición celestial.

¡Seamos fieles a Dios! Mantengámonos siempre dentro de los confines de nuestra herencia, y Dios nos bendicirá y hará de nosotros bendición.

(Continuará)

* * *

Citas escogidas

El egoísmo es un pecado y una maldición. Quienes le dan a Dios, nunca pierden. En realidad, lo único que realmente ahorramos es lo que le damos a Dios. El resto, todo lo demás, se pierde.

Frank Bartleman

Los mejores momentos de la historia de Jonás son los que pasó en el vientre del gran pez que lo había tragado. Al principio del libro, él desobedece; al final se enoja y murmura. Pero en lo profundo del abismo, lo vemos orando y adorando.

Anónimo

Lecturas: 1ª Juan 1:1-7.

El testimonio de Juan

El apóstol Juan inicia su primera carta hablando sobre la comunión. *«Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocan-*

te al Verbo de vida» (1ª Juan 1:1). La comunión es algo muy personal; es algo que se experimenta. Tú no puedes compartir con otros o dar testimonio a otros acerca de algo que no hayas visto u oído. La comunión está basada en aquello que tú viste u ois-



Viendo a **Cristo**
en la **comunión**
cristiana (2)

te, y a causa de eso, tú puedes testificar y compartir. Siendo así, cuando tú compartes y das testimonio, las otras personas van a percibir aquello que tú viste y van a oír aquello que tú oíste. En eso reside el gozo de la comunión.

1ª Juan 1:1, comienza diciendo: «*Lo que era desde el principio...*». Pero, ¿qué había en el principio? «*En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios*». Juan está intentando compartirnos la Palabra de vida. Él es el principio; Él es desde el principio; Él es Dios eterno.

Aun en el primer versículo de 1ª Juan 1, él va a proseguir diciendo: «*...lo que hemos oído...*». ¿De quién hemos oído? Nosotros oímos a los profetas del pasado aquello que en el principio era desconocido, mas Dios habló a nuestros padres por medio de los profetas muchas veces y de varias maneras. Aquél de quien habíamos oído, nosotros le hemos visto con nuestros propios ojos, cuando la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros.

Juan dirá: «*...lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado...*». La palabra *contemplar*, utilizada por Juan en este versículo, significa, de acuerdo con el original, contemplar con la mirada fija, atenta. O sea, tú lo miras a Él atentamente, lo contemplas de modo persistente y continuado, hasta que puedas percibir algo que no puede ser visto por aquellos que no lo contemplan. Tú recibes revelación. «*Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre)*» (Juan 1:14). A

medida que tú contemplas, el Espíritu de Dios te revela quién es Jesús realmente. Así, vamos a descubrir en el primer versículo de 1ª Juan 1, que él tenía revelación acerca de este hombre llamado Jesús.

Él prosigue diciendo: «*lo que ... palparon nuestras manos...*». ¿Cuándo ocurrió esto? Después de la resurrección de nuestro Señor Jesús, el Señor habló a Tomás: «*Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y mézclala en mi costado...*». El Señor está diciendo que ellos podían tocarlo y comprobar el hecho de que él había resucitado.

En estos primeros versículos de 1ª Juan 1, por tanto, nos es narrada la historia completa. Se nos dice que el Hijo de Dios se hizo hombre y murió por nosotros y fue resucitado de entre los muertos. Él es la Palabra de vida, y aquí vemos cómo esta vida se manifestó en carne en la persona del Señor Jesús, y cómo Juan y los discípulos habían sido testigos oculares y ahora nos estaban dando testimonio acerca de la vida eterna.

La vida eterna no es algo aparte de Dios; no, simplemente es algo que Dios nos da. La vida eterna es su propio Hijo, es Él mismo. Él es el verdadero Dios, él es la vida eterna. La vida eterna es más que una mera existencia sin límite temporal; la vida eterna es más que una vida sin fin; la vida eterna es una vida de primera calidad. Y Dios es la vida eterna.

Esta vida eterna, dice el apóstol, nosotros hemos visto y oído. Ellos habían experimentado personalmente esa vida eterna, y por eso daban testimonio de ella, compartían esa

vida con nosotros. A medida que ellos comparten la vida con nosotros, nosotros la recibimos, obtenemos vida eterna; nosotros oímos y vimos la Palabra de vida.

Entonces el apóstol va a proseguir diciendo que él nos dio testimonio de lo que vio y oyó, para que nosotros también pudiésemos tener comunión con ellos. Con eso, Juan estaba diciendo: Nosotros estamos compartiendo con ustedes lo que nosotros tenemos, para que ustedes puedan tener participación en las mismas cosas que nosotros; pero ustedes no pueden olvidar que esta comunión entre nosotros tiene sus raíces y fundamento en la comunión que el Padre tiene con el Hijo. No estamos compartiéndonos a nosotros mismos a ustedes.

De ninguna manera. Por ejemplo, cuando Pedro tiene comunión con ustedes, él no se está compartiendo a sí mismo; está compartiendo contigo al Cristo que está en él. Nuestra comunión es con el Padre y con el Hijo.

En el versículo siguiente, 1ª Juan 1:4, Juan dice: *«Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido»*. Amados hermanos, no hay nada que nos haga más dichosos que la comunión verdadera. Cuando tenemos comunión con nuestros hermanos, estamos en verdad teniendo comunión con el Padre y con el Hijo. ¿Hay algo más lleno de gozo que esa comunión? Al tener comunión con tus hermanos, tú tienes comunión con Cristo y, de la misma manera, al tener comunión con Cristo, tú tienes comunión con tus hermanos. ¡Qué completa es esta comunión! La comunión es experimentar el cielo aquí en la tierra.

La práctica de la comunión

Ya vimos cuáles son los principios que rigen la comunión; veamos ahora el aspecto práctico de la comunión. Como ya se mencionó, la comunión se basa en la vida; por esa razón, la práctica de la comunión debe ocurrir en sintonía con la vida. Y eso es evidente, pues no es posible que haya comunión aparte de la naturaleza de la vida, de la vida eterna. Esta vida eterna que hemos recibido tiene su naturaleza, su carácter, y tu comunión sólo estará creciendo cuando tú estés creciendo de acuerdo con esa naturaleza y carácter. Pero nosotros sufriremos si, por alguna razón, violamos la naturaleza de esta vida, y nuestra comunión tendrá impedimentos.

Ese es el tema de la primera carta de Juan. La iglesia del primer siglo comenzó a perder su primer amor, porque de alguna forma había perdido la visión de Cristo. Su visión de la persona de Cristo era débil, oscura, parcial. Por esa razón, la comunión entre ellos estaba muy debilitada, llena de obstáculos, y en algunos casos, aun interrumpida. Por tanto, Juan estaba intentando ayudarlos a desarrollar y a acrecentar su comunión.

La comunión es algo vivo. Todo lo que es vivo, crece. Pero, si el crecimiento se detiene, entonces viene la muerte. Lo mismo sucede con la comunión. Nosotros nunca llegaremos a un punto en el cual podamos decir que alcanzamos la cumbre y ya no necesitamos crecer más. Eso significa la muerte. La comunión entre el Padre y el Hijo crece siempre y nunca llega al fin, y lo mismo sucede con

nuestra comunión. ¿No les parece que este es un hecho maravilloso?

Dios es luz

En 1ª Juan, el carácter o naturaleza de Dios es mencionado en tres aspectos: Dios es luz, Dios es justicia y Dios es amor. *«Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en*

ter de Dios, su naturaleza. Él es puro, brillante, glorioso. En él no hay tinieblas ni sombra, ni mudanza ni variación alguna. Él es la plenitud de luz. La luz es Dios mismo. *«En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres»* (Juan 1:4). La vida está en Cristo, la vida está en el Hijo, y esta vida es la luz de los hombres. En el capítulo 8 de su evangelio, Juan escribió: *«Yo soy*

Cuando tenemos comunión con nuestros hermanos, estamos en verdad teniendo comunión con el Padre y con el Hijo. ¿Hay algo más lleno de gozo que esa comunión?

él» (1:5). En este texto está escrito que Dios es luz. Aquí, la palabra luz se refiere a la persona de Dios, su naturaleza y carácter. En un párrafo anterior se menciona la palabra luz refiriéndose a la interpretación de las Escrituras. Sabemos que la Palabra es lámpara a nuestros pies y luz para nuestros caminos.

La palabra de Dios es luz; pero cuando Juan, en este versículo, dice que Dios es luz, no se está refiriendo a la interpretación de las Escrituras, pues está hablando con respecto a la comunión. La comunión no se basa en la luz que tú tienes con respecto a la palabra de Dios, no se basa en la forma en la cual tú interpretas la palabra de Dios. La comunión se basa en la luz. Pero, ¿cuál es esa luz sobre la que se basa la comunión? ¡Es el propio Dios! Dios es luz. ¿Entienden la diferencia?

En ese versículo, la luz es el carác-

ter de Dios; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (v. 12).

Hermanos, la vida que nosotros recibimos es Cristo, y esta vida tiene la naturaleza de la luz. En otras palabras, la vida que tú tienes en Cristo es su luz; él es la luz de la vida. Esa luz va a brillar en ti y, a medida que ella brilla, tú andas. No es posible caminar en las tinieblas, pues si andamos en ellas, tropezaremos. Nosotros, los cristianos, no andamos por reglas o regulaciones externas – andamos por la luz que hay en nosotros.

A medida que seguimos al Señor, la luz en nosotros brillará, resplandecerá en la medida exacta para iluminar tu próximo paso. Esa luz no va a iluminar toda la jornada de tu vida, pero será suficiente para el próximo paso. Si tú obedeces a la luz de la vida, entonces tú andarás con el Se-

ñor. A medida que tú andas, tus pasos van siendo iluminados. En cada paso que tú des, brillará la luz para el próximo paso, ¡y en eso consiste el crecimiento cristiano!

Cuando Juan escribió: «...*pero, si andamos en luz, como él está en luz...*», él no está diciendo con eso que el andar en luz es algo opcional para nosotros, pues nosotros, los creyentes, debemos andar en luz. ¿Dónde está la luz? De nuevo, quiero decir aquí que la luz, en este contexto, no se refiere al modo en que interpretamos la Palabra, pues hay muchas interpretaciones diferentes. La luz es la luz de la vida; tú debes seguir la vida.

Esa misma realidad puede expresarse de la siguiente manera: aquel que anda según el Espíritu, anda en vida y paz (ver Romanos 8). O sea, si tú sigues la luz en ti a medida que ella brilla sobre tu camino, y fueres obediente a ella, entonces Dios está en esa luz.

Sin embargo, aquí es necesario hacer una distinción: nosotros andamos en luz, y Dios está en luz. Dios mismo es luz, y él vive en luz inaccesible. Su luz es plena, perfecta, total. Dios es santo, puro, glorioso. Pero nosotros andamos en luz de vida a medida que ésta brilla sobre nuestro camino, y al hacer esto acontece algo maravilloso – tenemos comunión con Dios.

No hay comunión entre la luz y las tinieblas (ver 2ª Cor. 6:14). Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Y nosotros, aunque tengamos la luz de la vida, tenemos muchas tinieblas a nuestro alrededor y en nosotros mismos. Por tanto, ¿cómo es po-

sible que Dios tenga comunión con nosotros? Solamente por su misericordia y su gracia. Dios está en la luz, y él es luz. Nosotros tenemos la luz de la vida en nosotros, y Dios nos está diciendo: Andad en esa luz. Así que, cuando la luz ilumina el próximo paso, damos el próximo paso.

En lo que se refiere a nuestra experiencia, hay una diferencia insuperable entre el grado de nuestra luz y el grado de luz que Dios mismo es; pero es necesario recordar que la calidad, la naturaleza de esa luz, es la misma. Por eso Dios nos dice: ‘Desde que tú andas en la luz, tendré comunión contigo. Aunque aún haya tinieblas en ti, ellas no interferirán en la comunión, porque tú fuiste obediente a la luz de la vida que posees hoy’.

Sin embargo, lo contrario también es verdad: si tú no andas en la luz de la vida que te fue dada, entonces estarás en tinieblas y no tendrás comunión con Dios hasta que confieses tus pecados. Cada cristiano debe aprender a andar fielmente en la luz de la vida que le fue dada, pues eso es de extrema importancia, fundamental y básico, a fin de que nuestra comunión con el Padre y con el Hijo no sea interrumpida.

También es preciso considerar que hay diferencias entre las personas. Algunos sólo andan como pequeños bebés, en los cuales la vida aún es naciente, y por eso tienen poca luz. No obstante, si ellos andan en obediencia a la luz que poseen, está correcto. Su comunión con Dios no es interrumpida. Pero después de un tiempo, estas personas van a crecer y hacerse jóvenes. A medida que su

vida crece, su luz aumenta, y si fueres obediente, tendrás comunión con Dios.

En la siguiente etapa de crecimiento, se pasa de la edad juvenil a la edad adulta; los jóvenes llegan a ser padres, y la luz va a brillar con mayor intensidad, y ellos también necesitan obedecer. Si no hay obediencia, tú estarás en tinieblas y la comunión será interrumpida. Eso significa una sola cosa – esta comunión con el Padre es algo vivo. Esa es la razón por la cual no debemos juzgarnos unos a otros. Tú no puedes usar tu patrón como medida y exigir que tu hermano o hermana ande según ese mismo modelo, pues él puede ser aún una criatura y, considerando que él sea una criatura, él está viviendo en obediencia a la luz que tiene. Puede ser que tú ya seas un joven y sepas más. En este caso, tú precisas ser aun más fiel. Si no eres fiel, entonces serás incluso peor que una criatura.

Juan continúa diciendo, en ese mismo versículo: *«...pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros»* (v. 7). Es muy interesante observar que la expresión *«unos con otros»* no se refiere a la comunión entre nosotros y el Padre y el Hijo, sino más bien a nuestra comunión con nuestros hermanos, nuestros compañeros de fe. Si andamos en luz, como él está en luz, tendremos comunión unos con otros. Al contrario, si no andamos en luz, nuestra comunión con el Padre y con el Hijo no estará en orden, y no podremos tener comunión con nuestros hermanos. Pienso que no es difícil entender esta verdad.

Al final de 1ª Juan 1:7, el apóstol dice: *«...y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado»*. Consideremos, pues, el profundo significado de esto. A medida que tenemos comunión con nuestros hermanos, a medida que la luz y la vida son compartidas mutuamente, ¡la luz crece! Tal vez un hermano sea como la luz de una vela, pero a medida que éste tiene comunión con otro hermano que también es como la luz de una vela, ya tenemos la luz de dos velas juntas – la luz habrá crecido. Y, a medida que la luz crece, tú vas a percibir que, con anterioridad, tus tinieblas nunca habían sido expuestas. Gracias a Dios, la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado, y nosotros crecemos en vida.

Por otro lado, si no ocurre nada cuando tú tienes comunión con tu hermano, eso significa que hay algo errado en esta comunión. Cuando tú tienes comunión con tu hermano, ¿eres convencido de cosas que están erradas en tu vida? A menudo somos convencidos de pecado cuando tenemos comunión con nuestro hermano, porque la luz de la vida en él comienza a brillar sobre nuestra vida e ilumina un área que está en tinieblas. En ese momento, tú comienzas a ver, y a causa de eso, confiesas, y la sangre de Jesús nos limpia, y nuestro carácter es purificado. ¡En eso consiste la gloria de la comunión!

No piensen que la comunión es algo fácil, que no requiere esfuerzo alguno. No piensen que la comunión es simplemente pasar un buen tiempo juntos. No, mis hermanos, muchas veces la comunión tiene un costo

muy alto, porque si tú tienes el coraje de tener comunión con tus hermanos, te estás abriendo y exponiendo. Pero, al mismo tiempo, eres libertado.

¿Te atreves a tener comunión con Dios? No pienses que la comunión con Dios es sólo tener rosas, pues también hay espinas. Muchas espinas, mucha purificación, mucho vaciarse de sí mismo, muchas obras a

ser hechas en nuestra vida; mas, gracias a Dios, no hay nada más glorioso que los frutos de tal comunión.

Avanzamos en la comunión de acuerdo con la vida. Dios es luz; tú andas en luz. Dios es justo; tú practicas la justicia. Dios es amor; tú amas a tu hermano. Y, al hacer estas cosas, la comunión aumenta, crece. Que el Señor nos bendiga.

* * *

Cristo está firme

El predicador británico F. B. Meyer escribió una vez acerca de dos alemanes que querían escalar el monte Matterhorn. Emplearon tres guías y comenzaron a realizar el ascenso. Se ataron entre sí en este orden: guía, viajero, guía, viajero, guía.

Habían recorrido sólo un corto trecho cuando el último hombre perdió pie. Lo sostuvieron los otros cuatro, porque cada uno tenía un asimiento en los nichos que habían cortado en el hielo. Pero el siguiente hombre resbaló y arrastró a los dos que estaban por encima de él. El único al que se podían agarrar era el primer guía, el cual había perforado el hielo profundamente. Debido a que él siguió firme, los demás hombres que estaban debajo pudieron volver a poner los pies en el hielo.

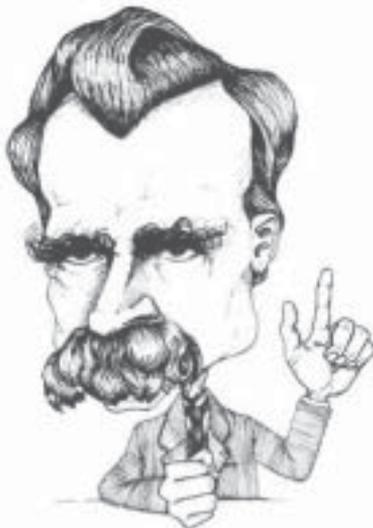
Meyer concluyó su historia haciendo una aplicación espiritual. Dijo: «Yo soy como uno de esos hombres que resbalaron, pero gracias a Dios que estoy atado en una unión viva con Cristo. Y puesto que él permanece firme nunca pereceré».

Atada al pasado

El musical de Andrew Lloyd Webber, *Sunset Boulevard*, cuenta la historia de Norma Desmond, una antigua estrella del cine mudo. Cuando las películas habladas se pusieron de moda, ella perdió a su público. Al envejecer, ella añoraba la gloria de su pasado. En su mente, las expresiones faciales mudas solas constituían una buena película, no el diálogo. Debido a que Norma vivía en el pasado, su vida terminó en tragedia.

Muchas personas viven atadas al pasado, que llega a ser una carga de muerte. Pero la vida del cristiano es un presente que mira hacia el futuro. "Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús!" (Fil.3:13-14).

HDF, en Nuestro Pan Diario, 2008 (adaptado)



El aporte¹ de Sigmund Freud y Friedrich Nietzsche

Rubén Chacón

Siguendo con la vertiente existencialista y su análisis de la condición alienada del hombre en el mundo, consideraremos ahora, según palabras de Paul Tillich², el

aporte de Sigmund Freud y Friedrich Nietzsche a dicho análisis.

Las marcas de la alienación del hombre

Para Tillich, tres son las marcas de la alienación del hombre. La primera es la «descreencia», donde el hombre separa su centro del centro divino. La segunda marca es la «hybris», donde el hombre, no sólo sepa-

¹ Por "aporte" nos referimos a la confirmación que hacen de la condición caída de la naturaleza humana.

² «Teología Sistemática», Salamanca, Ediciones Sígueme, vol. II, 1981.

ra su centro del centro divino, sino que se constituye en centro de sí mismo y de su mundo. Esto último es la «hybris» o «autoelevación».

La tercera marca de la alienación es la «concupiscencia» que no es otra cosa que el deseo ilimitado de vincular toda la realidad al propio yo. «Este deseo hace referencia a todos los aspectos de la relación que establece el hombre consigo mismo y con su mundo. Hace referencia tanto al hambre física como al sexo, tanto al conocimiento como al poder, tanto a la riqueza material como a los valores espirituales». «El carácter **ilimitado** del deseo de saber, del deseo sexual y del deseo de poder es lo que convierte tales deseos en síntomas de la concupiscencia. Y esto es manifiesto en dos descripciones conceptuales de la misma: la «libido» de Freud y la «voluntad de poder» de Nietzsche».

Descripción conceptual de la concupiscencia: La «libido» de Freud

«Según Freud», dice Tillich, «la libido es el deseo ilimitado del hombre de librarse de sus tensiones biológicas, en especial de sus tensiones sexuales, y lograr que la descarga de tales tensiones le produzca placer. Freud demostró la presencia de elementos libidinosos en las experiencias y las actividades más altamente espirituales del hombre y, con ello, redescubrió las intuiciones subyacentes en la tradición monástica del riguroso examen de conciencia, tal como se practicaba en el cristianismo primitivo y medieval. La importancia que Freud atribuye a estos elementos,

que son inseparables de los instintos sexuales del hombre, está plenamente justificada y concuerda con el realismo de la interpretación cristiana de la condición del hombre. No deberíamos rechazar el pensamiento freudiano en nombre de unos falsos tabúes sexuales que sólo son seudo cristianos. Freud, en su leal realismo, tiene más de cristiano que estos tabúes. Desde un ángulo específico, describe con toda exactitud el significado de la concupiscencia. Esto es particularmente obvio en la forma como describe las consecuencias de la concupiscencia y su anhelo nunca satisfecho. Cuando habla del «instinto de muerte» (... que traduciríamos mejor por «tendencia a la muerte»), nos ofrece una descripción del deseo de eludir el dolor que suscita la libido nunca satisfecha. El hombre, como todo ser superior, desea retornar al nivel inferior de la vida del que procede. El sufrimiento de vivir en el más alto nivel le induce a refugiarse en el nivel inferior. La libido que, esté o no esté reprimida, nunca es satisfecha, es lo que suscita en el hombre el deseo de desembarazarse de sí mismo en cuanto hombre. En estas observaciones acerca del «desagrado» que el hombre siente por su creatividad, Freud cala más hondo en la condición humana que la mayor parte de sus seguidores y críticos. Y es de aconsejar que, **hasta este punto**³, el teólogo que quiera ofrecernos una interpretación de la alienación humana, siga los análisis de Freud».

³ Hasta el punto del análisis, pero no de las soluciones.

«El carácter ilimitado del deseo de saber, del deseo sexual y del deseo de poder es lo que convierte tales deseos en síntomas de la concupiscencia» (Tillich).

Análisis incompleto

«Pero la teología no puede aceptar la doctrina freudiana de la libido como una reinterpretación suficiente del concepto de concupiscencia.

Freud no vio que su descripción de la naturaleza humana sólo se adecua al hombre en su condición existencial, pero no en su naturaleza esencial. Lo inextinguible de la libido es una marca de la alienación del hombre que contradice su bondad esencial o creada. En la relación esencial del hombre consigo mismo y con su mundo, la libido no es la concupiscencia. No es el deseo infinito de vincular el universo a la existencia particular de uno, sino un elemento del amor unido a sus otras cualidades –*eros*, *philia* y *ágape*. El amor no excluye el deseo: asume la libido. Pero la libido que va unida al amor no es infinita. Como todo amor, tiende hacia la persona determinada con la que quiere unirse el portador del amor. El amor quiere al otro ser, y lo quiere en forma de libido, eros, philia y ágape. La concupiscencia, o libido distorsionada,

quiere el propio placer que le procura el otro ser, pero no quiere a ese otro ser. Tal es la enorme diferencia que media entre la libido como amor y la libido como concupiscencia. Freud no estableció esta diferencia debido a su actitud puritana con respecto al sexo: el hombre sólo puede llegar a ser creador a través de la represión y la sublimación de la libido. En la concepción de Freud, ningún eros creador incluye al sexo. Comparado con hombres como Lutero, Freud es un asceta en ésta su presuposición fundamental acerca de la naturaleza del hombre. El protestantismo clásico niega estas presuposiciones en cuanto se refieren al hombre en su naturaleza esencial o creada, ya que en ésta es real el deseo de unirse con la persona que es objeto de su amor por el bien de ella. Y este deseo no es infinito sino preciso. No es concupiscencia sino amor.

Descripción conceptual de la concupiscencia: La «voluntad de poder» de Nietzsche

La otra descripción conceptual de la concupiscencia, la «voluntad de poder», la aportó Nietzsche. La influencia de este concepto sobre el pensamiento contemporáneo se ha ejercido, entre otros cauces, a través de los psicólogos de la profundidad, que han interpretado la libido humana más bien en términos de poder que en términos de sexo. Nietzsche sigue la doctrina de Schopenhauer, que considera a la voluntad como el ansia infinita de poder en todo ser viviente, ansia que en el hombre engendra el deseo de alcanzar la quie-

tud por la autonegación de la voluntad. En este punto es obvia la analogía que existe entre Schopenhauer y Freud. Para ambos, el anhelo infinito y nunca satisfecho es el que conduce al hombre a su autonegación. Nietzsche, en cambio, trata de vencer esta tendencia a la autonegación apelando con toda energía a un coraje que asume las negatividades del ser. En este punto, se halla manifiestamente influido por el estoicismo y el protestantismo. Pero, a diferencia tanto del uno como del otro, no nos indica las normas y principios por las que debemos juzgar la voluntad de poder. Esta es siempre ilimitada y posee rasgos demoníaco-destructivos. Es, pues, un nuevo concepto y un nuevo símbolo de la concupiscencia».

La necesidad de entender la «voluntad de poder» como símbolo⁴

«La 'voluntad de poder' es, en parte, un concepto y, en parte, un símbolo. No debe entenderse, pues, en su sentido literal. La «voluntad de poder» no significa ni la voluntad como un acto psicológico consciente ni el poder como el control que ejerce el hombre sobre el hombre. La voluntad consciente de adquirir poder so-

⁴ «Que apunta más allá de sí misma».

bre los hombres está enraizada en el deseo inconsciente de afirmar el propio poder de ser. La «voluntad de poder» es un símbolo ontológico de la autoafirmación natural del hombre en cuanto éste posee el poder de ser. Pero no está limitada al hombre, sino que es una cualidad de todo cuanto existe. Pertenece a la bondad creada y es un símbolo poderoso de la autorrealización dinámica que caracteriza la vida.

Sin embargo, como la libido freudiana, también la «voluntad de poder» nietzscheana resulta borrosa si es descrita de tal forma que no queda claramente establecida la diferencia entre la autoafirmación esencial del hombre y su deseo existencial de ilimitado poder de ser».

«No la libido en sí ni la voluntad de poder en sí son características de la concupiscencia. Ambas pasan a ser expresiones de la concupiscencia y la alienación cuando no están unidas al amor y, por consiguiente, carecen de todo objeto determinado». «El amor como tendencia que pugna por reunir lo que está separado constituye lo opuesto a la alienación. En la fe y el amor el pecado es vencido, porque la alienación queda superada por la reunión».

(Continuará).

* * *

El arrepentimiento no es algo que Dios exige de nosotros antes de recibirnos de nuevo, y que podría perdonarnos si quisiese; es sencillamente una descripción de cómo es el regreso.

C. S. Lewis

Dios no llama a los calificados; califica a los llamados.

Anónimo

Me dijeron que no creyera en Jesús. Pero nadie me dijo en qué debería creer.



«Yo no creo en Jesús»

Joseph Steinberg¹

Mis padres no habrían podido escogido un tiempo peor para mudarnos, pensé. Es verano; y no conozco a nadie en la vecindad. Yo podía ver a algunos tipos jugando básquetbol a poca distancia de allí. El pensamiento de ir a ellos me sobreco-
gió, pero comprendí que yo tendría

que hacer el primer movimiento – Ellos no iban a venir a mí.

«¡Oye!». Mis pensamientos fueron interrumpidos por un chico en la puerta de la casa vecina. Yo no lo ha-

¹ Joseph y su esposa Jane trabajan hoy con *Judios para Jesús* (www.jewsforjesus.org) en los Estados Unidos.

bía notado, sentado pasos más atrás. Él se acercó caminando, y nos encontramos en el medio.

«Me llamo Mark».

«Yo soy Joseph».

Al poco rato, Mark me contaba que él había estado en las drogas y tenía muchos problemas, pero entonces oyó hablar de Jesús, de cómo él murió en la cruz para salvarnos del pecado, cómo él resucitó, y cómo cualquiera que cree en él vivirá para siempre.

«Eso es lo que yo creo», dijo él. «¿Qué crees tú?».

«Bueno», dije, «yo soy judío. Yo no creo en Jesús».

«Te pregunté en qué crees, no en lo que no crees», replicó.

No supe qué decir. Siendo miembro de una de las pocas familias judías en Richmond, Virginia, yo me preguntaba mucho por mis creencias. «Yo no creo en Jesús» era mi respuesta normal, y eso por lo general impedía a las personas sondear más profundo.

Mark se dio cuenta de mi vacilación y me preguntó si yo alguna vez había leído la Biblia. Yo sacudí mi cabeza. «Deberías hacerlo», me dijo.

Conversamos largo rato. Yo estaba muy interesado en todo lo que él decía. Yo siempre me había preguntado si había un Dios. A menudo me desvelaba preguntándome qué pasaría cuando yo muriera. Aunque mis padres y yo teníamos mucha confianza, nunca hablábamos sobre cosas como esas. Sólo íbamos a la sinagoga unas pocas veces al año, por las fiestas judías. Así que yo nunca había tenido respuesta a mis preguntas.

Mark picó mi curiosidad. Él me hizo querer averiguar lo que era realmente la Biblia. Horas más tarde, yo tomé la Biblia hebrea de mi padre, el Tenach. Básicamente, es igual que el Antiguo Testamento de la Biblia que leen los cristianos, pero los libros están en orden diferente.

Me acosté y abrí el libro, recordando algo que Mark había dicho: «Si decides leer la Biblia, ¿por qué no oras antes de hacerlo, y le pides a Dios que te muestre si es o no verdad?». Y eso es lo que hice. Y desde ese día en adelante empecé a leerla casi todos los días. El lenguaje parecía algo pasado de moda, pero algo me mantuvo haciéndolo.

¿Leer el Nuevo Testamento?

Mark y yo estábamos haciéndonos buenos amigos. Y cuando nos veíamos, yo estaba muy interesado acerca de las cosas de Dios. Le hacía montones de preguntas. Quería saber lo que significaba vivir para siempre con Dios, como él decía. Todavía tenía temor de lo que sucedería cuando yo muriera.

También les hacía preguntas a mis padres, pero ellos no tenían muchas respuestas. Ninguno de los dos había leído mucho del Tenach alguna vez, y lo que me dijeron no coincidía con lo que yo estaba leyendo por mi cuenta.

La mayoría de mis preguntas eran sobre el Mesías. Yo había oído que cuando él viniera, traería paz a la tierra. Todos nos llevaríamos bien, y todo sería perfecto. Mark, por supuesto, afirmaba que el Mesías ya había venido, y que Jesús era el Mesías.

«¡Pero es obvio que no tenemos paz mundial!», objeté.

«Jesús vino a traer la paz entre nosotros y Dios», explicó Mark. Yo me preguntaba si eso era posible.

Mark me animó a que leyera el Nuevo Testamento. Él dijo que eso me mostraría cómo Jesús encajaba en la descripción del Mesías del Antiguo Testamento.

Yo tenía un Nuevo Testamento. Lo había obtenido en el cuarto grado, cuando los Gedeones vinieron a mi escuela y los repartieron. Mi maestro dijo: «Niños, ustedes no tienen que tomar uno si no lo quieren». Mi primer pensamiento fue que yo era judío, y nosotros no leíamos ese libro. Pero todos los demás estaban tomando uno, y no quise dar la nota discordante. Así que tomé uno, pero nunca lo abrí. Lo puse en una caja de zapatos cuando llegué a casa.

Me pegué al Antiguo Testamento, y lo leí por aproximadamente un año. Todo el tiempo, Mark siguió diciendo: «Necesitas leer el Nuevo Testamento. Debes permitir que Jesús entre en tu corazón y te dé una nueva vida». Él mencionaba algo sobre un «nuevo pacto», y agregaba que yo necesitaba incorporarme a él.

Eso me confundía. «Dios», oré, «no entiendo. ¿Por qué necesito un nuevo pacto? ¿Por qué una nueva vida? ¿Por qué leer el Nuevo Testamento? ¿Por qué nuevo, nuevo, nuevo?».

Pronto tuve mi respuesta.

Pocos días después, yo estaba leyendo a Jeremías, y me encontré con estos versículos: «He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré

nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres... porque ellos invalidaron mi pacto. Pero este es el pacto que haré: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón...» (Jer. 31:31-33). Mi corazón empezó a palpar rápidamente, como si esos tres versos saltaran hacia mí.

El profeta Jeremías estaba diciendo que Dios haría un nuevo pacto. ¿Por qué? Porque nosotros rompimos el viejo. Este nuevo pacto sería mejor, porque no estaría en tablas de piedra; Él iba a escribir sus palabras en nuestros corazones. Pensé que quizás eso era lo que Mark quería decir acerca de Jesús viviendo en su corazón.

Súbitamente, quise hablar con Mark. Quería hacerle más preguntas sobre Jesús. Pero recordé que él estaba fuera de la ciudad. Las vacaciones de verano recién habían empezado, y él había salido por una semana. 'Yo no puedo esperar tanto', pensé.

Entonces recordé el pequeño Nuevo Testamento.

Toda mi vida yo me había imaginado a Jesús como alguien débil, sin mucho propósito. Yo pensaba de él como de alguien que transita sin rumbo fijo por la calle.

Preparado para algo nuevo

Yo estaba nervioso cuando tomé la caja de zapatos de encima del armario, pero también estaba muy entusiasmado. Durante los próximos tres días, leí el Evangelio de Mateo, y me asombró. Toda mi vida yo me había imaginado a Jesús como alguien débil, sin mucho propósito. Yo pensaba de él como de alguien que transita sin rumbo fijo por la calle. Y cuando hubo problemas con los romanos, los judíos dijeron: «Ellos quieren matar a uno de nosotros. Démosles a Jesús. Él es un debilucho. Él no dirá nada. Crucifiquémosle».

Yo no estoy seguro de dónde venía esa idea, pero pronto fue reemplazada con el Jesús real que usaba su poder para mostrar su amor, sanando a los enfermos, alimentando a los hambrientos y defendiendo a los desamparados.

Pero lo que realmente me impactó fue la determinación de Jesús para ir a la cruz y morir. Nadie lo forzó a hacerlo. Si lo que Mateo decía era verdad, Jesús escogió morir, y él tenía un motivo – pagar por el pecado del mundo.

Esa tarde, cuando terminé de leer Mateo, yo supe que tenía que hacer una elección. O Jesús era el Mesías o no lo era. Si no lo era, yo no debería creer en él ni en ningún otro. De mi lectura del Antiguo Testamento, yo sabía que pasan cosas malas cuando los judíos rendimos culto a falsos dioses – plagas y toda clase de problemas. Pero si Jesús era el Mesías, yo sabía que la cosa más judía que yo podría hacer era creer en él. Así que oré: «Dios, quiero hacer un trato con-

tigo. Necesito saber de Jesús en mi vida. Si él es el Mesías, muéstramelo y seguiré creyendo. Si él no es, muéstramelo, y lo rechazaré».

Entonces me arrodillé al lado de mi cama, junté mis manos y dije: «Jesús, por favor entra en mi corazón y sé mi Señor y Salvador. Sé mi Mesías. Dios, por favor, perdona mis pecados. Quiero conocerte de verdad. Yo quiero tener el tipo de relación que Mark tiene contigo. Amén».

Un par de días más tarde, Mark regresó. Yo no podía esperar más para decirle lo que había pasado. En cuanto vi su automóvil, corrí hasta su casa. Apenas pasada la puerta, grité: «¡Mark, Mark, yo creo en Jesús!». Le conté todo, y por supuesto él estaba emocionado.

Hablamos durante algún tiempo, entonces él dijo: «Esto es muy grande. ¡Ahora tú puedes venir a la iglesia conmigo!». Mi sonrisa se desvaneció. «Pero entonces yo tendría que contarles a mis padres lo que he hecho», le dije. Mark no entendió. Él nunca había oído la palabra judía para las personas que se han vuelto creyentes –meshumed– que significa «apóstata» o «traidor». Yo sabía que eso era lo que mi familia sentiría por mí si ellos lo averiguaban, y aquello me aterró.

Hablando con mamá y papá

Durante seis meses, no dije nada a mi familia. Entonces, un viernes por la noche, se presentó mi oportunidad. Mi mamá, mi papá y mi hermano fuimos a una pizzería, y mientras esperábamos por nuestra comida, alguien puso un tema musical lla-

mado «El Diablo bajó a Georgia» en la máquina de discos.

La mamá dijo: «No entiendo esa canción. Sin embargo, ¿por qué querria el diablo robar un alma?». «Bueno», dije yo, «quizás el diablo es real». Así que mi familia entró en este tema de conversación. Y en algún punto yo dije a mi papá: «Bueno, ¿cuál es la diferencia que tú ves entre los cristianos y judíos?». «Los cristianos creen en Jesús y las personas judías no», explicó él.

«Bien, yo supongo entonces que eso me hace un cristiano». El dolor nubló los ojos de mi padre de una forma que yo nunca había visto. Si yo hubiera clavado un puñal en su corazón, creo que le habría causado menos dolor que cuando dije esas palabras. «Espero no haberte herido, papá», dije. «Pues, ya lo has hecho», me respondió. Y no habló ninguna palabra más en el resto de la comida.

Al día siguiente, cuando desperté, mi primer pensamiento fue la forma en que él me había mirado cuando le dije que yo era un creyente en Jesús. Un nudo se formó en mi garganta. Yo me sentía como si hubiera sido desechado por una novia. Pero éste es tu papá. ¡No seas ridículo; todo va a estar bien!

Me levanté, me vestí y fui arriba. Yo sabía que mis padres regresarían pronto del mercado – era su ritual de la mañana del sábado. Vi por la ventana cuando entraron el auto a la cochera. Corrí para ayudar a llevar los comestibles. Mi padre pasó junto a mí como si yo fuera un fantasma, como si yo no existiese.

Las lágrimas brotaron de mis

ojos, y fui a la casa vecina a contarle a Mark lo que había pasado. Apenas había terminado el relato cuando mi hermano llamó a la puerta. «Papá quiere que vengas a casa», dijo él. Cuando volví, mi papá me dijo que me prohibía volver a ver a Mark. «Mientras vivas bajo nuestro techo», agregó mi mamá, «tú no irás a la iglesia ni tendrás amigos cristianos».

El fuego del Refinador

Me gustaría decir que yo estaba muy dichoso, porque Dios estaba conmigo, pero durante los próximos cuatro años pasé por tiempos muy difíciles. Yo tenía que luchar todos los días por mi fe. Tenía que esconder mi Biblia, por temor a que me la quitaran. Y a causa de su herida, mi papá rara vez me dirigía la palabra. En algunas ocasiones, yo salí furtivamente y asistí a la iglesia con Mark. Pero el pastor me dijo que estaba errado al romper las reglas de mis padres. Entonces, yo traté de conseguir algunos sermones grabados, y los escondía en una caja de calcetines. Esos años fueron intensos, pero mirando atrás, yo no los transaría por nada, porque ellos afianzaron mi fe. Yo llegué a tener más y más certeza de que Jesús era quien afirmaba ser, lo cual me hizo consagrarme decididamente a él.

En mi último año de secundaria, mis padres se trasladaron a Florida, y yo me quedé en Virginia para terminar el año académico. En ese tiempo, averigüé que yo no era el único judío que creía en Jesús. Me encontré con alguien que me puso en contacto con *Judios para Jesús*, un ministerio que

comparte del Mesías Jesús con personas judías. Me comuniqué con ellos y terminé uniéndome a su grupo musical. Después de graduarme de la escuela secundaria, viajé con ellos durante un par de años dando conciertos evangelísticos. Entonces decidí ir a un instituto bíblico.

Eventualmente, mi relación con mis padres mejoró. Ellos aún no creen en Jesús, pero me aman, y nos llevamos bien de nuevo. Ahora entiendo mejor por qué fue tan duro para ellos aceptar mi fe en Jesús. En

cierto modo, ellos asocian al cristianismo con todas las persecuciones que judíos han experimentado en el pasado, como lo que ocurrió durante las Cruzadas y el Holocausto. Ellos todavía no entienden que Jesús cumplió las profecías del Antiguo Testamento, y que seguirle a Él era la cosa más judía que yo podría hacer. Él es el Príncipe de Paz, tal como mis padres me dijeron que sería el Mesías. Y él hizo algo aun mayor que traer paz al mundo. Él la trajo a mi corazón.

<http://www.christianitytoday.com>

* * *

El consejo de Talleyrand

Un racionalista francés, inventor de la llamada "Religión Natural", se quejaba al conocido ministro Talleyrand del poco éxito que había tenido su religión, a pesar de haber escogido para la misma la mejor ética contenida en el cristianismo y en otras religiones, y le pidió consejo sobre el mejor modo de acreditarla.

—Es muy sencillo —replicó Talleyrand—. Haga usted unos cuantos milagros aquí en París y en otras ciudades de Francia; después, déjese crucificar, resucite al cabo de tres días, y verá usted cómo muchas personas creerán en su religión.

Hacia dónde estamos yendo

Algunas personas envejecen con gracia, mientras que otras se hacen cascarrabias y de mal genio. Es importante saber hacia dónde estamos yendo, porque todos estamos yendo hacia los años de ancianidad.

Las personas no se vuelven irritables ni adquieren mal genio sólo porque envejecen. La edad no tiene que hacernos súper críticos ni malhumorados o maniáticos. No, lo más probable es que finalmente hemos llegado a ser aquello hacia lo que habíamos estado yendo todo el tiempo.

Aquellos que se consienten en su interés personal y sólo piensan en ellos mismos están sembrando semillas que producirán una cosecha de sufrimiento para sí mismos y para los demás. Por otro lado, aquellos que aman a Dios y se preocupan por los demás están sembrando semillas que, con el tiempo, producirán una cosecha de gozo.

DHR, en Nuestro Pan Diario, 2008 (adaptado)

CARTAS

Cosas nuevas

Las revistas han sido de mucha bendición para nuestras vidas. Cada tema es muy edificante. El Señor nos muestra cada vez cosas nuevas a través de su Palabra. Los hermanos aquí en México los amamos mucho. Que Dios los bendiga y que su Espíritu Santo los cubra hoy y siempre.

Cibeles Domínguez Reynosa (México).

Website

Soy lector frecuente de vuestra página web desde hace un buen tiempo, y no podría explicarles cuánto Dios me ha bendecido con los devocionales diarios, los artículos y los estudios en audio y video. Quiero agradecerles por el esfuerzo y dedicación, y también a Dios, porque los ha motivado y los sostiene.

Carlos Cipollone, La Plata (Argentina).

Petición

Su ministerio es fructífero en el Señor, y ha enriquecido a muchos. Sin duda, esta obra es de Dios, y creo que Él ha dado su respaldo en lo que hacen. Continúen adelante con tan hermoso servicio. Me gustaría obtener la revista y po-

der llevar el testimonio de tan bella obra a otros hijos de Dios.

Katherin Mateus, Barranquilla (Colombia).

Sorprendido

Desde hace aproximadamente tres meses, he tenido acceso a las revistas, para leerlas y repartirlas. Cada vez que obsequio una a alguna persona, al volver a verla le pregunto cómo va con la lectura, y muchos me comentan cuánto les bendice, y que nunca habían leído algo como eso. Estoy sorprendido de cómo Dios se está moviendo. Sigán adelante con esta ardua pero gratificante tarea de repartir la palabra de Dios.

Gerzon Yáñez

Tuxtla Gutiérrez, Chiapas (México).

Blog

He visitado vuestro sitio, y he sido bendecido con los mensajes de la palabra de Dios. Tengo un blog en Internet, y he compartido allí algunos mensajes extraídos de Aguas Vivas. El Señor continúe bendiciéndonos, dando gracia abundante para colaborar en la edificación de la Iglesia.

José Antônio, Itaberaba, Bahía (Brasil).

Por razones de espacio, las cartas son resumidas.

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

aguas vivas, una revista para todo cristiano

Año 10 · Nº 59 · Septiembre - Octubre 2009

Redacción

Equipo Aguas Vivas
Chile

Colaboradores invitados

Stephen Kaung, Celso Machado,
Roujet Fuchs, Gino Iafrancesco,
Hernando Chamorro.

Diseño y distribución

Mario Contreras / F. (45) 343429 Temuco
E-mail: aguasvivas.cl@gmail.com

Contacto en USA y México

David Calvo / Fono (956) 432-3752
P. O. Box 2632, McAllen, TX 78502 USA
E-mail: salmo2020@yahoo.com